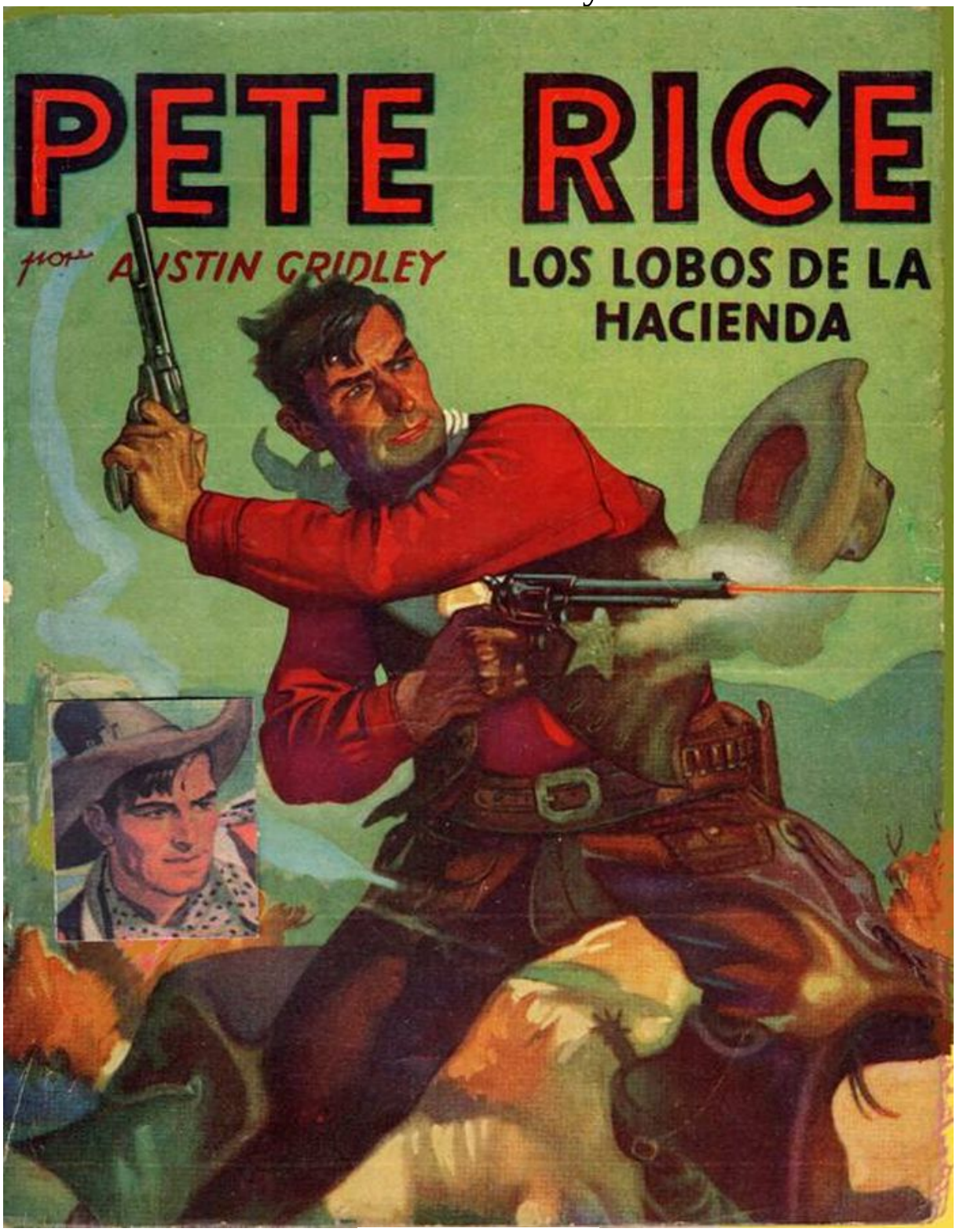
Los lobos de la hacienda
Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
EL APACHE MUDO

El barbero era todo un hombre en su oficio. Manejaba con sin igual destreza la navaja, las tijeras y la maquinilla de cortar el pelo y era limpio y locuaz. Aparte de esto, sabía todo el mundo en la Quebrada del Buitre, que al sonido de un tiro en la calle principal del poblado, las herramientas barberiles se trocaban como arte de magia en dos magníficos 45.

Porque se debe el caso de que el diminuto Lawrence Michael Hicks, era uno de los comisarios del "sheriff" Pistol Pete Rice. Hicks rapaba el pelo y la barba a sus parroquianos y ayudaba a extirpar el crimen en la Quebrada del Buitre, y en otros lugares del Distrito de Trinchera, en Arizona.

-Dígame, "Miserias", ¿qué me curaría estas picaduras venenosas de las manos? -preguntó el parroquiano que ahora estaba sentado, preparado para afeitarse, en el sillón.

Todos llamaban al barbero diminuto por el apodo de "Miserias".

Hicks estaba siempre al corriente de todas las enfermedades y alifafes, reales o imaginarios de sus clientes. Por grave que fuese una dolencia, para Hicks se trataba siempre de alguna "miseria" sin importancia. Y siempre tenía alguna medicina infalible para ella.

-¡Pardiez! -contestó Hicks "Miserias"-. Nunca me ha faltado lo necesario para curar esos envenenamientos, hasta ahora.

Y, al decir esto, alcanzó de un estante un frasquito conteniendo una mixtura de aceite colorado, en la que en la parte delantera, pegó cuidadosamente una etiqueta en la que podía leerse: "Uso externo".

-Estoy padeciendo horrores –murmuró el hombre del sillón-. No puedo dormir por las noches. Me veo obligado a permanecer desvelado, para mantener las manos vendadas en alto.

-Pues, a partir de ahora, podrá usted dormir divinamente, Mr. Pride- aseguró "Miserias"-. Aquí tiene usted, patrón.

José Pride tendió sus manos vendadas hacia la botella, se apoderó de ella ansiosamente y se puso en pie. Pride era un individuo moreno, taciturno y de modales finos y correctos. Durante varios meses había estado viviendo en la ciudad de Arizona. Se comprendía que había venido al Sudoeste para atender a su precaria salud.

-¿Cuánto costará esto, "Miserias"? -preguntó al barbero.

Hicks pareció meditar un instante. Cualquier otro barbero hubiese "clavado" a aquel hombre aparentemente rico. "Miserias" había estado ya una vez en casa de Pride y recordaba los adornos fastuosos de su vivienda y los cuadros valiosos que pendían de sus paredes.

-¡Oh, déme dos monedas de las pequeñas! -contestó a su cliente-. Su elaboración es poco complicada. Me dio la receta la viuda de Gerónimo, cuando estuve en Nueva Méjico, más allá del camino de Lincoln County. Se hierven una libra de hojas de "jimson", con tres onzas de corteza de nogal, se añaden unas tres cuartas partes de un vaso de vinagre...

Las risas ahogadas de los pocos parroquianos que esperaban turno interrumpió su peroración. Las gentes reían ordinariamente de las largas descripciones que hacia "Miserias" de sus innumerables remedios y, sin embargo, la mayoría de los habitantes de la Quebrada del Buitre se servían de esos mismos remedios.

"Miserias" terminó la explicación de su receta, y luego llamó:

-¡El siguiente!

Tocóle el turno a un hombre corpulento, de pelo canoso, que ostentaba unos bigotazos de morsa colgándole a ambos lados de la boca, y que tras unos pasos sonoros dejóse caer en el

sillón. Tenía el pelo excesivamente largo, pero insistió una y otra vez en que no necesitaba cortarlo. “Miserias“ procedió a enjabonar cuidadosamente su correosa cara.

Este parroquiano era un forastero. “Miserias“ lo vio llegar aquella misma mañana en un tren de diez vagones, en el que transportaban los componentes de un circo ambulante, que le servía para propaganda de una medicina cúralo-todo de su invención. Ya había levantado la gran tienda de lona más allá de la carretera. La ciudad entera había sido inundada de prospectos y carteles anunciando el espectáculo, organizado para la venta de la Tintura Tónica de Tempest.

-¿Creo que usted forma parte del espectáculo nuevo, no es eso? –le preguntó “Miserias“, terminando de enjabonarle.

No miraba con buenos ojos a los vendedores de medicinas, que no eran otra cosa que rivales para sus propios tónicos.

-Sí señor, así es –contestó el parroquiano.

Hablaba siempre en forma grandilocuente, teatralmente. Metió una mano en el bolsillo y de él sacó una tarjeta que alargó al barbero, con arrogancia.

-Si usted me lo permite, y sin que eso sea menosprecio para su maravillosa panacea, ¿puedo invitar a su parroquiano a que prueba mi Tintura Tónica Tempest? Cura las picaduras de las plantas venenosas y cincuenta cosas más.

Su acento era meridional. Aquel hombre podía haber nacido en Dixie y correteado de un lado a otro durante años enteros.

“Miserias“ miró la tarjeta y leyó:

Coronel Jefferson D. Tempest. (Retirado).
Interventor de la
TINTURA TÓNICA TEMPEST
Obtenida por triple destilación de la savia de la planta “EUTAW”

-La D. Quiere decir Davis, ¿sabe? –aclaró el nuevo parroquiano.

-¡Ya! -contestó, secamente, “Miserias“-. ¿Y que manda el coronel?

-Tiempo atrás mandé el Regimiento Blue-Gras, el 16 de Caballería de Kentucky –informó el coronel-, ¿sabe?

José Pride, que aún estaba junto a “Miserias“, miró por encima del hombro de éste y leyó la tarjeta.

-¿Va usted a darnos su espectáculo esta noche, coronel? –preguntó, al acabar la lectura.

-Sí, señor –contestó el aludido, volviéndose hacia su interlocutor-. Puede usted asegurar que he conseguido en las cinco partes del mundo acabar con todos los dolores. Los mejores artistas del globo sirven de reclamo a mi espectáculo. La Tintura Tónica de Tempest, que ha obrado maravillosamente sobre ellos. El espectáculo es gratuito y durante él, y sólo por la noche, la Tintura se expende a mitad de precio. ¡Sí, señor!

Hicks “Miserias“ había suavizado la navaja y probaba ahora su filo en el canto de la uña.

-¡Pardiez! –exclamó-. Yo he recorrido el mundo entero; he hecho toda clase de raíces y hierbas, pero nunca he oído hablar de la planta del “Eutaw”.

-El “Eutaw”, señor, es solamente un producto de mi imaginación. Comprendo que no puedo engañarle. La Tintura Tónica de Tempest está elaborada con cáscara y jugo de higuera. Llamarle “planta del eutaw” resulta más misterioso, por eso empleo este término.

Hablaba mientras “Miserias” pasaba la navaja, no con mucha suavidad, por sus arrugadas mejillas. El espíritu recto y meticuloso del honrado “Miserias” rechazaba tales supercherías. ¡Engañar de aquella manera a los inocentes ciudadanos, cuando podían adquirir

casi por nada los maravillosos medicamentos que “Miserias” fabricaba honradamente con hoja de “*Jimson*” y corteza de nogal!

José Pride saludó a todos y se dirigió hacia la puerta. “Miserias” detuvo en seco su afeitado. Acababa de oír resonar los cascos de un caballo. Alguien cabalgaba a toda prisa por la calle.

El ruido se acercaba por momentos. “Miserias” corrió hacia la puerta y pudo distinguir un caballo cubierto de sudor espumoso.

El jinete dio un fuerte tirón a las riendas, echándose violentamente hacia atrás, y logró detener a su montura. Saltó de la silla y se precipitó en la barbería. Tintinearon sus espuelas y los altos tacones de sus botas resonaron en el desgastado pavimento de la tienda. En su camisa gris, y a la altura del hombro, podía verse una mancha roja de sangre procedente de una herida.

“Miserias” reconoció en aquel hombre a Lem Hawkins.

-¿Está usted mal herido, Lem? –preguntó el barbero-. ¡Venga aquí! ¡quítese la camisa! Déjeme examinar...

-Sólo ha sido un rasguño en el hombro –le atajó Lem-. ¿Dónde está Pete Rice?

Un hombre algo, enjuto, desosado, cruzó serenamente, a grandes zancadas, desde el despachito situado en el fondo de la barbería. Sus angulosas mandíbulas mascaban concienzudamente una bola de chicle. Todos sus movimientos mostraban la flexible seguridad de un gato montés.

-¿Qué ocurre, Lem? –preguntó-. ¿Qué le pasa?

Estaba tratando de asegurar sobre sus greñas tiesas y acordeladas su sombrero gris de anchas alas.

-¡He sido tiroteado, “sheriff”! -vociferó Lem-. ¿No lo ha oído usted? ¡Tiroteado!

-Si no pude oír, puedo ver -contestó Pete Rice-. ¿Dónde ocurrió eso?

-En la meseta de Oven -explicó Lem-. Deben estar refugiados allí varios bandidos. Lo menos me dispararon cincuenta tiros, pero sólo uno logró alcanzarme.

Pete Rice inclinó la cabeza, pensativo. Dutch Oven Mesa estaba a unas cuatro millas de la Quebrada del Buitre. En la Mesa se alzaba la granja solariega de los Wexford, deshabitada en la actualidad y que fuera construida por un ricachón. Pete Rice había sospechado siempre que la vieja casona llegaría más pronto o más tarde a convertirse en una guarida de malhechores. Y he aquí que su sospecha se convertía ahora en realidad.

El “sheriff” se abotonó su chaqueta de piel de oso y apoyó ambas manos en las culatas nacaradas de sus 45.

-Yo cabalgaré con usted hacia allá, Lem –dijo-. Puede irme explicando lo sucedido mientras...

¡Bang! ¡Crash!

El atronador estruendo de un 45 y el repiqueteo de los cristales rotos de la ventana de la barbería sonaron al mismo tiempo. La bala silbó siniestramente en los oídos de Lem Hawkins, agujereó la manga de la chaqueta de Pride y melló el filo de la navaja de “Miserias”. Una esquirla de acero fue a herir en la mejilla del coronel. El grisáceo y viejo charlatán lanzó un alarido y saltó de la silla de la barbería.

Las manos de Pistol Pete hicieron un rápido movimiento circular hacia sus muslos y aparecieron de nuevo, en una fracción de segundo, empuñando sus dos 45. A través de la ventana destrozada pudo ver aun apache mestizo alto, apelmazado y cargado de hombros. En los ojos del indio brillaba un fulgor asesino. En la mano sostenía el revólver, humeante aún, pronto a disparar de nuevo contra Lem Hawkins.

Zumbó el revólver de la mano izquierda de Pete, tal vez una décima de segundo antes de que disparase el del apache, quien vio volar el arma de sus manos como si se la hubiese

arrebatado alguna mano invisible. La certera puntería de Pete era la que había realizado aquel juego de manos.

-¡Por Belcebú! –gruñó Hicks “Miserias”.

El diminuto comisario había cogido sus “bolas” de un banco y estaba balanceándolas, pronto a arrojarlas. El arma remataba en tres tiras de cuero, en cuyos extremos estaban sujetas unas bolas de metal. Era el arma que se empleaba comúnmente en Sudamérica para la caza de ganado salvaje. Lanzada por una mano diestra, volteaba en el aire como una rueda de tres rayos hasta que iba a aferrarse al blanco deseado. Esta vez, sin embargo, no tuvo “Miserias” ocasión de emplear sus “bolas”.

Uno de los lazos de cuerda deslustrada del sheriff, de sesenta y cinco pies de largo, yacía sobre el banco de la tienda. Cogiólo Pete y se lanzó hacia la puerta.

El apache corría calle abajo. Pete corrió rápidamente hacia él y sus enormes zancadas no tardaron en acortar la distancia que le separaba del fugitivo.

¡Swish!

La cuerda se desenrolló en el aire como una culebra en la dirección exacta. El lazo trazó un círculo sobre la cabeza del apache.

Pete Rice clavó materialmente en el suelo los talones de sus botas y tiró de la cuerda. Al tirón, el indio vio cortada en seco su carrera. Otro más seco y más fuerte lo tumbó a los pies del sheriff.

Pero el rufián de cabellos negros no cejaba en su resistencia. Rápidamente púsose en pie y corrió hacia el sheriff, tratando de librarse de la cuerda antes de que aquél pudiese arrastrarlo como un fardo. No había probabilidad de escapar ahora y el mestizo lo sabía. De debajo de su mugrienta chaqueta sacó un largo cuchillo corvo de acero.

La situación parecía desesperada para él. Pete podía haber disparado a placer sobre su cuerpo, pero Pete Rice no quería hacer fuego sobre los hombres innecesariamente y, además, necesitaba vivo a aquel granuja.

-¡No tires, “Miserias”! -gritó el sheriff, precipitándose hacia el indio.

Esquivó maravillosamente un tajo que le tirara el mestizo con su cuchillo, que centelleó siniestramente. El filo rasgó el extremo de su manga derecha, que quedó rasgada casi en toda su longitud.

¡Bam!

El puño de maza de Pete cayó con violencia sobre la quijada del indio, que se tambaleó como si fuese a caer. Sus ojos se pusieron vidriosos, flaquearon un instante sus rodillas, pero se mantuvo en pie. Tiraba tajos a diestra y siniestra, desesperadamente, con su cuchillo. Hubo una vez en que el sheriff, gracias a una rápida inclinación, evitó que el mortífero instrumento se le clavase entre las costillas, y aún llegó a rasgarle la carne, pero Pete ni se dio por enterado de ello.

De un golpe vigoroso y acertado hizo que el arma resbalase sin mayor daño a lo largo de su cuerpo. Entonces sus brazos se movieron como émbolos y sus puños martillearon sin interrupción la mandíbula del mestizo, de cuyos dedos inertes acabó por desprenderse el cuchillo homicida. Aún manoteó el indio unos instantes hasta caer a tierra como un saco vacío.

-¡Vaya una serie de puñetazos magníficos, patrón! ¡Caían como punzones!

Pete se volvió sonriente hacia el recién llegado. Era éste William Alamo Butler, descendiente de un tejano que había perdido la vida luchando con el ejército de Santa Ana.

Era un hombre de estatura gigantesca. Pesaba cerca de trescientas libras y su fuerza estaba distribuida con rara equidad en los distintos miembros de su cuerpo de gigante. Sus puños eran del tamaño de jamones y sus hombros semejaban al balancín de una máquina vertical de las que ponen en movimiento las embarcaciones fluviales. Los que le habían visto

en acción, como comisario de Pete Rice, sabían que poseía la fortaleza de un Grizzly[1] y la coz de una mula en cada mano.

-Estaba ahí detrás, en el corral, cuando oí este fandango –dijo Teeny Butler-. ¿A quién perseguía éste injún[2]?

-A Lem Hawkins. Y por poco lo caza, además.

El apache empezaba a dar señales de vida. Trató de incorporarse, pero volvió a caer pesadamente, llevándose las manos a sus mandíbulas hinchadas. No se veía aún expresión alguna en su rostro, salvo el abismo de odio que llameaba en sus ojos.

-¿Quién le mandó a usted disparar contra Lem Hawkins? –le preguntó Pete Rice.

Pete repitió su pregunta en español, idioma que hablaba con la misma perfección que un juez mejicano. El mestizo continuó encerrado en su mutismo. Se expresó ahora el sheriff en el dialecto apache. No estaba en su elemento hablando esta lengua, pero poseía la suficiente habilidad para reproducir con algunas palabras su pensamiento.

En los ojos del mestizo relampagueó una mirada de desprecio. A continuación abrió la boca y señaló hacia ella con el dedo índice.

Pete dejó escapar un grito ahogado. Quienquiera que fuese el que indujese a aquel hombre a cometer el crimen, había tomado admirablemente todas sus precauciones. La mayoría de los hombres de la raza india no sabían escribir en ningún idioma, y el que ahora tenía delante no denunciaría a su jefe de palabra.

¡Hacia tiempo que a aquel hombre le habían cortado la lengua!

Para expresar todo el horror que le producía aquel descubrimiento, Teeny Butler lanzó un gruñido.

-¿Qué significa esto, patrón? –preguntó al sheriff.

Los grandes ojos grises de Pete miraban pensativo. En todo aquello se adivinaba un objetivo más importante que el de tirotear a Lem Hawkins. Alguien deseaba que muriese Hawkins, ahogando así en sangre algún secreto conocido de Lem.

-¡No puedo decírtelo, Teeny –contestó Pete Rice-, pero creo adivinar en gran parte lo que ello significa!

CAPÍTULO II
LOS BUITRES

Pete Rice y sus comisarios volvieron a la barbería de Hicks “Miserias”. El coronel Jefferson D. Tempest acababa de limpiarse el jabón de su cara. Su afeitado se quedó en donde le sorprendiera la tragedia, porque Hicks “Miserias” ya no era un barbero en aquellos momentos. Como siempre que ocurría algún suceso importante, había dejado a un lado la navaja, substituyéndola por sus 45 y sus “bolas”.

Tempest y Pride se felicitaban mutuamente de haber escapado con vida a las balas del apache. Frente a la barbería se habían aglomerado un gran gentío, comentando los acontecimientos, y el coronel Tempest aprovechó la oportunidad para repartir entre aquellas gentes tarjetas, anunciando el espectáculo de aquella noche, organizado por él. El locuaz coronel no desperdiciaba ocasión, como se ve, para hacer la propaganda de su medicina maravillosa.

Teeny y “Miserias” fueron por los caballos, después de encerrar al apache en un calabozo, y Pete Rice desalojó de gente la barbería y obligó a dispersarse a los que se habían estacionado frente a ella. Sus ojos, antes grises, apagados, casi indulgentes, centelleaban

[1] Oso pardo americano
[2] Indio

ahora, como si en el fondo de sus pupilas se hubiesen encendido de pronto minúsculas partículas de pedernal. El apache había obrado con extraordinaria sangre fría. Indudablemente no se le escaparía que el tirotear a un hombre a las órdenes del sheriff del distrito suponía una sentencia de muerte. Y, sin embargo, había disparado lo mismo.

Se preguntaba Pete quién habría llevado a cabo la bárbara operación de cortar la lengua al apache, que por las muestras databa de antiguo. Probablemente, aquello significaba una sanción de su misma tribu, un castigo aplicado por su propio pueblo. ¡No era de extrañar, porque aquél hombre tenía un aspecto poco recomendable! ¡No era de extrañar, porque en aquellos ojillos como cuentas de abalorio relampagueaba de continuo el odio!

Tal vez fuesen sus instintos sanguinarios los que le hubiesen empujado al asesinato; quizá se dijera que era lo mismo morir que vivir sin lengua. En todo aquello, sin embargo, existía un misterio que era indispensable desentrañar.

En cuanto estuvieron a punto los caballos, Pete emprendió la marcha con sus comisarios, sin pérdida de tiempo, hacia la meseta de Dutch Oven. Los tres hombres galopearon algún tiempo por la carretera ordinaria que empezaba al Norte de la ciudad para torcer a poco por un camino que llevaba hacia el Este.

La meseta y la casa solariega de Wexford que se alzaba en la cima, eran claramente visibles desde la Quebrada del Buitre, pero en las cuatro millas que mediaban entre una y otra había una región escarpada, con hondos barrancos y cañones. Se alzaban a uno y otro lado del camino grandes arboledas y montones informes de maleza.

El trío iba admirablemente montado. El gigantesco pura sangre bayo de Teeny Butler parecía casi doblar en tamaño al enano mustang claro de “Miserias”, pero ambos animales habían sido escogidos cuidadosamente por sus extraordinarias cualidades de velocidad y resistencia..

Pero el que indudablemente aventajaba al conjunto era el alazán de Pete, un hermoso animal, membrudo, de pelo lustroso fino. En su pecho de forma de barrilete se descubría su fortaleza: en sus claros ojos la inteligencia. Se llamaba “Sonny” y hasta entonces no había encontrado en todo Arizona otro que pudiera aventajarlo en velocidad.

“Sonny” poseía las piernas veloces de la mejor raza de caballos y el vigor de los cuadrúpedos más resistentes. En mitad de la frente, una mancha blanca como una estrella perfectamente delineada, constituía la “insignia”[1] del oficio de “Sonny”. El hombre y el caballo eran compañeros casi inseparables.

Hicks “Miserias” guiaba su hermoso y flaco ruano junto al magnífico alazán de Pete. Los años pasados en las habladurías como congénitas del oficio barberil, habían aguzado en el diminuto rapabarbas el instinto de la curiosidad. Si ocurría algo extraordinario, “Miserias” rabiaba por conocer los menores detalles.

-¿Tiene Lem Hawkins alguna idea de por qué ese Indio endemoniado querá cortarle el resuello, patrón?-preguntó al sheriff.

PETE dejó ver en sus labios una sonrisa imperceptible. Como hombre positivista ante todo, en aquellos momentos, precisamente, estaba pensando en Lem Hawkins. Lem le había confesado que no creía tener en el mundo ningún enemigo. Pete se preguntaba si Lem le había dicho la verdad, o si, por el contrario, mentía para ocultar algún secreto personal.

Lem le había detallado que cuando galopaba hacia la ciudad, al llegar a unos centenares de metros de la hacienda de Wexford, al extremo de la meseta de Dutch Oven, había sido tiroteado de improviso por varios hombres. Hasta aquí Pete se explicaba perfectamente lo ocurrido. Indudablemente, aquellos hombres estaban fuera de la ley y no querían que nadie espiase sus movimientos. Pero, ¿por qué habían enviado al apache en persecución de Lem, con orden expresa de matarle?

[1] Una estrella es la insignia que usan los sheriffs en el Oeste.

Lem lo ignoraba, y el apache mudo sería incapaz de decirlo.

-Tal vez fuera mejor que espoleáramos a nuestros caballos -sugirió “Miserias”-. Si los que dispararon contra Lem eran bandidos, deben haber escapado hace tiempo.

Pero Pete Rice movió negativamente la cabeza.

-No –dijo-. Cada vez me afirmo más en la idea de que la casa solariega de Wexford juega un papel importante en todo esto. Los bandidos deben estar escondidos en ese caserón.

Cada vez con más insistencia, su pensamiento estaba fijo en la casa solariega de Wexford. Todo el mundo, en aquella parte de Arizona, conocía la historia de aquel edificio. Fue mandado construir por sir Keswick Huddersfield, tercer conde de Wexford, quien se trasladó, años atrás, al Suroeste para atender a su salud quebrantada.

Sir Keswick había vivido en la alta meseta en un oscuro esplendor. Agonizante de asma y respirando a duras penas en su fúnebre aislamiento, vivió los últimos años de su vida en su gran mansión, en la que se alojaron algunas familias.

El anciano conde había sido un excéntrico. Las gentes de la Quebrada del Buitre le llamaban “Plomada loca”, pues creía por una superstición inexplicable, que su vida se prolongaría mientras siguiese construyendo su vivienda. En esta creencia hacía trabajar sin descanso en aquella construcción a dos carpinteros, uno durante el día y otro por la noche.

El conde, que jamás tuvo amistades y a quien nadie visitaba, mandó construir una magnífica sala de recibo, salones de baile suntuosos en los que nunca girarían las parejas al compás de la música, numerosas escaleras por todas partes y una torre de observación. Una choza de adobes le hubiera bastado como vivienda y, sin embargo, según algunos, a su muerte, en la casa que él llamaba “casa solariega de Wexford”, con respecto a sus otras propiedades inglesas, había construido, aproximadamente, un centenar de habitaciones.

A pesar de aquel febril construir y construir, el conde no había conseguido insensibilizar sus arterias. Murió, como todos los mortales, heredando la propiedad de Dutch Oven sir Burnsley Huddersfield, cuarto conde de Wexford.

Pero el cuarto conde de Wexford no se decidió a abandonar sus magníficas aulagas inglesas, por un chaparral. La alquiló una temporada y luego cerró el enorme caserón, que permanecía inhabitado desde entonces. Ese fue el fin, como vivienda, de la casa solariega de los Wexford. No tenía nada de particular, pues, el que muchas gentes de la Quebrada del Buitre considerasen el enorme caserón como una casa “encantada”.

Cuando los tres jinetes representantes de la ley galoparon al borde de un barranco erizado de chaparrales, vieron ante sí los paredones blanqueados de la casa, que habían resistido inconmovibles los embates del tiempo. Al llegar a un espacio más despejado, Pete se dirigió resueltamente hacia la estrambótica mansión.

-Nunca he visto una casa como esa -le dijo a Teeny Butler, que cabalgaba a uno de sus lados-, pero estoy convencido de que el que mandó construirla tenía más tiempo y dinero que sentido común.

-Como que Huddersfield estaba loco, lo mismo que un insecto que empieza a volar en junio. Todo el mundo lo sabe.

-No - intervino Pete-. Yo he dicho siempre que el viejo Huddersfield era un hombre de una viveza extraordinaria, pero un cerebro activo, como un caballo nervioso, necesita que se mantenga en él viva la luz y trabajar en serio, para impedir que cocee fuera del sendero.

-Bien... Puede que efectivamente fuese un hombre ingenioso -admitió Teeny-, pero no me negarás que tuvo un modo bastante gracioso de demostrarlo. Porque precisamente puedo recordar que...

De pronto cortó en seco su discurso, y aquel comisario monumental, cuya estatura le permitía ver las cosas antes que los demás, demostró la íntima coordinación que existía entre sus músculos y su cerebro.

Su pura sangre bayo había dado un respingo al descubrir en medio del camino una reluciente culebra.

¡Crack!

La mano de Teeny Butler había enarbolado rápidamente su látigo de piel de toro y la fusta había flameado como un tiro.

La culebra no pudo hacer presa en aquella tira resbaladiza que enrolló su cabeza, y, de un hábil tirón, el crótalo fue lanzado a quince pies de altura.

¡Bang!

Fue Hicks “Miserias” quien disparó. Media cabeza de culebra se desmenuzó en el aire y su cuerpo cayó, retorciéndose, en la carretera. Pero aquel retorcimiento fue una mera contracción muscular. La culebra estaba muerta.

Una vez más silbó el látigo de Teeny. Con igual destreza que antes enrolló a la culebra y la arrojó fuera del camino. Estaba compuesta aquel arma, terrible en las manos del gigante, de una corta empuñadura de hueso y una larga tira de cuero crudo y la empleaba frecuentemente Teeny para desarmar a los bandidos.

Frunciéronse, las cejas de Pete Rice.

-No debiste vaciar tu “vagón de humo”, compañero -dijo, calmosamente, a Hicks “Miserias”-. Es muy probable que al indio lo enviasen al poblado sólo para atraernos aquí y fusilarnos a mansalva emboscados por estos alrededores. Ese tiro puede haberles puesto en guardia.

-¡Bah, patrón! -gimió, despectivo-. ¡Yo podría cascar a tres docenas de coyotes de esa especie con mis dos manos!

Pete sonrió a la baladronada. Sentía por “Miserias” el mismo cariño que hubiese podido experimentar hacia un hermano, pero a veces era indispensable hablar a Hicks como a un chiquillo travieso.

-Sabes soplar muy bien tu propio cuerno, verruguilla -le dijo Pete, con benevolencia-, pero baja un poco el tono sobre lo que dices que puedes hacer. Por de pronto, abre bien los ojos y si oyes el menor ruido echa mano a tus revólveres, por si acaso.

A una señal de Pete, sus compañeros pusieron sus caballos al galope, bordearon las rocas encrestadas de maleza y pasaron con dificultad a través de estrechas gargantas cuyas paredes cubiertas de musgo tenían grietas profundas.

La atención del sheriff estaba pendiente de las orejas puntiagudas de “Sonny”. El primer sonido sospechoso las haría enderezarse. El agudo sentido del olfato y el oído finísimo del alazán habían salvado a Pete de la muerte docenas de veces.

El camino torcía cerca de una hondonada cubierta de lava infestada de culebras y en las que, años atrás, la roca hirviente había rebosado formando masas informes estriadas. Pronto dejaron atrás aquellos parajes y galoparon, ya a la caída del sol, sobre una llanura alcalina.

Los caballos hundían sus patas hasta las cernejas en las grandes llanuras de ceniza. Un airecillo persistente del Este hacía elevarse el polvo en espirales diabólicas.

Súbitamente, Pete guió a su alazán hacia una prominencia del terreno y alzó su mano a modo de advertencia. Los comisarios dirigieron a su vez sus cabalgaduras hacia el altozano.

Unas formas extrañas se destacaban revoloteando contra el azul oscuro del cielo.

¡Buitres!

Los comedores de carroña, feúchos y medio desplumados, no eran una novedad en aquel país. La Quebrada del Buitre debía, precisamente, su nombre al revoloteo sobre la ciudad, a intervalos regulares, de bandadas de aquellos pajarracos negruzcos de pico sangriento. Sin embargo, fuera de esas ocasiones, era raro ver a varios reunidos en un lugar determinado y ahora estaba viendo Pete a una docena de ellos.

Era indudable que bajo los buitres debía haber una criatura muerta. Si se trataba de una bestia, Pete seguiría galopando, pero de tratarse de un hombre, el sheriff se detendría para hacer investigaciones. Esa era su obligación como sheriff del distrito.

Los grandes pajarracos empezaron a descender.

-¡Por todos los diablos! -exclamó Hicks "Miserias"-. ¡Me gustaría saber si los bandidos que estamos persiguiendo han hecho alguna de las suyas por aquí! ¡Creo que vamos a tener que limpiar de asesinos y ladrones todos estos contornos!

Pete Rice interrumpió su entretenimiento favorito: mascar goma.

-Asesinos y ladrones los ha habido siempre –dijo-, y seguirán existiendo siempre. Son tan perjudiciales como las culebras, y como éstas, creo que están malditos de Dios y perseguidos por los hombres, pero la cosecha es hoy tan abundante como en cualquier otro tiempo. Lo mejor es que nos acerquemos a ver lo que hay. Desmontemos, muchachos.

Los tres hombres echaron pie a tierra, ataron las monturas a las ramas de un cedro y, con Pete a la cabeza, anduvieron un trecho.

Ya cerca de la base de un montículo puntiagudo, notó Pete un débil olor a tabaco. A cada paso que daba aumentaban sus precauciones. Llevaba preparado el lazo y había examinado cuidadosamente sus revólveres para convencerse de que estaban preparados para entrar en acción.

Llegado a la cresta del montículo, hizo señas a sus hombres de que se detuvieran. Escudriñó luego a través de los piñones el fondo poco profundo de la maraña de maleza que se extendía a sus pies. Vio perfectamente cómo un buitre descendía hasta tocar tierra y volvía a ascender rápidamente. Aquella operación repetida varias veces, precisó lo que él iba buscando.

Era el cuerpo de un cowboy que yacía de bruces en un montón de maleza. Los arbustos que sobresalían de la figura yaciente estaban manchados de sangre, lo que a juicio de Pete, no podía ser más extraño, porque el cuerpo del muerto tenía una flecha clavada en la espalda y una herida causada por tal instrumento arrojadizo no podía haber producido aquella rociada roja.

Pete observó, sorprendido, que la flecha estaba partida en dos. La parte superior colgaba de unas cuantas fibras.

¡Una flecha partida era el signo apache de muerte! ¿Habría sido colocada allí después del asesinato de aquel individuo como advertencia para otros?

El sheriff meditó unos instantes. ¡En todo aquello había algo muy raro!

Pete no quería caer en una trampa. Escuchó atentamente por ver si percibía voces, ruido de pasos, el crujir de ramas al quebrarse, algo que denunciase la presencia de extraños.

Todo lo que llegó a sus oídos fue el aletear de un buitre sobre el terreno. Varios de aquellos repugnantes avechuchos estaban posados en las ramas de un árbol cercano. Aquello era aún más misterioso. ¿Por qué no estaban los pajarracos sobre el cuerpo yaciente de aquel individuo? A los buitres les interesaba en aquellos momentos algún cadáver que no era el del individuo tendido en el matorral.

No tardó Pete en adivinar lo que aquello significaba. Sus penetrantes ojos recorrieron en un segundo la figura del cowboy. Había algo extraño, algo fuera de lo corriente en aquella figura. No era el cuerpo de un hombre. ¡Era un muñeco vestido de cowboy!

Siguió mirando intrigado. El embaucador que colocara allí aquel muñeco había cometido un error: no había manchas de sangre alrededor de la flecha.

En lo demás, la trampa estaba admirablemente preparada. La sangre que se observaba en los matorrales procedía de un buey muerto. La carnaza estaba colocada cerca del muñeco para atraer a los buitres.

Por lo que respecta al muñeco, lo habían colocado allí para atraer a Pete Rice y a sus comisarios. Cualquiera que se acercase a aquellos parajes creería que las manchas de sangre que se veían sobre la maleza provenían del muñeco vestido de cowboy.

El por qué de aquel cebo era lo que intrigaba al sheriff. A ambos lados del camino había numerosos parajes muy a propósito para una emboscada. ¿Por qué no les habían atacado los bandidos? Era tan seguro disparar sobre los representantes de la ley mientras cabalgaban por la carretera, como cuando estaban examinando el muñeco. Pero tal vez aquello, ocultaba un fin más sanguinario.

Se oyó un ruido en la maleza, a la derecha de Pete, que se volvió rápidamente. Era Hicks, que había llegado a lo alto de la eminencia y miraba también el supuesto cadáver del cowboy.

-¡Malditos asesinos! -vociferó.

Estaba ahora a una distancia de unos veinte o treinta pies del muñeco.

-¡"Miserias"! -le gritó Pete-. ¡No te muevas de donde estás!

De ordinario, "Miserias" obedecía sin replicar las órdenes de su jefe, pero ahora sus ojos centellearon.

-¡No te preocupes, patrón! –contestó-. ¡No conseguirán cortarme en pedacitos!

Y hundiendo su desmedrada figurilla en la maleza empezó a trepar.

-¡Detente! -gritó otra vez Pete-. ¡No adelantes ni una pulgada más!

Y para estar más seguro de que "Miserias" cumpliría sus órdenes, arrojó hacia adelante su lazo de cuerda. Era bastante difícil que el lazo cayese precisamente sobre los hombros de "Miserias", dada la situación en que se hallaba. ¡Pero Pete sabía que el éxito de esta maniobra era de vida o muerte para Hicks "Miserias"!

CAPÍTULO III
LA ADVERTENCIA DEL MUERTO

El lazo fue a caer precisamente donde él deseaba. Pete tiró rápidamente de la cuerda hacia él y la menuda figura de Hicks fue alejada violentamente del muñeco.

-¡Ahora mantente ahí con la cabeza agachada! -le ordenó Pete.

Su tono era de impaciencia. Era la voz que un padre o un hermano mayor emplean al dirigirse a un muchacho demasiado travieso.

-¡Perdona patrón! -murmuró "Miserias".

Y había una penitencia sincera en su voz. El pequeño comisario se arrastró hasta colocarse junto a su jefe.

-Perdona –repitió-, no quisiera que ocurriese otra vez, pero te aseguro que no estaba en peligro. Nadie podía acertarme con un revólver cuando estaba entre esa maleza. Hubiera llegado hasta el fondo de ese achaparrado como un conejo.

Pete, ceñudo, hizo un movimiento denegatorio de cabeza. Era verdad que "Miserias" hubiese sido un blanco muy difícil para cualquiera que pudiese estar escondido en las enormes peñas que se alzaban entre ellos, pero no era los posibles acechadores lo que le preocupaba a Pete Rice, al menos de momento.

-Sí, tal vez hubiese sido fácil colocarse encima de ese cowboy sin que te abriesen un agujero -admitió al fin.

Sus penetrantes ojos grises estudiaban el muñeco cuando continuó:

-Pero precisamente por lo demasiado fácil que es, no valía la pena de intentarlo. ¡Hay algo falso en todo esto!

El sheriff miró hacia las peñas y luego hacia los distantes piñones. Al extremo de la escarpadura había una hilera de rocas que no serían suficientes para ocultar a gentes en acecho, pero las peñas eran lo suficientemente grandes para proteger a Pete Rice y a sus hombres si avanzaban arrastrándose en vez de hacerlo andando de manera natural.

-Seguidme, muchachos -ordenó Pete-, y avanzad tan pegados a la tierra como podáis.

Empezó a deslizarse hacia la escarpadura. Ni una sola señal de bala interrumpió su paso hasta que llegaron a un hacinamiento de peñas a unos cincuenta pies del muñeco.

Pete escuchó atentamente. Si los bandidos se hallaban cerca, guardaban el mismo silencio que los cazadores al acecho de pumas. Pete se dijo que ya sabía por qué. Estaban sus mandíbulas trabajando activamente en la masticación de la goma, cuando empezó a enrollar su lazo de cuerda.

En la difícil posición en que se hallaba, Pete tomó cuidadosamente la puntería y arrojó el lazo. La cuerda logró aprisionar una de las piernas del muñeco, removiendo la tierra alrededor de éste. Antes de tirar de la cuerda, Pete retrocedió unos pasos y vio que sus hombres secundaban el movimiento. Fue entonces cuando dio un tirón vigoroso.

¡Bu-uum!

La terrorífica explosión envió a los buitres graznando hacia las nubes, resonando el eco de sus graznidos de alarma en la selvatiquez; casi ensordeció a Pete y a poco más deja sin sentido a Hicks “Miserias”.

-¡Muerte de culebra! –vociferó Teeny Butler-. ¿Estaba ese cadáver relleno de T.N.T. o qué?

-Ese cadáver -contestó Pete-, era un muñeco. Mira la paja esparcida por ahí.

-¡Cuerno! -exclamó Hicks, “Miserias”-. ¡Te debo una porción de gracias, viejo camarada! ¡Creo que de ahora en adelante voy a dejarte que pienses por mi cuenta!

Hicks “Miserias”, que no era tonto, sino un guasón demasiado impetuoso a veces, comprendió ahora lo cerca que había estado de la muerte.

El muñeco estaba indudablemente en combinación con algún mecanismo especial que hizo estallar una carga de dinamita al ser removido. Los bandidos llevaban las de perder en un cambio de balas con Pete Rice y sus hombres, pero de haber llegado éstos hasta el muñeco, el distrito de Trinchera se hubiese convertido en un feudo de aquellos malhechores.

Varios gritos llegaron a oídos del sheriff desde la parte Este. Sus manos fueron rápidamente a las pistoleras y empuñaron los revólveres. Los bandidos estaban en el sendero.

-¡Echadse atrás, muchachos! -ordenó Pete-. ¡No os mováis a menos que yo dé la voz! Esos hombres deben creer que hemos volado en pedazos.

Indudablemente, eso pensaron los bandidos. Se habían estacionado a algunos centenares de metros de distancia, para evitar el peligro de ser alcanzados por los trozos de roca que volarían a efectos de la explosión.

Pocos segundos después, las voces podían percibirse perfectamente.

-¡El muñeco se los ha tragado, camaradas! -gritaba uno.

-¡Ahora sacaremos las ollas de oro de su escondite! -vociferó otro, gozoso-. ¡Exijo la insignia del sheriff y su caballo!

Salieron a campo abierto y uno de ellos llegó hasta la hilera de rocas. La gigantesca figura de Teeny Butler no había podido ocultarse por completo.

-¡Allí hay uno! -dijo una voz de alerta.

Y una granizada de tiros roció las rocas tras las que se ocultaban los representantes de la ley.

-¡Mandadlos al infierno a todos ellos! -aulló el jefe cargando revólver en mano hacia las rocas-. ¡Mandadlos al infierno...!

El 45 de Teeny habló en aquel momento. El jefe de los bandidos cayó hacia adelante y se apagó el hilo de su voz.

-¡Creo que en estos momentos sabe ya más del infierno que nosotros! -murmuró ásperamente Butler.

Los restantes bandidos se guarecieron en las desigualdades del terreno y abrieron un fuego endiablado contra las peñas. Las balas silbaban siniestras y se aplastaban con furia contra las piedras, desde detrás de las cuales disparaban los comisarios de Pete. Un grito de agonía salido de detrás de un montón de maleza indicó que una de las balas había acertado un blanco vivo.

Pete volvió sus revólveres a las pistoleras. No había disparado un solo tiro. Metió una mano en el bolsillo y a poco la sacó empuñando una bomba Mills. Pete las había empleado con éxito en su lucha con los criminales en la población minera de Desolación, en el distrito vecino.

Aquellas bombas eran armas de combate desconocidas en el Sudoeste. Causaban más terror que los 45 y, sin embargo, podían lanzarse de manera que fuese menor la carnicería.

Pete empezó a arrastrarse formando un semicírculo. Si conseguía lanzar la bomba cerca del escondite de los bandidos, esperaba ganar aquella batalla rápidamente.

Miró hacia atrás por encima del hombro y vio que el hombre herido por Teeny se retiraba hacia un escondite más seguro. El bandido había fingido la muerte para poder escapar mejor.

Pete, que hubiera podido matarlo impunemente, lo dejó ir. No había salido a matar hombres, sino a coger prisioneros. Eran éstos los únicos que podían ayudarle a disipar las nubes de misterio que se cernían en torno a La Quebrada del Buitre.

Se oyó otra vocería estridente. Teeny había disparado sobre otro de los bandidos que pretendía guarecerse tras el ancho tronco de un pino. Pete vio cómo se ponía rígido el brazo del bandido y cómo caía a tierra su 45.

¡Bang!

Era el revólver de “Miserias” el que vomitaba plomo ahora. El diminuto barberillo había visto a uno de los rufianes arrastrarse hacia donde se hallaban los caballos de los comisarios.

Aunque de cascos calientes, “Miserias” era un tirador de primer orden, con ambas manos, y podía haber agujereado a su enemigo de parte a parte. En vez de hacerlo así, tiró sólo para ponerlo fuera de combate. La bala alcanzó al bandido en la parte carnosa del hombro.

El impacto le hizo vacilar, pero no cayó y logró saltar entre la espesura pidiendo desesperadamente misericordia, hasta el límite de sus fuerzas vocales.

En cuanto él podía juzgar, Pete contó hasta cuatro bandidos que aun podían luchar. La tarea para sus comisarios y para él misino, sería ahora más fácil. Sin embargo, no quería aumentar la carnicería, sino coger a aquellos hombres vivos.

Había llegado al abrigo de unas matas de hierba bastante altas y vio desde allí los fogonazos y las bocanadas de humo de los revólveres de los bandidos. Estaba aún demasiado lejos para que resultase eficaz el lanzamiento de la bomba Mills. Tendría que acercarse más.

Abandonó el escondite que le brindaba la maleza y siguió rastreando como un indio. Trataba de llegar a refugiarse tras un pino gigantesco, desde detrás del cual podría lanzar la bomba con seguridades de éxito.

Las balas silbaron en torno suyo y aun una llegó a agujerearle los zahones de cuero. A pesar de todo siguió su camino y llegó al tronco del pino, guarecióse tras él, quitó la aguja de percusión de la bomba y la arrojó con fuerza hacia delante.

Como había supuesto, la nueva arma de combate produjo un verdadero pánico entre los bandidos, que emprendieron la huída en todas direcciones. El pequeño “Miserias” se lanzó a un espacio abierto en la maleza y una bala le arrebató el sombrero. Rápidamente lanzó sus “bolas”, pero una bala estrellándose en el suelo a pocos pies de distancia, levantó una nube de

polvo e inutilizó la puntería. Las “bolas” fueron a caer a un pie de distancia del tobillo de uno de los bandidos.

Pete arrojó otra bomba, pero sin ánimo de matar. El artefacto explotó a poca distancia de uno de los bandidos, que había perdido su sombrero. El facineroso corrió alocado como un conejo. No había otro modo de alcanzarlo que dispararle en mitad de la espalda, pero Pete jamás hubiese recurrido a aquel recurso extremo.

Los fugitivos corrían ahora velozmente hacia sus caballos, excepto los tres que habían resultado heridos, que avanzaban con dificultad. Dos de estos últimos se quedaron pronto rezagados. Uno de ellos, el que resultara herido en el hombro por la bala de “Miserias”, progresaba en su huída lentamente, tambaleándose y zigzagueando. Hacía esfuerzos desesperados para llegar a su caballo. El otro herido les gritaba a sus compañeros ilesos que retrocediesen para ayudarle a huir.

Los fugitivos no oían o fingían no oír aquellas llamadas angustiosas y seguían su marcha hacia los caballos. Disparar sobre aquellos dos hombres inermes, suponía exponerse a herir también a Sonny y los dos caballos de Teeny e Hicks.

Ambos inválidos pugnaban por la libertad desesperadamente. El herido más leve ayudaba a andar a su compañero, mostrando una compasión extraña en tal clase de individuos.

-¡Alto! -les gritó Pete-. ¡Manos arriba! ¡Quietos donde estáis o me veré obligado a meteros un tarugo en el cuerpo!

Los bandidos levantaron los brazos simultáneamente y Pete corrió hacia ellos y pudo ver perfectamente las caras de los dos hombres a quienes obligaba a rendirse. Eran dos hombres jóvenes; apenas dos mozalbetes imberbes.

Pete experimentó una honda tristeza. Era indudable que en aquellos infelices quedaba aún un resto de bondad. Fueron las malas compañías los que les arrastraron al crimen y ahora tendrían que llevarlos a la horca...

¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!

Tres estampidos metálicos penetrantes rompieron el silencio. En lo alto de la loma sobre la que ahora galopaban los fugitivos, aparecieron tres bocanadas de humo. Pete se zambulló en el acto entre la maleza. Siempre se escondía al oír el zumbido de un rifle de largo alcance. ¡Pero un instante después pudo convencerse de que los fugitivos no habían disparado sobre él!

Uno de los muchachos heridos lanzó un agudo chillido de dolor. Manoteó en el aire, se bamboleó unos cuantos pasos y volviéndose hacia la loma mostró el puño a sus asesinos en un gesto impotente de amenaza. Luego se derrumbó junto a su compañero, que había caído sin exhalar un suspiro. ¡Ambos mozos habían sido cobardemente asesinados por sus propios compañeros!

Tal acto de cobardía incalificable hizo a Pete dudar por un segundo de lo que veía. Hicks “Miserias” experimentó un arrebato como si súbitamente le hubiesen salido granos en todo el cuerpo y se deshizo en invectivas contra los criminales. De su llameante revólver salió una verdadera granizada de balas.

Pero los bandidos se hallaban ahora fuera del alcance de sus proyectiles y hasta él llegó envuelta en el viento, una risa burlona. Los bandidos desaparecieron de la vista en la parte oriental de la loma.

Pete Rice corrió hacia los dos bandidos. El que primero cayera estaba muerto. Su compañero abrió penosamente los ojos cuando el sheriff se inclinó hacia él, y sonrió débilmente. De su boca salía un chorro de sangre. Su respiración era bronca y se veía que luchaba desesperadamente con la muerte. El tiempo que le quedaba de vida podía contarse por segundos.

“Miserias” y Teeny se acercaron al grupo. El gigantesco comisario sacó del bolsillo de la cadera un frasco metálico lleno de su bebida favorita: té sasafrás frío.

-Échale un trago al pobre muchacho, Teeny -le dijo Pete-. Está atragantándose por querer decirme algo... “Miserias”, ve por los caballos... Nos pondremos en marcha pronto. Hay que perseguir y alcanzar a esos bandidos...

Un estremecimiento sacudió el cuerpo del infeliz. La bala le había entrado por la espalda atravesándole el cuerpo de parte a parte.

Su agonía era espantosa. Sin embargo, se le veía luchar bravamente por recoger las fuerzas necesarias para hablar.

Pete le echó en la boca un trago de té frío. El agonizante, que yacía fláccido en sus brazos, susurró débilmente tres palabras:

-Valle de Grama... jueves...

Esto fue todo. Abriéronse sus ojos moribundos sin ver. El último soplo de vida había huido al esfuerzo realizado para emitir su mensaje postrero: “Valle de Grama... jueves”.

-¿Qué habrá querido decir, patrón? -preguntó Teeny Butler cuando Pete dulcemente dejó el cuerpo fláccido sobre el suelo.

Los labios de Pete se agitaron temblorosos.

-No lo sé –contestó-. Pero su mensaje significa que tú, “Miserias” y yo, vamos a ponernos inmediatamente en marcha para estar el jueves en Valle de Grama. No es mucho saber, pero puede que ello signifique para nosotros una gran ventaja.

CAPÍTULO IV
LA CASA SINIESTRA

Los tres hombres miraban silenciosos y ceñudos a los dos bandidos muertos. Pete Rice estaba verdaderamente apesadumbrado al ver escaparse aquellas dos vidas tan jóvenes y, sin embargo, era preferible que hubiesen muerto así a consecuencia de una bala, que morir mil muertes en un oscuro calabozo esperando la hora inexorable de ascender los trece escalones del patíbulo.

Algunos buitres apostados en las ramas de un abeto cercano parecían regodearse por anticipado del festín que les esperaba, y sus ojuelos picarescos se clavaban en los dos cuerpos sin vida. Un sentimiento de humanidad impedía a los tres representantes de la ley reanudar la persecución de los bandidos antes de haber ocultado los cuerpos de los muertos bajo un sudario de piedras.

En este trabajo emplearon varios minutos, pareciendo que durante ellos habrían logrado los bandidos burlar la persecución de la ley. Pete y sus comisarios siguieron las huellas de los fugitivos durante una media milla, pero aquéllas terminaban bruscamente a orillas de un riachuelo. La impetuosa corriente había hecho desaparecer las marcas de los cascos de los caballos en el lecho arenisco y era imposible averiguar si se habían dirigido hacia arriba o hacia abajo. Pete, al convencerse de ello, determinó cejar en la persecución y los tres jinetes se dirigieron en derechura a la meseta de Dutch Oven.

En cuanto a Pete, se abandonó al instinto de Sonny, y se entregó a su distracción favorita: mascar goma. Sus mandíbulas trabajaban vigorosamente. Para los que conocían a Pete, aquello significaba que su cerebro estaba en plena actividad.

¿Por qué se había resuelto a dirigirse a la casa solariega de Wexford? Existían por aquellos contornos numerosas cabañas en las que muy bien podían haber buscado refugio los fugitivos. ¿Se trataba, acaso, de una vasta organización de criminales que necesitaba algo más que una cabaña, en cuyo remate ululan los búhos, para vivienda? ¿Y por qué mostraban tanto empeño aquellos hombres en deshacerse de los representantes de la ley? ¿No era lógico

pensar que si tan determinados estaban a matarlos era para que no les expulsasen de su escondite?

Los tres hombres marchaban con lentitud. Pete se mantenía alerta como un cazador al acecho. Sus ojos miraban atentamente y sin cesar a un lado y otro del camino que seguían. Tenía los nervios en tensión continua, pronto a echar mano a las pistoleras en que descansaban sus 45. Por fin llegaron a la meseta sin encontrar rastro de los fugitivos.

La meseta de Dutch Oyen tenía varias millas cuadradas de extensión. Su suelo era lo suficientemente fértil para aprovisionar ampliamente a una comunidad casi tan grande como la de La Quebrada del Buitre. La tierra estaba admirablemente regada por multitud de manantiales, fuentes y arroyuelos, y las abundantes extensiones de grama podían alimentar millares de cabezas de ganado.

Aunque la meseta era llana, la casa solariega estaba protegida de los fuertes vendavales por varios espacios de bosque. Los tres jinetes se dirigieron directamente hacia el edificio, siguiendo uno de los caminos abiertos a través de una de las frondosas arboledas. En apariencia, nadie había notado su presencia.

La casa solariega de Wexford parecía el producto de una pesadilla de arquitecto. Reflejaba fielmente el estado cerebral de su constructor. En sus principios fue un edificio razonablemente hermoso, pero las innumerables adiciones hechas a la estructura primitiva, hacían el efecto de que aquélla hubiese sufrido acrescencias parasitarias.

Se dejaba sentir la mano del pintor que pintase sus paredes maestras. La acción del tiempo y de los elementos había combado su tejado y la mayor parte de las ventanas estaban desvencijadas, golpeando con furia los postigos y silbando lúgubremente el viento por debajo de las puertas y por las vidrieras hechas añicos. Una atmósfera medrosa y atemorizante envolvía la vieja casona.

Pete, a su vista, experimentó la sensación de que aquel edificio destartalado tenía características humanas, que miraba de soslayo al que trataba de poner al descubierto las maldades y los crímenes que se ocultaban tras aquellos paredones medio en ruinas. ¿Pero no causarían en él aquella sensación extraña, los ojos de los hombres que debían de estar atisbándole tras secretas rendijas que escapaban a su vista?

-¡Por Belcebú! -exclamó Hicks “Miserias”-. ¡Antes me haría criado en Ciudad de Méjico, que vivir aquí! ¡Mejor que una de esas cómodas habitaciones, prefiero una choza de adobe decorada con una ristra de ajos!

-Sobre gustos no hay nada escrito -dijo Teeny a su vez-. A Weimar parecía gustarle. Pero sí yo viviese un mes en esta casa, creo que acabaría trazando círculos cuadrados y sumando ceros.

El individuo a quien se refería Teeny Butler era un tal Herbert Weimar, un propietario de minas retirado, millonario que a la muerte de Huddersfield había alimentado la ambición de adquirir en arriendo la casa solariega de Wexford a su nuevo propietario, el hijo del difunto conde, que vivía en Inglaterra.

Sin embargo, seis meses de residencia en la casa solariega habían sido suficientes para Weimar, que ahora vivía con su esposa, en un confortable rancho a pocas millas de La Quebrada del Buitre.

La imaginación de Pete Rice voló instantáneamente hacia Herbert Weimar, a quien había tratado en distintas ocasiones. El sheriff había conocido a muchas gentes inocentes en apariencia, que eran capaces de recortar a balazos un corazón por la cosa más insignificante,

Weimar, admitía Pete en su fuero interno, era un individuo original. A despecho de su riqueza, era un hombre desilusionado, amargado de la vida. Su máxima ambición en los últimos tiempos fue la de llegar a ser senador en los Estados Unidos pero al alquilar aquella enorme casona que tenía fama en el distrito de estar “encantada”, había perdido gran parte de su popularidad en el Estado.

-Dicen -observó Hicks “Miserias”-, que Herbert Weimar no es el mismo hombre desde que se convenció de que no podía llegar a ser elegido senador. Que tiene el corazón dolorido, que está desilusionado... Eso es lo que dice la gente.

Pete Rice dejó ver una sonrisilla, burlona.

-Tal vez, sí –dijo-, y tal vez, no. Mucho, se habla de los “corazones doloridos” y puede que haya algo de eso, pero yo sé por experiencia que, como la molleja de la aves, el corazón es la parte más resistente, más dura, de toda criatura.

Los penetrantes ojos de Teeny habían estado rastreando el terreno alrededor de la casa.

-¡Con cincuenta mil de a caballo, patrón! –gruñó-. ¡Este podía ser perfectamente el lugar de reunión de todos los lobos de Arizona! ¿No te parece, patrón?

Pete estaba estudiando detenidamente el terreno. Había en él, en gran abundancia, unas huellas como de pezuñas de perros. Sin embargo, los ojos expertos del sheriff no tardaron en comprobar que en realidad se trataba de pisadas de lobo. La anchura de la zarpa era algo mayor que la del perro y las dos uñas centrales eran también más largas que las caninas.

-Es extraño -murmuró Pete en cuanto hubo terminado la inspección del terreno-, son demasiadas huellas de lobo.

Sabía que los lobos suelen viajar en grupos de tres a cinco cabezas, aun cuando algunas veces la manada llegue a estar compuesta hasta diez. Pero allí se veían señales de una manada triple a este último número.

Pete Rice olfateó el aire.

-¿No notáis un olor penetrante a almizcle? -preguntó.

“Miserias” afirmó con un ligero movimiento de cabeza.

-A eso huele, en efecto. He olido mucho almizcle en mi vida –dijo-. He estado más de una vez en un almizclero. Es un polvo rojizo moreno...

-Los lobos acuden a ese olor, como un gato al de calamento -explicó Pete Rice-. Por medio del almizcle, un lobero que sepa su oficio puede manejar a esos animales como si fuesen perros. ¡Hum! Alguien, aunque no sabemos todavía quién, se ha procurado un lobero, para llevar a cabo alguna fechoría contraria a la ley. Creo que no me equivoco. Voy a entrar en la casa, mientras vosotros os quedáis aquí vigilando, pero no disparéis mientras no sea absolutamente necesario.

Los tres hombres se acercaron a una de las ventanas. El interior de la vivienda estaba silencioso, como una tumba. Olía a mohoso, pero por encima de este olor, se percibía otro mucho más acre, que Pete fue incapaz de clasificar de momento. Era un olor penetrante como a perfume barato.

El sheriff empezó a subir por una escalera en espiral que estaba casi a oscuras y al llegar a lo alto se halló frente a una puerta. Abrió ésta de repente y dio un paso hacia adelante.

¡Bam!

Un segundo después estaba sentado en el suelo, pues los pies se negaron a sostenerle.

Teeny y “Miserias” apuntaron con sus revólveres, aunque sin saber adónde.

-¿Qué sucede, patrón? -preguntó “Miserias”.

Pete hizo una mueca de dolor y se llevó la mano a un bulto como un huevo de cisne que le había salido en la frente y en vez de contestar con palabras señaló con la otra mano hacia la puerta.

En una vida de sorpresas continuas como la que llevaban, era aquella una de las cosas que menos podían esperar.

¡Aquella puerta se abría a un vano!

¡Era una puerta falsa que se abría a una pared desnuda contra la que había chocado violentamente el sheriff!

Pete se incorporó y sacudió la cabeza para aclarar la confusión que le produjera el golpe que acababa de darse.

-Me está bien empleado por no mirar por donde voy. Otra vez seré más cuidadoso. No puede censurarse cuando se equivoca uno por primera vez, pero si se repite el yerro, es una soberana torpeza que no tiene disculpa.

Después de abrir otras dos puertas cerradas en vano, hallaron al fin una que llevaba a otras partes del edificio. Se veía claramente que Huddersfield se había preocupado de construir y construir, sin pararse a considerar lo inútil que resultaba el trabajo del carpintero. Se sentía satisfecho sólo con oír el estruendo de los clavos al penetrar en la madera,

Tras las experiencias negativas anteriores, hallaron al fin una puerta verdadera, que daba a una habitación de grandes dimensiones y en la pared del fondo se veía una monumental chimenea francesa. Pete se acercó a ella y miró a su interior. ¡No tenía cañón!

Sobre la chimenea se veía colgado el retrato pintado al óleo de un viejo de cara avinagrada. Una planchita de latón adosada al marco, le hizo saber que se trataba de un retrato de Cranbrook Huddersfield, primer conde de Wexford.

Los ojos parecían mirar insistentemente hacia abajo, y Pete hubiese jurado que aquel vejestorio de cara de pocos amigos le estaba estudiando detenidamente. No había en el mundo hombre menos supersticioso que Pistol Pete Rice, y, sin embargo, aquella sensación de ser mirado con fijeza extraña por parte del retrato, estaba echando raíces en él.

Sin dejar de mirar al cuadro, se mordió con fuerza el labio inferior. ¿Era víctima de un primer ataque de nervios? ¿Estaba jugando aquel rostro misterioso un truco diabólico con su cerebro? ¿O le habría trastornado algo el choque de su cabeza contra la pared? “Miserias” y Teeny correteaban entre tanto en la habitación próxima. Pete colocó frente a la chimenea una de las sillas macizas que había en la estancia y se subió en ella. Luego, con la punta de uno de sus dedos, recorrió en todos sentidos la tela pintada.

Pensó un momento que los ojos del viejo podían haber sido recortados cuidadosamente y que alguien atisbaba detrás de ellos. Comprobó, no obstante, que la tela estaba intacta.

Para acabar de convencerse, alzó el cuadro y miró debajo de él. Detrás del retrato había un entrepaño de madera de caoba. Pete golpeó las paredes con la culata de su revólver y se convenció de que eran macizas. Ningún sonido a hueco denotaba que pudiera haber al otro lado de la pared un espacio vacío.

¡Y sin embargo, el retrato estaba mirándole otra vez!

Era una locura pensar así, pero el caso es que ahora estaba vuelto de espaldas y experimentaba en el espinazo la sensación de que alguien le estaba mirando. Como movido por un resorte se volvió de nuevo a mirar el retrato.

Luego descendió de la silla y se dirigió hacia la puerta. ¡Fuera de la casa se oyó el salvaje aullido de un lobo, seguido de un taladrante grito de agonía de un ser humano!

CAPÍTULO V
LAS GARRAS AMAESTRADAS

En el primer momento temió Pete que aquel grito proviniese de “Miserias” o de Teeny, pero cuando se lanzó corriendo a través de las enormes estancias de la vieja casona pudo comprobar que uno y otro, no gritaban demandando auxilio, sino que rugían de rabia, lanzándose a su vez en auxilio de quien en aquellos momentos era atacado por un enemigo desconocido.

Pete continuó corriendo por aquel laberinto de habitaciones y a medida que se acercaba a la salida, se convencía de que el aullido de los lobos que seguía sonando estridente, procedía del exterior de la casa.

Llegó a unos tramos de escalera y los bajó de cinco en cinco escalones. Cuando al fin se lanzó a través de una de las ventanas de la fachada, pudo ver que “Miserias” y Teeny habían llegado antes que él al terreno de la tragedia, y se hallaban en pie frente a una figura yaciente.

-¿Muerto? -preguntó Pete en cuanto se reunió con ellos.

Por toda contestación Teeny señaló con la mano al caído. Pete pudo ver que se trataba de un hombre que había sido horriblemente despedazado por un lobo. Un rápido examen le hizo ver que aquel hombre había sido desjarretado; las afiladas mandíbulas de un lobo habían seccionado uno de los tendones de la pierna, en la parte posterior de la rodilla. El desgraciado fue derribado por la fiera, que una vez en tierra le alcanzó la vena yugular en una terrible dentellada.

Los ojos penetrantes de Pete distinguieron otras huellas de hombre además de las del muerto y junto a aquéllas se distinguían claramente las del lobo. Ambas señales de pisadas se alejaban juntas del lugar de lo ocurrido.

El sheriff siguió estas huellas hasta un bosque cercano, donde el lobo y el hombre, que ostensiblemente llevaba el animal, habían penetrado en un arroyo. Se perdía allí la pista de uno y otro y Pete comprendió que el tratar de seguirla más adelante sería tiempo perdido.

Retrocedió hasta el sitio en que se hallaban “Miserias” y Teeny frente a la casona y los empujó hasta un rincón desde donde no podían ser vistos desde las habitaciones de la parte superior del edificio. Pete estaba seguro de que la casa solariega encerraba enemigos ocultos. No había sido capaz de hallarlos, pero habría apostado una fortuna a que estaban allí, y un tirador, desde una de las ventanas, podía matar impunemente a los representantes de la ley si éstos no extremaban las precauciones.

Una vez a cobijo del muro, Pete miró hacia el sitio donde indudablemente se había cometido el crimen, y no tardó en reconstruir la escena en su imaginación.

Algún campesino extraviado llegaría a los alrededores de la casa. El lobero había azuzado a uno de sus lobos contra el intruso y la fiera mató al hombre rápidamente. Luego el lobero había llevado a la fiera hasta algún escondite situado más allá del bosque frontero a la casa.

El lobero había borrado del cuerpo del caído todas las huellas que hubiesen podido servir para identificar el cadáver. En el registro que Pete hizo en las ropas del muerto no encontró ni cartas, ni cuaderno de notas, ni documento alguno. Sólo en la hebilla del cinturón podían verse unas iniciales.

El sheriff llevó el cadáver hasta el rincón en que se habían refugiado él y sus comisarios y examinó el interior de la americana. Al lobero se le había olvidado hacer desaparecer la etiqueta del sastre, adosada a uno de los bolsillos de la chaqueta.

Pete arrancó el trozo de tela y leyó las letras estampadas en ella, algo desgastadas por el uso:

Banner & Hackett Proveedores
EL PASO.

El sheriff hizo transportar el cadáver al interior de la casa y durante una hora se entretuvo en realizar una detenida inspección en el viejo edificio. No se produjo ningún ataque durante aquel intervalo de tiempo. Aunque los tres representantes de la ley recorrieron de un lado a otro, habitación por habitación, no hallaron la evidencia de que la casa estuviese habitada.

Algunas de las habitaciones, pocas, estaban amuebladas, aunque los tapices estaban ya roídos por las ratas. En las distintas dependencias de la casa se veían cañerías de conducción de agua corriente procedente de un tanque situado en el extremo norte de la meseta.

Entraron en un gran salón de baile lujosamente amueblado y de cuyas paredes pendían ricos tapices. Uno mural, primoroso, subía por completo una de las paredes laterales. Una enorme araña de cristal colgaba del techo y el piso de mosaico había sido encerado cuidadosamente, de tal modo, que aun podía ser utilizado para la danza.

La sala de baile habría podido contener holgadamente un centenar de parejas. No obstante, Pete sabía que durante la estancia de Huddersfield, el conde había vivido completamente aislado, sin más compañía que la de un par de sirvientes, que nada habían de revelar de cuanto supieran acerca de la casa, ya que estaban bien pagados, y aun bonificados con una pensión ordinaria, al igual que los operarios que tomaron parte en las adiciones y rectificaciones de la construcción.

Los tres representantes de la ley subieron varias escaleras de caracol, que iban a dar en puertas cerradas sobre paredes vanas. La mayoría de las escaleras estaban formadas por tramos de a cuatro escalones y cada uno de éstos de doble alzada que los escalones ordinarios. Había muchas chimeneas francesas en las distintas habitaciones, pero ninguna de ellas tenía cañería de conducción de humo.

Un corredor circular les hizo retroceder al lugar en donde empezaron el recorrido. Había habitaciones edificadas dentro de otras. La mayoría de las obras se habían llevado a efecto con el único evidente objeto de mantener trabajando a los carpinteros, para alimentar así la superstición de Huddersfield.

En el segundo piso encontraron una espaciosa cocina, adyacente a una gran sala que servía de comedor, aunque las habitaciones que tenía a ambos lados eran dos alcobas. Contiguos a uno y otro había hasta tres cuartos de baño, en íntima proximidad con el lavadero.

-¡Por todos los demonios! -observó “Miserias” cuando continuaban recorriendo la extraña casona-. Este Huddersfield debía estar forzosamente loco. Todo lo que hay aquí es distinto a lo que vemos en una casa ordinaria. Cualquiera diría que el viejo chiflado olfateaba con los oídos y escuchaba con los ojos.

Pete y sus comisarlos subieron al observatorio de la torre. A un lado se veía un polvorín o armería en miniatura y enfrente una habitación destinada a bar indudablemente. No había botellas en los estantes, pero se respiraba una atmósfera fuertemente alcohólica.

En la habitación no había más que las paredes pintadas al aceite y algunos adornos que servían de alimento a las ratas. Indudablemente la habían desamueblado poco después de haber sido alquilada por Herbert Weimar. Si los bandidos habían penetrado en la extraña mansión, no fue desde luego, se decía Pete, con móviles de robo.

“Miserias” husmeó la habitación que fuera un tiempo bodega.

-¡Pues sí que tenían que subir escaleras para echar un trago! –exclamó-. Y ya que hablamos de bebidas he de confesar que me estoy muriendo de sed. Voy a beber de cualquiera de estos grifos.

Y así diciendo, se dirigió a uno de los grifos y lo hizo funcionar. Ya se inclinaba para beber, cuando Pete le gritó:

-¡Espera, “Miserias”! Yo no bebería de ahí. No podemos asegurar qué clase de gentes hay en esta casa. Si, como creemos, son bandidos los que ocupan las habitaciones altas de la casa, ¿quién nos asegura que no han envenenado el agua? Como comprenderás, esos hombres que ven lo que estamos haciendo, no deben desearnos ningún bien.

“Miserias” alzó la cabeza.

-Tienes razón, patrón –murmuró-, pero considera que debemos de acabar de una vez con esta gentuza, aunque yo no veo que haya nadie por estos alrededores, después de todo.

Y al hablar así se alejó de la palangana en la que seguía cayendo el líquido. ¡Pero de pronto, el agua dejó de manar sin que nadie cerrase el grifo!

Todos los nervios de Pete Rice se crisparon. Aquello quería decir algo y el sheriff sabía perfectamente lo que significaba.

Pete había estado en más de una de aquellas grandes casonas antiguas que tenían instalación de agua corriente y con los procedimientos primitivos de transporte y de obtención de presión de agua, sabía que ésta podía ser llevada a uno de los pisos superiores, pero no cuando se estaban sirviendo de ella en la parte baja del edificio.

¡En aquella casa había bandidos! Uno de ellos debía haber abierto un grifo en el sótano o quizá en la planta baja.

Como de costumbre, Hicks "Miserias" era partidario de entrar en acción inmediatamente.

-¡Ya que sabemos que hay hombres escondidos aquí, vamos por ellos, patrón! –dijo-. Tiraremos sobre ellos a través de las paredes. Sea como sea, que se enteren de que sabemos que están aquí.

Pete denegó con un gesto.

-Eso precisamente es lo que no debemos hacer, compañero –contestó-. Nos conviene que crean que no hemos descubierto nada. Lo que vamos a hacer es marcharnos ahora mismo dejándoles pensar que hemos fracasado en nuestro empeño.

-¿Quieres dejarme a mí oculto aquí toda la noche? -preguntó el intrépido "Miserias".

-No -fue la decisión de Pete-. Ya hemos visto que es inútil buscar en la casa. Los bandidos deben tener algún lugar secreto que no podemos encontrar, y el dejar un hombre aquí, es exponerlo a que muera envenenado o a que le claven un cuchillo entre los omóplatos. Vamos a dejar esto enseguida. Tengo una idea.

Descendieron la escalera y empezaron a andar hacia el frente de la casa. El gran edificio estaba ahora más oscuro que nunca. Caía el crepúsculo. Una vez más el retrato del viejo aristócrata miraba ahora a los representantes de la ley cuando pasaron ante él hacia la salida.

Los tres comisarios cargaron el cadáver del hombre despedazado por el lobo a la grupa de Sonny y se dirigieron hacia la Quebrada del Buitre. Pensaban entregar el cadáver no identificado aún al doctor Buckley, el médico forense del distrito. Pete había pensado enviar la chaqueta del muerto a El Paso, pues existía la posibilidad de que los sastres fuesen capaces de recordar el nombre de la persona a quien vendieron el traje.

Siguieron el camino que descendiendo de la meseta conducía a la región minada por quebradas y cañones. Pete iba mirando ahora hacia una eminencia que se alzaba entre él y la Quebrada del Buitre.

En aquella altura se alzaba la casa de un rancho, que aunque raramente espaciosa para lo acostumbrado, era sólo una fracción de la casa solariega de Wexford. Era la residencia de Herbert Weimar, el hombre que alquilara Wexford y que lo había abandonado ha poco.

-¿Qué miras hacia allá arriba, patrón? -preguntó Teeny curioso.

-Precisamente estaba pensando -contestó Pete-, en lo que te dije antes, cuando estábamos en aquella casa extravagante: en que tenía una idea. Y la tengo, en efecto. Es inútil que sigamos explorando aquel edificio estrambótico lleno de pasadizos y de escaleras secretas, cuando Weimar, que vivió allí una temporada, puede darnos toda clase de detalles sobre los escondrijos que tenga el edificio.

-Es una idea excelente -contestó Teeny.

Y al decirlo clavó sus ojos en la eminencia bordeada por espesos bosques de abetos. Súbitamente surgió una llamarada de entre los árboles.

¡Buum!

Una bala de rifle silbó sobre sus cabezas. Un segundo proyectil atravesó la copa del sombrero de Pete.

-¡Poneos a cubierto, muchachos! -les gritó a sus hombres.

Y lanzó su alazán hacia una de las orillas del camino, en que había malezas y arboleda.

Otra bala se clavó en el tronco de un árbol, pero ahora se hallaban a cubierto de los disparos. Hicks “Miserias” quería a toda costa abandonar el refugio y precipitarse contra el misterioso individuo que disparaba desde la altura, pero Pete logró convencerle de que el obrar así sería poco menos que un suicidio. El que tiraba desde el rancho de Weimar, lo hacía con un rifle de largo alcance y podía disparar, después de haber afinado la puntería, sobre cualquier individuo que intentase escalar el empinado sendero.

-Estémonos aquí hasta que cierre la noche -aconsejó Pete-. He de confesaros que me alegro de lo que acaba de ocurrir. Puede ser el mejor indicio que hayamos hallado hasta ahora.

Por espacio de unos treinta segundos estuvo mascando goma silencioso. Al cabo de ese tiempo, añadió:

-Es probable que Herbert Weimar nos haya visto esta tarde cuando nos dirigíamos a la casa solariega de Wexford. Al regreso, un tirador apostado en su rancho, podía hacer volar nuestras cabezas tranquilamente. ¡Si eso no os parece un buen indicio, tendré que reconocer que Sonny es un burro mejicano!

CAPÍTULO VI
EL HOMBRE DESILUSIONADO

Una hora después, ya en plena oscuridad, Pete Rice acuciaba a Sonny por el escarpado sendero que conducía a la vivienda de Herbert Weimar.

El sheriff se había dicho que haciendo aquella excursión sólo, era más fácil que escapase a un extremo peligro. Por eso había enviado a “Miserias” y Teeny a la Quebrada del Buitre con el cuerpo del individuo muerto por el lobo. Sus manos no estaban nunca muy lejos de sus pistoleras, en las que llevaba sus revólveres con las iniciales P. R. en la culata.

El sendero se bifurcaba a poco en una especie de camino particular de la finca. A partir de sus fracasos políticos, Herbert Weimar apenas si había vuelto a mezclarse con las gentes de la Quebrada del Buitre. Su nueva posesión estaba admirablemente situada para defenderse de cazadores y pescadores furtivos.

Weimar, cuyo origen estaba bastante lejos de ser el de un hombre instruido, sentía verdadera pasión por aparecer como un “caballero” en el estricto sentido de la palabra. No le gustaba el trato con los hombres entregados a trabajos manuales y esa era otra de las razones por las que no le gustaba gran cosa la amistad de Pete Rice.

Los ojos de Pete continuaban alerta, mientras iba ordenando en su cerebro todas las historias que oyera acerca de Herbert Weimar. ¿Era éste, como aseguraba el rumor público, un hombre con el corazón destrozado, un desilusionado de la vida? ¿Y podía un hombre traspasado de dolor, un hombre totalmente desengañado volverse contra la sociedad en general? ¿Podía llegar a ser un asesino? ¿Habría sido, en realidad, el mismo Herbert Weimar el que intentara con su rifle de largo alcance asesinar a Pete Rice y a sus comisarios?

El sheriff aflojó el paso de Sonny porque la cuesta era cada vez más pronunciada. Dirigía el caballo con toda clase de precauciones a medida que se acercaba al rastrillo que Weimar había construido frente a la anchurosa cochera.

La casa estaba completamente a oscuras, al igual que una serie de cabañas que Pete distinguió a unos doscientos metros hacia el sur del edificio.

Pero de improviso vio brillar una lucecita diminuta, como del fuego de un cigarro frente a una de las cabañas. Pete se apeó del caballo, que dejó atado al rastrillo, escaló éste y anduvo silenciosamente hacia la cabaña en que viera la luz.

-¿Quién es? -La pregunta autoritaria había salido de la oscuridad.

-Es Pete Rice -contestó el sheriff-. Y si está pensando en disparar otra vez, piense antes lo que hace.

Empuñaba en aquel momento sus dos 45. No le gustaba provocar incidentes, pero estaba preparado a todo evento.

No obstante, el anciano mejicano que avanzó hacia él no ofrecía un aspecto hostil, sino todo lo contrario. Era un ex inquilino antiguo de la finca, que ahora había entrado al servicio de Weimar, con su mujer como cocinera y sus tres fornidos hijos como sirvientes y hombres hábiles para cualquier trabajo. Weimar no sostenía ganado, por lo que no necesitaba vaqueros.

-¿Quién disparó con un rifle desde aquí hace un rato? -preguntó Pete en español.

-Realmente, señor, no lo sé -contestó el anciano en el mismo idioma-. Yo estaba en el cuarto norte del terreno y vine hacia aquí para ver qué sucedía, pero no encontré a nadie.

Pete se preguntaba a sí mismo si estaría mintiendo el viejo, pero el tono de su voz y sus modales eran los de un hombre honrado, y a más los informes que sobre él tenía de la Quebrada del Buitre, eran buenos. Bien es verdad que nunca puede afirmarse nada concreto sobre lo que puede ser capaz de hacer un hombre.

-¿Dónde está Mr. Weimar? -fue la segunda pregunta de Pete-. ¿Por qué está a oscuras la casa del rancho?

-El señor y la señora fueron esta tarde temprano a la ciudad en una calesa -contestó el viejo mejicano-. Les llevó mi hijo Ramón, el mayor. Mis otros dos hijos han ido a la ciudad a ver el espectáculo de la medicina esa. Mi mujer está durmiendo dentro de la cabaña.

“Tal vez pensará usted que es extraño que no tengamos luz, pero como somos pobres desde hace muchos años, aun ahora que estamos bien atendidos por el señor Weimar, rara vez encendemos una luz, excepto cuando los muchachos están en casa.

Pete hizo un signo afirmativo con la cabeza. Sabía como aquellos viejos entrados en años, pobres de toda la vida, eran parcos en el gasto de luz. Muchos se iban a acostar a oscuras y se levantaban con el alba. Era muy probable que el viejo estuviera diciendo la verdad y que se hallase en aquellos momentos fumando un cigarrillo antes de irse a la cama.

Un pensamiento cruzó como un relámpago por el cerebro de Pete. Podía darse el caso de que Herbert Weimar estuviese planeando abandonar el país, y que aquel viejo mejicano a quien tenía asalariado, aun sabiéndolo, estuviese dando respuestas falsas a sus preguntas.

Pete habló ahora como si supiese en efecto, que Weimar había ido a la ciudad a tomar el tren.

-Yendo como iban su hijo y la señora Weimar –aventuró-, no debía el señor Weimar haber llevado tanto equipaje.

-No, señor -contestó el viejo-. Sólo llevaban dos maletas y una sombrerera de la señora. No llevaban mucho equipaje.

Pete encendió una cerilla y miró su reloj de plata, regalo de su madre al cumplir los veintiún años. Apurando a Sonny aun podía llegar a la Quebrada del Buitre antes de que saliera el tren de la noche.

-Perfectamente –dijo-. Aun puedo alcanzar al señor Weimar antes de que tome el tren.

Luego, ante la sorpresa del anciano, corrió hacia donde había dejado a Sonny, saltó a la silla y se lanzó como una centella pendiente abajo.

A sus oídos llegó el estridente silbido del tren de la noche, por lo que apuró a Sonny para recorrer la última milla que le separaba aún de la Quebrada del Buitre. Para ganar tiempo cortó a campo traviesa. El alto chaparral batía contra sus estribos y los espinos de la maleza arañaban sus zahones de piel de toro.

Dio un espolazo a Sonny, y el alazán sorprendido, pues siempre le tratara hasta entonces con benevolencia, casi se deslizó bajo su amo, cruzando como un rayo la carretera de la Quebrada del Buitre y la línea férrea frente a la estación, en el mismo instante en el que el tren nocturno doblaba la curva y silbaba ante el paso a nivel.

Pete detuvo a Sonny delante de la estación y se apeó de un salto. El tren se disponía a arrancar de nuevo, cuando tres personas salieron de la estación y avanzaron hacia el convoy. Una de ellas era el sirviente mejicano, que llevaba las dos maletas y la sombrerera barnizada.

Los otros eran el señor y la señora Weimar.

Pete Rice no quiso llamar la atención indebidamente. Entregó Sonny a un cowboy amigo que halló al paso y abordó el tren. Tenía una parada veinte millas al Este y podía regresar a la Quebrada del Buitre en el tren descendente que llegaba a la ciudad a las diez de la noche.

Cuando el convoy arrancó, se dirigió al coche destinado a fumadores, donde viera sentarse a Herbert Weimar. Este le miró de arriba abajo y se quitó un enorme cigarro de la boca.

-¡Caramba, sheriff, buenas noches! -dijo.

Pero su actitud mostraba bien a las claras que Pete Rice era la última persona a quien hubiera deseado ver aquella noche. Había demasiada sorpresa en su rostro.

Era un hombre rechoncho, de faz apoplética, como de unos cincuenta años de edad, muy dado a los cigarros ostentosos, anchos Stetson y que vestía a la manera de los grandes estadistas.

-Buenas noches, Mr. Weimar. A tomarse unas pequeñas vacaciones en el Este, ¿eh? -preguntó Pete Rice afectando indiferencia.

Weimar vaciló unos segundos antes de contestar.

-Sí, la señora Weimar y yo hemos pensado pasar una semana o poco más con el diputado Cushing. Tiene una finca en el Peloncillo, ¿sabe usted?

Pete mostró un interés sencillamente amistoso. Era inútil despertar sospechas por parte de Weimar. Él tenía amigos íntimos en todo el Estado y podía saber en breve por telégrafo si Weimar estaba realmente pasando unos días con su amigo en el Peloncillo, o si lo que trataba era de abandonar el distrito.

El sheriff se tendió cómodamente junto al pretendido estadista, rehusó un cigarro que éste le ofrecía y empezó a masticar una bola de goma.

-Diga, Mr. Weimar -dijo de pronto-, usted que ha vivido en la casa solariega de Wexford, ¿sabe usted algo, fuera de lo ordinario, acerca de esa casa?

Weimar parecía incómodo y se pasó inconscientemente el cigarro de un lado a otro de la boca repetidas ceses.

-Caramba, no -dijo al fin.

Pete se dijo que Herbert Weimar podía ser un hombre sagaz, pero era un pésimo embustero. Su modo de contestar no podía ser más evasivo.

-Es una gran casa, sheriff. Demasiado grande y demasiado sombría para la señora Weimar y aun para mí.

-Las habitaciones secretas deben haberles parecido un poco fantásticas -aventuró Pete.

-¿Qué habitaciones secretas? -contestó Weimar-. No hay habitaciones secretas en la casa solariega de Wexford. ¿Cómo se le ha ocurrido esa idea, sheriff?

-¡Oh, me lo había figurado! -murmuró Pete con indiferencia.

Weimar tiró el cigarro a medio fumar en una escupidera.

-Bien, necesito reunirme con mi señora –dijo-. Muy contento de haberle visto, sheriff.

Y se puso en pie para irse.

-Hasta la vista -contestó Pete-. Deseo que tenga usted una buena estancia en Peloncillo.

Y se quedó mirando al rollizo gentleman pasillo adelante.

Weimar había mentido, con toda seguridad, en lo referente a las habitaciones secretas. ¿Por qué? ¿Tendría algo que ver Weimar con los acontecimientos de la vieja casona? ¿Habría sido él quien disparara contra Pete y sus comisarios con un rifle de largo alcance?

Pete mascaba goma y rumiaba la situación al mismo tiempo. Hasta entonces no había tenido prevención alguna contra Herbert Weimar. No se podía meter a un hombre en la cárcel por haber habitado en una casa más o menos fantástica.

Sin embargo, decidió vigilar a Weimar en adelante. Aquella misma noche enviaría un telegrama a un amigo domiciliado en la ciudad a que decía dirigirse. Si Weimar pasaba de este punto, otro telegrama se le expediría a la Quebrada del Buitre notificándoselo. Se proponía dejar en libertad a aquel individuo durante cierto tiempo, hasta que él mismo tropezase en el lazo que iba a tenderle.

No volvió a molestar a Weimar durante el viaje, y continuó clavado en su asiento meditando. ¿Era una mera coincidencia el que Weimar decidiese hacer un viaje precisamente en aquella ocasión? ¿O tenia decidido el viaje hacía tiempo?

El revisor del tren se encargó de contestar espontáneamente a esta pregunta cuando pasó pocos minutos después por el coche reservado para fumadores. El funcionario se detuvo a hablar un momento con Pete.

-¿Dónde va usted a bajar, sheriff? -preguntó.

-En la próxima parada, en Giant Gulch -contestó Pete-. ¿Se ha enterado usted de que viaja Mr. Weimar en este tren?

-Sí, va a Deerhead.

Pete se quedó pensativo un instante. Deerhead era la estación donde había que apearse para ir a Peloncillo. ¡Luego Weimar le había dicho la verdad, o al menos parte de ella!

Pero las palabras que dijo a continuación el revisor hicieron germinar de nuevo las sospechas en la mente de Pete Rice.

-¡Mire lo que tengo! -dijo el revisor con una risita ahogada, mientras acariciaba un hermoso veguero enfajado que asomaba la punta por el bolillo del pecho de su guerrera-. Mr. Weimar ha pagado los billetes en el tren y para recompensarme de la molestia que dice ocasionarme, me ha regalado este cigarro. ¡Poco bien que me va a saber después de la cena!

Y siguió a lo largo del pasillo. Pete se quitó su enorme sombrero gris y se rascó la cabeza pensativo. Weimar había pagado al revisor sus billetes. Luego no tenía premeditado aquel viaje hacía tiempo. La decisión fue repentina, sin tiempo ni aun siquiera para sacar los billetes en la taquilla de la estación.

Era necesario vigilar a aquel hombre. Pero, ¿qué papel podía estar representado un individuo como Weimar? Si los bandidos estaban escondidos en la casa solariega de Wexford, ¿por qué estaría en inteligencia con ellos?

Weimar era un millonario. Tenía aún probabilidades de ir a Washington como diputado; aun podía ser elegido para el Senado por el gobernador, en caso de fallecimiento de alguno de los que lo eran actualmente. No tenía motivos para robar, y por el contrario, todo le aconsejaba no hacerse sospechoso en el distrito y mantener su reputación por encima de todo reproche.

Entonces, ¿por qué se había mostrado tan nervioso mientras hablaba con el sheriff del distrito? ¿Por qué había mentido acerca de las habitaciones secretas de la vieja mansión de Huddersfield?

¿Era realmente un corazón destrozado, como decían las gentes? ¿Podían los desengaños políticos haber alterado su razón?

El tren entró en Giant Gulch, deteniéndose sólo los segundos indispensables, siguiendo luego su marcha hacia el Oeste. Giant Gulch era sólo un apeadero. La pequeña localidad estaba situada a varios centenares de metros de la estación y del depósito de mercancías de la misma.

Pete empezó a andar hacia el poblado. El lugar más iluminado del mismo era una taberna que ofrecía en la calle principal sus ventanas iluminadas frente a la vía del ferrocarril.

Posiblemente el encargado de expedir el telegrama se encontraría a aquellas horas en la taberna. Quería también Pete cursar otros telegramas indispensables lo antes posible.

Atravesó un gran espacio desierto lleno de vagones de carga, para llegar al sendero cubierto de polvo de carbón que llevaba a la calle principal. Un apagado crujir del polvo a su espalda le hizo volverse con presteza. A pocos pasos de distancia, inmediatamente detrás de él, pudo apenas distinguir una vaga forma moviéndose en la oscuridad. Era un hombre que tenía en la mano un cuchillo, manteniéndolo a la altura del hombro. Pete, instintivamente dio un salto de costado.

Un segundo después la punta del cuchillo arrojado con fuerza por su propietario se hundía en la madera del vagón junto al cual se hallaba Pete.

En tres saltos se halló el sheriff junto a su asaltante. El hombre había sacado otro cuchillo, pero la mano derecha de Pete voló como una saeta con un rápido movimiento. Sus dedos de acero aferraron a muñeca del desconocido y la retorcieron vigorosamente. El cuchillo cayó en el camino.

Aquel hombre era resbaladizo como una anguila y casi logró eludir el apretón de Pete; luego, cuando comprobó que era imposible desasirse, se debatió como un demente. Sus puños sacudían golpes en todas direcciones, respaldados por un par de hombros formidables y podían haber causado daños de haber acertado en el blanco.

¡Crack!

El puño derecho de Pete fue a chocar como un ariete contra la recia mandíbula. Su puño izquierdo hizo brotar la sangre de la nariz del asesino. Otro directo de la misma contundencia del anterior y acabó la pelea. El lanzador de cuchillos cayó pesadamente en la grava, como muerto.

Pete arrastró el cuerpo sin sentido hasta un espacio iluminado cerca de la vía. Los ojos del sheriff centellearon de sorpresa al ver el rostro bronceado de aquel hombre.

¡Otro apache!

Alguien había instalado a aquel hombre en el tren para matar a Pistol Pete Rice cuando saltase al andén de Giant Gulch.

Pete obligó al indio a abrir la boca, pero no se sorprendió de lo que apareció a su vista. ¡Aquel apache tampoco tenía lengua! ¡Jamás sería capaz de decir por qué le indujeron a matar y quién le pagaba por sus crímenes!

¿Habría preparado aquel asesino bronceado Herbert Weimar? Pete apenas se atrevía a creerlo. Weimar se había mostrado sorprendido al verle en el tren. Si mostraba sorpresa es que no esperaba encontrarlo allí, por lo que no era razonable que hubiese preparado un crimen contra una persona a la que no esperaba ver.

Pero entonces, ¿quién dirigía aquellos ataques contra la vida de Pete? Este admitía que hasta este punto, al menos, la única persona sospechosa era Weimar, y a la vez no podía asegurar el por qué de sus sospechas contra aquel hombre.

Este era el misterio que procuraría desentrañar con todos los fértiles recursos de su imaginación, Pistol Pete Rice, el sheriff del distrito de Trinchera.

CAPÍTULO VII
EL RECLAMO DE LA MEDICINA

Pete llevó al apache a un calabozo de la pequeña cárcel de Giant Gulch. Era lo único que podía hacer con él, ya que ni podía hablar ni escribir. No había modo de hacerle declarar quién era el que le ordenara cometer aquel crimen.

El sheriff envió varios telegramas a Tucson, Phoenix, Flagstaff y Nogales, así como a varias otras ciudades de fuera del Estado. Él tenía una idea acerca del origen de los acontecimientos que se estaban sucediendo en la Quebrada del Buitre. La contestación a aquellos telegramas le diría si su idea era acertada o no. Luego, aunque durante varias horas había sido un blanco viviente de muerte, se sentó al mostrador del ambigú situado en el fondo de la taberna de Giant Gulch y se comió una sabrosa cena, sin que su apetito se sintiese alterado en lo más mínimo por el miedo o la inquietud.

Eran cerca de las once de la noche cuando llegó a la Quebrada del Buitre, en el tren de carga y pasajeros local. Teeny y "Miserias" le estaban esperando en la estación. En pocas palabras dio cuenta a sus comisarios del resultado de su conversación con Herbert Weimar y de los acontecimientos que siguieron a la misma.

-¡Pardiez! - exclamó "Miserias"-. ¡Ya le hubiese tirado yo de la lengua a ese presuntuoso! ¡Se la hubiese arrancado de una vez!

-¿Por qué? -preguntó Pete-. No sabemos nada en concreto sobre Weimar, por lo menos hasta ahora. Mejor es dejarle andar suelto durante unos días. Para coger las truchas gordas hay que arriesgar algo. Primero cogimos a los otros y, después de hacer esto, dándole rienda suelta al más hábil, estad seguros de que él mismo se pondrá en nuestras manos. ¿Ha sucedido algo por aquí, mientras yo he estado fuera, muchachos?

-Hace unos minutos llegó un hombre a la oficina preguntando por ti -le informó Teeny Butler-. Le dije que se esperase a la puerta hasta que viéramos si venías en este tren. Dice que es de los espectáculos de la medicina. Parece ser, según se explica, que se han producido allí algunos disturbios.

Pete se dirigió rápidamente a su oficina. Un hombre de cara de rata se estaba paseando delante de la barbería de Hicks "Miserias". Iba andrajosamente vestido, tenía un rostro excesivamente pálido y por su aspecto y sus maneras se adivinaba a primera vista que aquel individuo era forastero en el Oeste. Reconoció a Pete Rice cuando lo vio.

-Soy de la tienda de campaña de las medicinas, sheriff -dijo el extraño individuo hablando por una de las comisuras de los labios-. Me envía el coronel. Hay un individuo allá arriba, en el solar, que trata de producir incidentes en perjuicio del coronel, quien me envía a usted a ver si puede hacer algo en su favor.

-¿Quién es ese individuo? -preguntó Pete.

-Se llama Shell O'Sullivan. Viene detrás de nosotros hace varias semanas. Lleva varios juegos de azar, con los que roba a los parroquianos a diestro y sinistro. Da a nuestro espectáculo una mala fama, provocando la agitación entre el público.

-¿Y no pueden deshacerse de él sus mismos empleados? -preguntó Pete.

Estando empeñado en la persecución de unos asesinos que le acosaban sin descanso, le parecía aquel un asunto trivial al sheriff.

-¡Oh, ese individuo no quiere marcharse! -dijo el individuo de la cara de rata-. Ha golpeado ya furiosamente a varios de nuestros hombres. Algunos de éstos le han destrozado su tienda, y dice que nos hará pedazos la nuestra si no se le abonan los desperfectos ocasionados. Es un verdadero peligro, sheriff.

Pete hizo un gesto afirmativo. Sabía por experiencia que aquellos conflictos entre industriales solía acabar con muertes. Por lo que, volviéndose hacia sus comisarios, les dijo:

-Coged los caballos, muchachos. Sea lo que sea, vamos a echar una ojeada a todo eso.

Galoparon hacia el terreno en que se alzaban las tiendas del coronel Tempest, que estaban situadas más allá de la carretera. Un gran gentío estaba apelotonado alrededor de un hombre que vociferaba, amenazador, en el centro. El coronel Tempest distinguió a los representantes de la ley y corrió hacia ellos.

-Siento haberles molestado, caballeros -dijo el meloso charlatán-. Pero ese miserable de O'Sullivan ha pagado a varios hombres para que arruinen mi espectáculo. Si ese hombre sigue aquí, me hará perder más de un centenar de dólares por la venta de mi tintura. ¡Sí, señores!

Pete miraba a la gente que se hallaba alrededor del charlatán. Súbitamente se desperdigó la multitud. Las mujeres chillaban, despavoridas, y los hombres advertían a los demás para que se mantuviesen al otro lado de la carretera. El tahúr O'Sullivan se había transformado en un hombre feroz.

Pete se abrió paso a codazos entre el populacho. El operador de los juegos de azar aporreó a un peón en la quijada y lo envió, rodando, sin sentido. Otros tres corpulentos empleados de la gran tienda de Tempest se arrojaron sobre él, pero mantuvo su posición a fuerza de puños.

-¡Truenos y rayos! ¡Voy a hacer pedazos a todos hasta que se acabe este espectáculo! -vociferaba O'Sullivan-. ¡Seguid viniendo hasta mí, mamarrachos, y os haré morder el polvo a todos!

Y apoyó sus palabras con los hechos. Asestó a uno de los peones un violento golpe en el corazón. Con un soberbio gancho al plexo solar envió rodando a otro, después de aplicarle un velocísimo uno-dos a la barbilla, y se volvió como una fiera hacia el tercero.

Fue entonces cuando entró en juego Pete Rice. Pero no acometió a O'Sullivan, sino que saltó sobre el corpulento individuo, que se disponía a atacar al tahúr, y que enarbolando un mazo de los empleados para emplazar las tiendas, iba a descargarlo sobre el cráneo del jugador.

¡Wham!

Pareció como si Pete segase una planta. El terrorífico impacto tendió al gañán a sus pies. Teeny Butler había secundado la iniciativa de su jefe y abatió, de un soberbio puñetazo, a un individuo que estaba cogiendo piedras para reforzar la fuerza de sus puños y acometer a O'Sullivan. El gran comisario arrojó a su enemigo a diez pasos de distancia.

-Y ahora vamos a poner paz en este asunto -dijo Pete furioso-. No puedo ver cruzado de brazos lo que está ocurriendo aquí y que puede terminar de una manera sangrienta.

-Muchas gracias, sheriff -dijo O'Sullivan, envolviendo su enorme puño derecho con los recios dedos de su mano izquierda, a la manera del saludo de los boxeadores-. Comprendo que estaba un poco fuera de mí, pero es que lo vi todo rojo cuando me percaté de que esos holgazanes querían destrozar mi puesto. Yo creo que es lícito el que funcionen estos juegos aquí. Esta no es una de esas ciudades reformadas, ¿verdad?

-Claro que no lo está -contestó Pete-. No tenemos aquí muchas leyes que digamos, pero las que hay se han dictado para que se cumplan a rajatabla. Usted no puede rodar ese juego, aquí.

Notó que O'Sullivan le miraba de una manera extraña mientras estaba hablando. Pete explicó que muchas pobres gentes habían ido al espectáculo de Tempest, atraídas por el anuncio de que la entrada era gratuita y a él no le gustaba la idea de que aquellos infelices fuesen a dejarse allí los pocos ahorros que tenían.

Oyó explicarse a ambas partes litigantes e inmediatamente dictó la sentencia justa. Ordenó que se indemnizase a O'Sullivan de los perjuicios que se le habían ocasionado en su puesto, pero le prohibió terminantemente que hiciese funcionar sus aparatos de juego mientras se estuviese celebrando el espectáculo anunciado por el coronel.

Este presentó sus disculpas por la actitud de sus peones, y el vejete inventor, de bigotes de morsa, sacó de un bolsillo un abultado fajo de billetes y dio algunos de estos a su antagonista.

De nuevo notó Pete Rice que O'Sullivan dirigía una mirada extraña a su insignia de sheriff. Era un luchador excelente y un individuo locuaz y dicharachero, pero Pete decidió en su fuero interno no perder de vista a aquel hombre.

Ahora se apretujaba el gentío para presenciar el espectáculo más sensacional de aquella noche. Pete, en unión de sus comisarios, vagó unos instantes en el interior de la tienda del coronel. Creyó que podía perder unos minutos viendo como el viejo charlatán manejaba su negocio.

Los tres representantes de la ley se mantuvieron en el fondo de la enorme tienda de campaña. Habría allí unas quinientas personas. Todos los asientos estaban ocupados y más de la mitad de los espectadores tenían que estar en pie forzosamente. Al coronel Tempest no parecían haberle hecho gran mella los incidentes anteriores.

Aquel charlatán impenitente era un individuo pintoresco. Apenas apareció en el tablado, empezó un discurso de términos estrambóticos y atribiliarios.

-Señores y caballeros -empezó diciendo-. Yo era un niño enclenque de pequeñito. A la edad de nueve años nadie creía que yo llegase al estado de hombre. Pero en cuanto me hice mayor empecé a preocuparme de mi naturaleza enfermiza. Decidí hacerme sano, y, como ustedes pueden ver, creo que hice un hermoso trabajo. ¿No lo piensan ustedes así, señoras y caballeros?

Y el ridículo vejete se contoneó de una manera cómica.

Una oleada de hilaridad corrió de un extremo a otro de la tienda. El coronel se había hecho el dueño de su auditorio.

-Por supuesto –continuó-, eso requería años de estudio. Pero triunfé en mis propósitos. A los veinte años era un púgil del peso pesado. A los treinta era capitán de caballería de los Estados Unidos, y a los setenta, señoras y caballeros, mi mayor alegría es el poder hacer llegar a vuestras manos una de las medicinas más sorprendentes que jamás se han producido para devolver la salud y hacer la felicidad de las multitudes.

Los ojos de “Miserias” estaban abiertos de par en par.

-¡Pardiez! –susurró-. ¡Ese viejo negrero será un charlatán, pero lo cierto es que peligra el rebaño como le dejen hablar!

El coronel continuó:

-Birkenhead, en su monografía sobre el “Progreso sintético de la equitación variable”, dice que la triple destilación de la planta “Eutaw” curará todas las torpezas congénitas del déficit de epigrama. Ese, señoras y caballeros, es el único ingrediente que entra en la composición de la Tintura Tónica de Tempest, la savia tres veces destilada de la planta “Eutaw”.

-¿Qué diablos habrá querido decir con las “torpezas congénitas”? -preguntó a su patrón el asombrado Hicks “Miserias”-. ¡Dios! ¡Qué palabras!

-No lo sé -confesó Pete-, pero comprendo perfectamente que esas palabras no significan otra cosa que una sarta de disparates. El coronel se ha apropiado unas cuantas palabras rimbombantes y las mezcla a su antojo para embaucar a esos papanatas.

-¡Pero, bah, gentes! -estaba diciendo ahora el coronel-. No vayamos a entrar ahora en sórdidos detalles de esa descortezada vida de este romance. Tengamos regocijo y alegría.

Y señaló con un gesto a los actores de su espectáculo de circo.

-Yo he resuelto, extrayéndolos de todos los lugares de la tierra, devolviéndoles la salud y la energía con el “Eutaw”, a los mejores artistas del mundo, a una verdadera “vía láctea” de los comediantes: acróbatas que desafían la muerte burlando la ley de la gravedad, un fugitivo portentoso para quien nada significan los barrotes de una prisión, a un mago, que con sus mistificaciones os mantendrá perennemente encantados. Tengo hombres verdaderos Hércules, que son el primer reclamo para la Tintura Tónica de Tempest. Va conmigo la verdadera anguila humana, que realiza increíbles contorsiones que os admirarán y os harán retorcer de risa.

Pete Rice era, después de todo, un ser perfectamente humano y podía disfrutar con el espectáculo de aquel verdadero vodeville grotesco. No había razón alguna para que no

pudiese malgastar una hora presenciando aquel espectáculo sugestivo y sus comisarios estaban completamente de acuerdo con esta manera de pensar.

Teeny Butler, que era en sí mismo tan fuerte como un toro, se quedó maravillado con los ejercicios de fuerza del coloso mongoliano. Aquellos orientales, Chan King y Sin Tueu, individuos de fuerzas gigantes podían elevar por encima de sus cabezas unas pesas de doscientas cincuenta libras, sin el menor esfuerzo aparente.

Se requirió al sheriff para que asegurase al fugitivo León Civray en una camisa de fuerza, le esposase luego y le maniatase finalmente con cuerdas.

Pete realizó un trabajo concienzudo. Civray fue metido en un baúl, que fue cerrado a presencia de todos los espectadores. Treinta segundos después se oyó un tiro al fondo de la gran tienda y apareció Civray, corriendo por el pasillo central, agitando los brazos en el aire. Él mismo abrió el baúl, que pudo verse que estaba completamente vacío.

Entre los otros números anunciados, los que más agradablemente entretuvieron a la concurrencia, fueron “Vals” Harrigan, “Melodía” Bellew y Bert Fitch, bailarines y cantantes graciosísimos. Apareció luego Fritz Helmstedt, en contorsionista alemán, seguido de una troupe de acróbatas árabes. Pero el “clou” del espectáculo lo constituyó un Eeikn, mago de Bengala, behar Chandpur.

Pete se estaba divirtiendo de lo lindo, pero antes de que acabase de actuar el indio, se llevó fuera de la tienda a sus dos comisarios. Se sentía culpable de perder el tiempo en un espectáculo público mientras los asesinos estaban campando por sus respetos en el distrito de Trinchera.

El coronel Tempest le siguió afuera.

-He organizado un buen espectáculo, ¿verdad, sheriff? -preguntó, orgullosamente.

-En efecto, coronel -contestó Pete-, aunque no me explico cómo puede usted hacer todo eso de balde.

Los ojos del coronel chispearon maliciosamente, mientras fluía entre sus dientes una risita socarrona.

-Espérese usted un momento, hijo... Espérese un momento y verá el fajo de billetes que me embolso en cuanto empiece a vender mi medicina.

El rostro de Pete se oscureció un tanto.

-No puedo alegrarme ante la idea de que las pobres gentes de la Quebrada del Buitre se gasten sus ahorros en medicinas falsas -dijo.

-¡Bah! No es nada que pueda perjudicarles -insistió el coronel-. La función que acaban de presenciar les compensa del gasto que hagan. No me negará usted que por ese dinero, al menos en una parte de ella, les alegro la vida y les hago ser felices... aunque sea temporalmente.

Pete se inclinaba a darle la razón. Las gentes de la Quebrada del Buitre eran realmente felices en aquellos momentos, gracias a aquel viejo jovial y charlatán. La mayoría de los espectadores habían comprado la medicina. Pete pudo ver a un anciano, Anse Runnison, que salía de la tienda con una botella de medicina debajo del brazo. Hopi Joe, el guía indio, había adquirido también otro frasco.

Aun las personas que en la Quebrada se tenían por más cultas, hombres que forzosamente se habrían reído al oír los disparates del coronel Tempest, parecían haber hecho compras, tal vez sólo para pagar el valor del espectáculo. José Pride llevaba un frasco entre sus vendadas manos y hasta el doctor Buckley, el forense del distrito, era portador de otra en uno de sus bolsillos.

El forense se detuvo al pasar frente a Tempest.

-Sé perfectamente que su medicina es tan inofensiva como el agua pura y tiene los mismos efectos que ésta -dijo, con benevolencia-. Yo también soy médico, pero he comprado la botella de “eutaw” porque realmente el espectáculo ha sido magnífico.

Tempest se rió y no pareció del todo ofendido por aquella opinión adversa tan crudamente expuesta.

-¡Le aseguro, doctor, que esta medicina es tan eficaz como cualquiera de las que usted mismo receta! -dijo, con una risita, zumbona, y se volvió a la tienda, donde estaba terminando la función.

Aunque parecía estar prestando atención a la charla, mantenida en un tono zumbón y natural, Pete Rice no perdía de vista la meseta de Dutch Oven, que se divisaba a lo lejos. Le pareció distinguir un resplandor en una de las ventanas de la casa solariega de Wexford. Siguió mirando atentamente y un momento después adquirió la certeza de que sus ojos no le habían engañado la primera vez.

Era una luz verde azulada, de tono amortiguado la que se distinguía. Evidentemente, los bandidos alojados en la casona de Wexford no habían conseguido mantener cerrada del todo una de las ventanas.

-¡Corramos a nuestros caballos, muchachos! -gritó Pete a sus comisarios. -No necesitamos acelerar mucho el paso para no llamar la atención, pero debemos galopar hacia la meseta de Dutch Oven.

Los tres caballos estaban atados cerca de la gran tienda del coronel. Los tres representantes de la ley se encaramaron en un salto a las sillas y se alejaron lentamente.

Cuando se hallaron fuera de la vista de las gentes que habían presenciado el espectáculo, pusieron sus caballos al galope.

Cerca de una milla antes de llegar a la meseta dejaron sus caballos en un bosque de abetos. Pete llevaba preparado el lazo, “Miserias” sus “bolas” y Teeny Butler su látigo de piel de toro. Los tres llevaban las cananas repletas de cartuchos y los revólveres prontos a disparar.

Llegaron a la meseta por la rampa meridional. Esto les permitiría dirigirse hacia la casa sin ser vistos a través del bosque. En aquel momento se oían los aullidos de los lobos.

-Me parece que los lobos deben estar cerca de la casa -dijo Teeny.

Pete pegó el oído al suelo.

-Seguramente no andan muy lejos -contestó.

Los aullidos sonaban más fuertes conforme iban acercándose a la extravagante casona. Parecía como si hubiese veintenas de los salvajes animales. Pete reunió a sus hombres en cuanto vio que el viento soplaba hacia ellos en vez de hacerlo por su espalda. Los lobos no percibirían el olor de hombre.

Pete esperaba de un momento a otro un ataque, sin poder precisar en qué forma se produciría, aunque a juzgar por su actitud no parecía inquietarle gran cosa. Él y sus dos comisarios habían cazado lobos anteriormente. El sheriff llevaba aún algunas feas cicatrices en el muslo, por donde un lobo intentó desjarretarle. Pero el dolor que entonces sintiera lo había olvidado ahora, eclipsado por la curiosidad que experimentaba por descubrir el origen de aquella luz verdoso-azulada que salía de la casa.

Pete siguió el camino a través de los árboles con toda lentitud. Ahora podía ver las formas oscuras de los lobos. Las fieras de rabos peludos vagaban en tomo al espacio libre que había enfrente de la casa solariega.

En los ojos de Pete brilló un relámpago. En medio de la manada se veía, en pie, la figura de un hombre, que se destacaba admirablemente la luz de la luna. Iba vestido con una especie de coturno de piel de ante. Cubría su cabeza un gorro peludo de piel. Tenía unos seis pies de estatura y sus hombros eran casi tan anchos como los de Teeny Butler. Sin embargo, el resto del cuerpo era enjuto, por lo que más que una figura humana semejaba un espantajo. En la curvatura del brazo sostenía un rifle de dos cañones.

A las aletas de la nariz del sheriff llegó el olor de almizcle. Al moverse aquel individuo pudo ver Pete que llevaba, atado alrededor del cuello, un pequeño saco, probablemente de piel de ante, según podía apreciarse a aquella distancia. Los lobos retozaban en torno suyo. Eran

juguetones como cachorros de mastín. Daban saltos en torno al hombre, apoyando en sus garras y lamiéndole la cara. El lobero les hablaba y sus palabras eran arrastradas por el viento.

-¡Git, estate quieto! ¡Espérate, Tail! -decía.

El lobero dio un puntapié a uno de los animales.

-¡Largo de aquí, Muzzle! ¡Te estás volviendo un lobo salvaje! ¡Deja comer a tus hermanos también!

La voz llegó ahora más tierna:

-Cut Ear, ven aquí, viejo... Apártate de ese loco saltarín. Siempre estás en medio del jaleo, Cut Ear.

-¡Por el diablo! -dijo, en voz baja, Hicks "Miserias"-. Yo soy un ojizarco si no me cargo a ese hombre. ¡Voy a meterle un balazo en el cuerpo!

El sheriff seguía mirando con atención al lobero. Aquel hombre sería, seguramente una de esas criaturas indómitas del desierto, poco en relación en su vida con la civilización. Poseyendo escasísimos conocimientos sobre lo que es bueno y lo que es malo, era posible que fuese criminal sin saber que lo era y que se hubiese unido a los bandidos por su atávico instinto de destrucción.

Pete, no obstante, tenía que cumplir con su deber. Podía haber matado de un tiro a aquel hombre fácilmente, pero siempre brindaba a los malhechores la ocasión de rendirse.

-¡Le estamos apuntando, extranjero! -le gritó-. ¡Y si los lobos nos acometen, usted caerá antes a nuestros tiros!

Los lobos aullaron siniestramente al oír aquella voz extraña. Sus salvajes aullidos hicieron correr un escalofrío por el espinazo de los comisarios. Rodearon a su amo y se lanzaron luego fieramente contra los tres representantes de la autoridad, con los largos hocicos pegados al suelo y los rabos erizados en alto.

El lobero apoyó el rifle en el hombro y disparó. Luego giró sobre sus talones y emprendió la huída. Pete y sus hombres dispararon a su vez y sus balas silbaron en torno suyo, aun cuando procuraban no tocarle. El lobero no se detuvo ante aquella granizada de balas. Pete, a merced de un rayo de luna, le vio saltar en el aire con el cuerpo encorvado y desaparecer al fin en la oscuridad.

A donde había ido era una incógnita que se despejaría más adelante. Los representantes de la ley tenían algo más importante de que preocuparse. Los lobos se hallaban a pocos pies de distancia y seguían avanzando.

Uno de ellos saltó sobre Pete Rice; era un animalote enorme de lo menos cien libras de peso. El sheriff esquivó tan a tiempo su acometida que las poderosas garras de la fiera rasgaron su chaquetón de piel de oso. Sus grandes mandíbulas blancas como la leche, llegaron hasta su garganta.

Fue Teeny Butler quien salvó la vida a su jefe.

¡Crack!

El látigo de piel de toro del gigantesco comisario silbó, lanzado hacia adelante. El extremo de la tira de cuero dio una y otra vuelta alrededor de la blanca hilera de colmillos. Teeny dio un fantástico tirón, en el preciso instante en que el terrible animal tenía los colmillos a un centímetro de la garganta del sheriff.

Pete no se había atrevido a disparar sobre el lobo, temiendo herir a alguno de sus compañeros.

El tirón de Teeny lanzó al lobo unos metros en el aire. "Miserias" dio una vuelta para no herir a sus compañeros y disparó una vez. Su bala atravesó el corazón del animal.

Pero otros lobos les acometieron. Pete rechazó a uno de ellos de un vigoroso puntapié. Los colmillos de la fiera dejaron impresas sus huellas en el grueso cuero de la bota, y en el mismo segundo otros dos animales se arrojaron a la garganta del sheriff.

CAPÍTULO VIII
FANTASMAS POR LUCRO

Fue en parte por su destreza y en parte por suerte -algo contribuyó también la ayuda de Hicks “Miserias”- que el sheriff escapó con vida. Pete, caído de espaldas, lanzó sus pies como verdaderas catapultas y, gracias a un certero puntapié, lanzó a unos metros de distancia a uno de los animales. El intrépido y arrebatado “Miserias” corrió en su ayuda. Sus “bolas” cayeron sobre la cabeza de un segundo lobo, golpeándole en el cráneo con las esferas metálicas. El animal huyó como un perro al que acababan de vapulear. Rápidamente disparó sobre el lobo que acababa de alejar Pete a puntapiés.

El sheriff se puso en pie de un salto.

-¡Arriba! ¡Refugiémonos en el árbol! ¡Tú primero! –ordenó a “Miserias”.

El pequeño comisario era partidario de continuar disparando a pie firme, pero obedeciendo las órdenes de su jefe, cogió la cuerda y se izó por ella a pulso. Sus vestidos estaban manchados de sangre. Los colmillos y las garras de uno de aquellos animales carniceros habían hecho presa en uno de sus muslos.

Tocóle ahora el turno de encaramarse al gigantesco Teeny Butler y cuando empezó a trepar, ni aun tuvo tiempo Pete de ayudar a subir a aquella mole. La manada de lobos volvía a la carga con furia redoblada. Ni aún siquiera se detuvieron a olfatear a sus compañeros que habían caído muertos en la contienda. ¡Se veía palpablemente que aquellos animales estaban amaestrados!

Cuando le llegó la vez, Pete coceó vigorosamente mientras trepaba al árbol, logrando desprenderse por aquel procedimiento de algunos de los lobos que le acometían, pero uno de estos hirsutos animales logró hacer presa en la punta de su bota derecha. Afortunadamente pudo huir a la presión de las garras contra su carne.

“Miserias” se encargó de arreglarle las cuentas a aquel persistente carnicero. El diminuto comisario hizo uso una vez más de sus bolas y las recias correas que remataban aquel eficaz instrumento de lucha, se enrollaron en torno a la garganta del bruto. El barbero izó su presa unos metros del suelo y una certera bala de Teeny le atravesó el cráneo.

Aún lograron llegar hasta Pete otros individuos de aquella manada de carnívoros, pero el sheriff pudo al fin llegar a la copa del árbol, sin más daño que la punta de una de sus botas atravesada de un mordisco y los zahones rasgados por las afiladas uñas de los lobos.

-¡Estoy por decir que no les tengo miedo a esos animales! -murmuró Teeny Butler, después de apagar los aullidos de uno de ellos de un tiro-. ¡Parecen perros de caza!

-¡Perros! -gruñó “Miserias”, no muy convencido de aquel calificativo de su compañero, y disparó dos veces seguidas.

¡Bang! ¡Bang!

-¡Tomad, asesinos babosos! –rugió-. ¡Eso os curará vuestra golosina de cordero!

Los revólveres de Pete y Teeny se juntaron al estruendo de sus 45. La matanza fue espantosa. De ordinario, a Pete Rice le repugnaba matar a las bestias, pero en el caso presente y a pesar de que casi resultaban hermosas en su furia salvaje, disparó sin duelo. Eran verdaderos asesinos y, además, se abonaba por cada piel la suma de cinco dólares, donada por la Asociación de Ganaderos. Por si esto fuera poco, estaba planteado en aquellos instantes un dilema: o ellos o los lobos. Los tres hombres no tenían más remedio que matar.

En cuanto la luna se elevó un poco en el cielo y sus rayos permitieron distinguir los objetos, Pete se quedó sorprendido al ver el color de dos o tres de los lobos. ¡Era de un rojo reluciente, casi bermellón! Y los de este color eran los más furiosos en sus acometidas.

Pete pensó en los extraños resultados que podía lograr un criador de animales. Había visto cuervos educados de generación en generación, hasta que llegaba a nacer uno descolorido, casi rubio. De igual modo, aquel lobero debía haber cuidado de sus lobos hasta obtenerlos de aquel pelaje rojo brillante.

Cuando los representantes de la ley habían conseguido mantener a distancia a las fieras, vino de lejos un grito penetrante extraño. Su efecto sobre los lobos fue sorprendente, casi podríamos decir milagroso. Irguieron las orejas y olfatearon el aire.

Pete y sus compañeros suspendieron el fuego, observando, estupefactos, lo que veían.

Los lobos habían olvidados sus instintos carniceros. Sus ojos ribeteados de rojo ya no se clavaban amenazadores en la copa del árbol. Habían escondido las garras bajo la pelambre y se asemejaban ahora más a dóciles perros, como dijera poco antes Teeny. Uno de ellos contestó a la llamada lejana con un aullido prolongado.

-¡Malditos! ¡Asesinos! ¡Estabais matando a mis favoritos!

Era la voz del lobero. Su extraño grito llegó una vez más traído por el viento, turbando el silencio de la noche. Luego los lobos echaron a correr en dirección al lugar de donde venía aquella llamada de estridente.

-¡Debo de ser un culebrón comiendo Hopi! –exclamó “Miserias”-. ¿Podéis atarme esta mosca por el rabo? ¡Yo había oído hablar de encantadores de serpientes y de domadores de leones, pero jamás oí hablar de un hombre que poseyese una manada de lobos asesinos amaestrados!

-¡Demasiado perverso, o demasiado infeliz ha de ser un hombre como ese que no puede ver que le maten a sus bestias salvajes! -comentó Pete en cuanto descendieron del árbol-. Ese hombre es extraño a la civilización. No conoce sus leyes y costumbres y por eso goza con las inquietudes, los trastornos y los crímenes. ¡Es un criminal, no hay duda, pero demasiado inconsciente!

Los tres hombres echaron a andar por entre los cadáveres de los lobos y reanudaron su marcha hacia la vieja casona. Los alrededores estaban ahora en plena oscuridad.

-Es indudable que esos coyotes que se refugian en la casa oyeron cuanto estaba sucediendo fuera -observó Pete-. Desplegaos un poco, muchachos. Seguramente querrán darnos la bienvenida a tiros. Deben haber comprendido que ahora que están en la casa...

La demostración de que lo sabían no se hizo esperar. En una de las ventanas del piso superior de la casona apareció una visión horripilante y fantástica.

Un esqueleto resplandeciente iba de un lado a otro y señalaba hacia ellos con uno de sus dedos huesudos.

El revólver de Hicks “Miserias” brilló un momento en manos del barberillo. La bala hizo añicos los cristales de la ventana, que cayeron repiqueteando ruidosamente. Una voz quejumbrosa, que nada tenía de humana, hizo la siguiente advertencia:

-¡No volváis a entrar! ¡Deteneos! ¡La muerte os espera aquí dentro!

Pete se apartó del camino y se dirigió hacia un rincón donde los tiros que saliesen de las ventanas superiores no podían alcanzarles a él y a sus hombres.

-¡La muerte esperará! ¡Y os esperará a vosotros! -gritó, con voz de trueno.

-¡Os está hablando una voz desde más allá de la tumba! -volvió a hablar la misma voz terrorífica de antes-. ¡No penetréis en los dominios del espíritu del mundo! ¡Vuestro barro mortal se desmenuzará en el polvo de su origen si lo hacéis! ¡Deteneos!

-¡Yo os desespiritualizaré a vosotros, granujas! -gritó “Miserias”.

Y envió otra bala a la ventana.

-¡Vamos, muchachos! -dijo Pete a sus hombres-. ¡Esos mamarrachos se figuran que aún no sabemos la tabla de multiplicar! Fantasmas, ¿eh? ¡Fantasmas por lucro! Esa es la farsa que están tratando de representar esos individuos.

Hicks “Miserias” cogió a su patrón por un brazo y señaló con la mano extendida:

-¡Mira, patrón!

El esqueleto aparecía ahora en uno de los miradores que sobresalían de la fachada de la casa. Pete empujó a sus hombres hacia el lugar que les brindaba una mayor protección.

-Ese hombre disfrazado de esqueleto tratará, tal vez, de intimidarnos. Me parece que nos está apuntando...

La observación era acertada. Un segundo después un fogonazo, como una lancetada, rasgó la oscuridad. El refugio de los tres amigos era efectivo. La bala pasó sobre sus cabezas a bastante altura.

¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! -repiqueteó oscuramente una esquila allá en la torre. Sonaba como un tañido funeral, tocando a muerto. Abrióse violentamente otra ventana y los postigos golpearon en el muro.

¡Ka-zung! ¡Whee-ee!

Las balas de un rifle silbaron en torno a los tres hombres. El cañón del rifle apoyado en el antepecho vomitaba rayos de fuego. Pete disparó rápidamente tres tiros. Cesó el fuego en el piso superior. El tirador se retiró y la ventana se cerró de golpe.

-¡Ahora! -gritó Pete a sus hombres-. ¡Seguidme!

Echaron a andar hacia la casa. De pronto Pete percibió un olor penetrante.

No era el mismo olor que oliera aquella tarde.

Era más fuerte y sus emanaciones eran calientes, acres.

¡Aceite hirviendo!

Con un movimiento rápido instintivo, apartó a un lado a “Miserias” y de un violento empujón, como si fuera una pelota de fútbol, arrojó a Teeny a unos metros de distancia. Estos movimientos los llevó a acabo en el preciso instante en que vio inclinarse en el vacío uno de los postigos de una ventana.

La plancha de madera sostenía un balde de hierro lleno de aceite en plena ebullición.

Pete disparó sus dos revólveres a un tiempo y aunque la claridad no era mucha, ambas balas fueron a chocar contra el balde. En el acto cesaron aquellas maniobras, retiraron la plancha de madera con el balde, se cerró el balcón de golpe y se oyó correr a varios hombres en el interior de la vivienda.

Pete y sus comisarios se precipitaron dentro de la casa. La oscuridad en el interior no era completa, porque algunos rayos de luna se filtraban por el hueco de una ventana en la parte alta de la pared.

Ahora, al fin, se hallaba a salvo de los disparos que pudieran hacerles desde las ventanas. No podían explorar la casa hasta que llegase la luz del día, por lo que decidieron esperar, ya que no debía tardar en amanecer. Era ya bien avanzada la noche cuando abandonaron la tienda del coronel después de la función y el trayecto hasta la casa solariega y su lucha con los lobos les había llevado algún tiempo.

Sentáronse en el suelo y aún pudo percibir Pete el mismo olor penetrante.

La casa estaba ahora absolutamente silenciosa.

En cuanto llegó hasta ellos la luz del día, Pete inició el ascenso de las cuatro escaleras hasta llegar a la habitación en donde se hallaba la ventana, cuyos cristales destrozara “Miserias” de un tiro.

Estaba vacía, lo que no sorprendió a Pete Rice. No pudieron hallar rastro alguno de esqueleto o de la persona que hubiese manipulado con él, pero lo que dejó estupefacto a Pete, fue que la capa de polvo que cubría el pavimento estuviese intacta.

Desde luego, había hombres en la casa, pero, ¿cómo hallarles?

El cerebro de Pete Rice estaba en tensión continua. Era indudable que podía pegarle fuego a aquella vieja casona estrafalaria, de escaleras ocultas, paredes vanas tras las puertas, y habitaciones secretas, para obligar a salir a sus moradores, pero a Pete le pagaban en el

distrito de Trinchera, no sólo para defender la vida de sus habitantes, sino también su propiedad. Renunció, pues, a medidas tan radicales.

Descendió la escalera y penetró en aquella espaciosa habitación, en la que, sobre una chimenea francesa, había un retrato pintado al óleo. “Miserias” y Teeny empezaron a golpear en las paredes con sus revólveres para ver si hallaban algún espacio hueco tras ellas. Pete les veía hacer de espaldas al cuadro y una vez más experimentó la sensación de que alguien le estaba mirando en aquel momento. Se volvió rápidamente y sus manos se dirigieron con presteza a sus revólveres, que un segundo después apuntaban al retrato de Huddersfield.

¡Había visto moverse sus ojos!

-¡Basta de gracias! –gritó-. ¡A quien quiera que esté detrás de ese retrato voy a meterle más plomo en el cuerpo que granos tiene una gallina en el buche! ¡Salid!

No obtuvo contestación alguna. Volvió a encaramarse en la silla que colocara antes frente a la chimenea y miró más de cerca el retrato. Los ojos pintados estaban intactos. Golpeó con su 45 en la pared y obtuvo el mismo silencio a macizo.

Durante una hora entera vagó de un extremo a otro de la casa. El inmenso edificio estaba completamente vacío. Pete entró en la mayoría de las habitaciones y sondeó sus paredes, sin resultado positivo.

Recordó entonces que cuando disparaban contra el lobero, éste, en su huida, desapareció en el aire de una manera misteriosa. ¿Habría saltada a una de las cisternas que rodeaban la casa? ¿Habría algún pasadizo secreto desde alguna de ellas al interior del edificio?

Pete salió al exterior y, buscando abrigo bajo los árboles, llegó hasta el sitio en que desapareciera el lobero. Como él había pensado, encontró en aquel mismo lugar una cisterna medio seca, pero por más que buscó no halló huella alguna de pasaje secreto.

A pesar de esto, Pete Rice saltó al interior de la cisterna, y estaba registrándola cuidadosamente cuando vio brillar algo a través del agua transparente de lluvia que llenaba el fondo.

Recogió dos objetos metálicos y se los guardó en el bolsillo.

Aquello podía proporcionarle una pista. Pete decidió regresar a la Quebrada del Buitre para confrontar estos indicios con los telegramas que debían estar ya esperándole a su llegada.

Llamó a “Miserias” y Teeny para que se reunieran con él. Los dos comisarios salieron cautelosamente de la casa y se dirigieron a buscar el abrigo de los árboles del bosque más cercano, que les ofrecían un buen refugio. Pete les guió con toda clase de precaución hasta el sitio donde dejaran atados sus caballos. Una vez allí, sacó del bolsillo los dos objetos que encontrara en la cisterna y se los mostró a sus comisarios.

-¿Sabéis lo que son estos dos objetos, muchachos? -les preguntó.

“Miserias” movió la cabeza, afirmativamente. Teeny pareció perplejo al principio, hasta que en sus ojos brilló un destello de inteligencia.

-Creo que he visto algo como eso en la imprenta de la Quebrada del Buitre -dijo.

-Puedes asegurarlo -contestó Pete-. Estos dos objetos son una cuña y una llave.

-Yo sé lo que es una llave -murmuró “Miserias”-, pero que el diablo me lleve si esa otra palabra no me suena como inglesa.

-Una cuña -explicó Pete-, es lo que emplean los impresores para comprimir los tipos de imprenta en la forma, antes de meterla en la prensa.

-¿Pero qué es lo que intenta esa gente? -preguntó Teeny.

-Eso es lo que yo deseo saber -contestó Pete-. Tal vez se trate de objetos que pertenecieron a Huddersfield y que éste vendiera a Weimar, hasta que por último han venido a parar a manos de estos facinerosos.

-¿Pero, para qué pueden querer estos bandidos una prensa de imprimir? -gruñó “Miserias”.

La contestación a su propia pregunta se la dio él mismo rápidamente:

-¡Pardiez! ¡Esto está más claro que el agua! ¡Los que están ocultos en esta casa son monederos falsos!

-Eso mismo estaba yo pensando la primera vez que vinimos aquí -dijo Pete-. Creo que estamos en vías de aclarar este asunto. Anoche envié varios telegramas y cuando regresemos a la ciudad encontraré seguramente las contestaciones, y me apuesto lo que queráis a que me dicen que hay una banda de monederos falsos en esta región.

Y, no obstante, todas las apariencias que la abonaban, Pete Rice habría perdido esta apuesta. ¡Cuándo cinco minutos después llegaron a la Quebrada del Buitre, se encontró tan perplejo como antes!

CAPÍTULO IX
PUEDEN NO SER MONEDEROS FALSOS

En su viaje de regreso a la Quebrada del Buitre, los tres representantes de la ley no podían disimular su alborozo. Si los bandidos ocultos en la casa solariega de Wexford eran falsificadores, toda su labor excepto en cuanto a aquellos billetes que hubiesen podido poner ya en circulación, iba a resultar completamente inútil. Pete telegrafiaría a diversos centros, bancos, industriales y comerciantes, poniéndolos en guardia contra la moneda falsa.

El sheriff iba mascando goma concienzudamente. Aquello parecía aclarar las sospechas que hasta entonces abrigara con respecto a Herbert Weimar. El millonario no podía estar en relación con aquellos falsarios. Verdad es que de tanto en tanto habían llegado a oídos del sheriff distintos rumores sobre negocios turbios o, por lo menos, oscuros, de Weimar, pero se referían siempre a maniobras acaparadoras. Era duro de creer que Weimar se hubiese comprometido a “poner en circulación moneda falsa”.

Era evidente que Teeny Butler estaba pensando en el mismo sujeto que su jefe. Así lo indicaron al menos sus primeras palabras, cuando guió a su caballo hasta colocarlo junto al del sheriff:

-Creo que ahora dejará usted en libertad de acción a ese Weimar, patrón...

Pete hizo una señal afirmativa.

-En eso estaba pensando...

-Y, sin embargo, por lo que usted nos contó, era algo sospechosa entonces su conducta.

-Es verdad -contestó Pete-, pero no hay que olvidar que las gentes que tienen algún trastorno interno obran a veces de esa manera. Creo que el animal más tonto del mundo es la hembra rabona del pavo real. Las gentes como Weimar, que han llegado a cosechar un poco de gloria, vistiéndose con plumas de pavo real y a las que de un tirón se les arrancan de pronto, sufren la misma clase de castigo.

-De todos modos, un hombre tan excéntrico como Weimar podría ser capaz de cualquier cosa -recordó Teeny a su jefe.

-Se asegura que era en él una verdadera locura su deseo de alquilar la casa solariega de Wexford.

-No podemos asegurarlo -contestó Pete-. Tal vez la culpa de todo la tenga su mujer y sea ella la que estaba verdaderamente loca por ese capricho. Verdad que los hombres como Weimar se sienten totalmente dichosos si logran colmar sus ambiciones... pero las mujeres como la señora Weimar imponen su criterio y el marido en sus manos no es más que un juguete.

Había varios telegramas esperando a Pete, cuando éste llegó a su oficina en la calle principal de la Quebrada del Buitre, pero cuando los leyó pintóse la más intensa confusión en el rostro del sheriff. El representante del gobierno en la casa de moneda de Denver

telegrafiaba que la circulación de moneda falsa había ido muy poca durante el último trimestre. Tampoco se notaba la circulación fraudulenta en ninguno de los puntos a donde Pete Rice telegrafiara desde Giant Gulch.

Pete estaba perplejo. Cuando se separó de “Miserias” y Teeny se dirigió hacia su casa, en los arrabales de la Quebrada del Buitre. Los últimos sucesos en que había intervenido, después de innumerables peripecias, sólo le habían proporcionado una pista y ahora resultaba que ésta no lo servía para nada.

Si no circulaba moneda falsa por Arizona y los Estados contiguos, era que la cuadrilla que había hecho su cuartel general de la casa solariega de Wexford no había empezado aún a distribuir los billetes falsos, si es que en realidad eran falsificadores. Esta era la única suposición plausible a que aún podía entregarse Pete. Pero, ¿tendrían aquellas gentes desfachatez bastante para empezar esa distribución, ahora que el sheriff había descubierto su guarida y la industria a que se dedicaban?

La contestación de Pete a esta interrogación mental fue inmediata: no era probable. Entonces, ¿por qué se emperraban aquellos granujas en permanecer en la vieja casona?

Pete llegó a una casita blanca sin grandes pretensiones, hizo seguir a Sonny por un senderillo bordeado de flores. La casa estaba a oscuras. Su madre estaría acostada hacía rato y Pete anduvo con precaución para no despertarla.

Soltó las bridas y se apeó de Sonny, acariciándole el morro aterciopelado antes le dejarlo encerrado en la cuadra. Luego, al entrar en la casa, se quitó las botas y, con ellas en la mano, empezó a subir de puntillas las escaleras. Al día siguiente sería jueves, el día en que él y sus comisarios tenían que ir al Valle de Grama, y Pete quería descansar bien aquella noche.

Subió la escalera, silencioso, como si en lugar de andar resbalase sobre la madera de las escaleras, pero la madre del sheriff debía tener un oído tan penetrante como el de su hijo, porque cuando éste llegó al primer piso, la señora Rice apareció en la puerta de su habitación con una lámpara encendida en la mano.

-¡Pete, hijo mío! -exclamó, sonriente-. Has estado muchas horas fuera de casa estas noches, por lo que espero que ahora te tendré conmigo el resto del día, ¿verdad?

Pete besó cariñosamente a su madre y al hacerlo sus ojos la miraron tiernos y brillantes. Fuera de allí podía ser un “hombre duro”, pero entre las cuatro paredes de su humilde aunque confortable vivienda, se convertía en un chiquillo grandullón.

-No te apures ahora, mamá -contestó sonriente-. He perdido demasiadas horas de sueño y voy a recuperarlas a mi gusto.

Su madre le miró intensamente en el fondo de sus enormes ojos grises.

-Supongo que debe ocurrir algo importante, porque siempre sucede así cuando tú estás tanto tiempo fuera de casa.

-No debes preocuparte por nada, mamá -repitió Pete, para tranquilizarla.

Uno de los grandes trabajos del sheriff era el ocultar los peligros que corría durante sus arriesgadas expediciones a aquella viejecita, que fuera del respeto a la ley, era la mayor preocupación de su vida.

Sin embargo, jamás le mentía a su madre deliberadamente, y así, cuando la señora Rice le preguntó de una manera categórica que era lo que estaba ocurriendo en la Quebrada del Buitre, le dijo:

-Es verdad que están ocurriendo cosas anormales, pero si quieres que te diga la verdad, no sé a ciencia cierta lo que hay en todo ello. Al principio creía que había falsificadores ocultos en la casa solariega de Wexford, pero precisamente en este momento ya no estoy tan seguro de que así sea. Acabo de llegar de allí hace un momento con “Miserias” y Teeny y, a juzgar por los telegramas recibidos hace pocos minutos, pueden no ser monederos falsos los que están escondidos en aquella estrambótica casona.

-¡Oh, tú descubrirás lo que sea tarde o temprano! - dijo, convencida, la señora Rice.

-Si no lo hago, no será por falta de interés, mamá. No he olvidado tus enseñanzas: el mayor triunfo de un hombre no es el que sepa vencer, sino el que no ceda jamás. Pero creo que ahora lo mejor que puedes hacer es irte a la cama a descansar, mamá.

Pete besó a su madre, le dio las buenas noches y se dirigió a su habitación. Estaba empezando a desnudarse cuando tres penetrantes disparos rasgaron el silencio hasta entonces absoluto de la noche.

Pete volvió a vestirse rápidamente y bajó las escaleras de cuatro en cuatro. Su madre había salido otra vez de su habitación hacia el vestíbulo, con una lámpara en la mano.

-No te asustes, madre -dijo Pete-. Salgo por mera precaución. Esos tiros los habrá disparado seguramente algún borracho, pero, de no ser así, en unas circunstancias como estas necesito saber qué es lo que ocurre en la Quebrada del Buitre. Buenas noches, otra vez, madre. Vete a la cama y descansa.

-Sé cauto, hijo mío -le dijo la señora Rice.

-Ten la seguridad de que lo seré, mamá.

Se puso las botas rápidamente y corrió hacia el corral. En aquel momento sonaron otros dos tiros hacia la calle principal. Pete aflojó las bridas a Sonny y lo lanzó como un alud en aquella dirección.

Había un verdadero gentío apelotonado frente al Salón de Descanso de los Vaqueros. Sam Hollins, el propietario de los Almacenes de Comestibles de la Quebrada del Buitre, llevaba una venda teñida de sangre en el brazo. Al ver avanzar a Pete corrió hacia él apresuradamente.

-¿Está usted mal herido, Sam? -le preguntó Pete-. ¿Qué ha sido?

-Me han herido en el brazo izquierdo -contestó Sam-. Estaba en camisón de dormir y no llevaba encima mi revólver. De no ser así, puede estar seguro de que hubiera atravesado de parte a parte al hombre que me hirió.

A continuación explicó Sam que, hallándose en la cama, había oído un crujido sospechoso en la planta baja de su casa. Bajó las escaleras para enterarse de lo que sucedía y se encontró con un hombre enmascarado que le amenazaba con un rifle. El desconocido disparó tres veces sobre Sam, alcanzándole en un brazo una de las balas. Cometido el atentado, huyó por una de las ventanas.

-¿No tuvo usted ocasión de dispararle? -preguntó Pete.

-No... ¡En el tiempo que tardé en llegar a donde tenía mis armas, el hijo de un... se había escapado!

Pete se metió una bola de goma en la boca y empezó a mascarla en silencio.

Estaba pensando en los otros dos tiros que oyera cuando estaba embridando a Sonny. ¿Quién habría disparado aquellos dos tiros?

La contestación llegó rápidamente en la persona de José Pride, que apareció calle abajo a lomos de un caballo bayo castrado. Llevaba, además de las vendas en ambas manos, otra en torno a la cabeza.

-Precisamente es usted el hombre que buscaba -dijo, al ver a Pete-. Escuche, sheriff, he sorprendido a un hombre en mi casa, hace unos minutos. Lo encontré frente a la caja de hierro que tengo en mi despacho. Me golpeó en la cabeza con su 45 y saltó por la ventana. Yo disparé dos veces sobre él, aunque creo que no le acerté.

Pocos minutos después era J. Duane Mortimer, presidente del Banco de la Quebrada del Buitre, el que corría al encuentro de Pete Rice. Denunció que había sorprendido a un hombre en el momento en que intentaba penetrar en su casa. El hombre había huido, pero Mortimer insistía, en que consideraba como deber suyo el denunciar el caso.

-¡Pardiez! -observó Hicks “Miserias”, que había acudido al estruendo desde los primeros instantes-. ¡Está ocurriendo cada cosa en esta ciudad, que le harán a uno perder la cabeza!

Pete miró al pequeño comisario que, encogido materialmente sobre sí mismo, parecía una almeja herméticamente cerrada. El sheriff se decía interiormente que debía existir una íntima relación entre aquellos tres intentos de robo y la existencia de los bandidos en la casa solariega de los Wexford. Pero se guardó para sí aquella opinión particular.

Era aquella una mera posibilidad y se gastó una hora inútilmente en rastrear a los hombres que habían irrumpido en la vida ordinaria y pacífica de la Quebrada del Buitre. Los ladrones -o el ladrón, según pensaba Pete, -no habían empleado caballo. El ladrón o ladrones habrían dejado sus monturas fuera de la ciudad, dirigiéndose hacía la calle principal y deambulando a pie por ella de la manera más inocente. Un forastero aislado en las calles de la ciudad no era cosa para llamar la atención, mucho más cuando en aquellos días precisamente había varios forasteros pertenecientes a la compañía de espectáculos del coronel Tempest.

Pete seguía en sus raciocinios mentales. ¿Podrían tener alguna relación estos acontecimientos con la presencia en el distrito de las gentes del coronel?

Pero dejó a un lado esta suposición en el acto. Aquellos hombres no podían ser tan torpes, pues aun cuando se tratase de gentes apartadas del buen camino, no se les ocurriría robar precisamente en las ciudades en que estaban trabajando, tal práctica pronto llegaría a ser demasiado evidente.

Era lógico suponer, también, que aquellos intentos de robo habían sido llevados a efecto por alguien que estaba muy bien enterado de las interioridades de la Quebrada del Buitre. No pasaba por alto para Pete el hecho de que las tres casas en que se intentara robar pertenecían a tres de los hombres más adinerados de la ciudad. Mortimer y Pride tenían casas primorosas, y aunque Sam Hollis vivía en un medio menos ostentoso, se le conocía por todos como un hombre “bien afincado”.

Mortimer, el presidente del Banco, parecía de un humor de todos los diablos por haberle hecho levantar de la cama a deshora, pero su mal humor llegó al colmo cuando se convenció de que el hombre que intentara robarle no podía ser rastreado por la autoridad.

Y, sin embargo, todo aquel mal humor no significaba nada comparado con la rabia de que le halló poseído Pete a la mañana siguiente. El sheriff había dormido hasta bien entrada la mañana, después de haber ordenado a sus comisarios que hicieran lo mismo. Era el día en que debían darse una buena ración de galope para llegar al Valle de Grama.

Iba Pete a caballo por la calle principal, viniendo de su casa, cuando divisó al inocente presidente del Banco entre un mocetón muy ancho de hombros y un verdadero enanillo pequeño y delgado, que elevaba sobre su nariz aguileña unas gafas con montura de oro.

Los dos compañeros de Mortimer eran extranjeros en la Quebrada del Buitre. Pete miró de soslayo al trío y, de pronto, sus enormes ojos grises se agrandaron aún más por el asombro.

¡La muñeca derecha de J. Duane Mortimer estaba esposada a la izquierda del gigantón de los hombros macizos!

CAPÍTULO X
¿QUÉ HA HECHO MR. MORTIMER?

Un instante después se hallaba Pete frente a los dos extranjeros.

-¿Qué es lo que pasa? -preguntó, dirigiéndose al hombre de la espalda de cargador-. Yo soy Pete Rice. Soy yo quien generalmente llevo a cabo los arrestos en esta ciudad; como puede ver -añadió, con evidente sarcasmo-, da la casualidad de que soy el sheriff de aquí.

El gigantón y su enano compañero se miraron uno a otro, visiblemente turbados J. Duane Mortimer también miró a Pete, pero durante unos segundos ninguno de los tres despegó los labios.

-Tal vez no me han oído bien -dijo Pete, que empezaba a montar en cólera-, pero, si me han oído, que es lo más probable, exijo una respuesta inmediata.

El gigantón se decidió al fin a contestar, y, antes de hacerlo, volvió la solapa de su chaqueta y dejó ver una placa de plata.

-Soy un comisario jefe de la policía de los Estados Unidos –dijo-. Crea que siento tener que actuar en su distrito, sheriff, pero se trata de un asunto de interés federal; tengo plena autoridad para obrar como he obrado. Acabo de arrestar a mister Mortimer.

-¿Por qué motivo? -preguntó Pete-. ¿Qué ha hecho Mr. Mortimer?

El comisario jefe hizo un movimiento ambiguo con la cabeza.

-Tiene usted perfecto derecho a hacerme esa pregunta –contestó-. Lo admito así, pero no puedo contestar a esa pregunta, por lo menos hasta que para ello me autorice mi jefe de Tucson. Podrá parecerle raro, pero existen buenas razones para ello.

-¿Tiene usted algo que alegar, Mr. Mortimer? -preguntó Pete al banquero.

J. Duane Mortimer pareció vacilar unos segundos antes de hablar. Luego sacudió la cabeza, como si quisiese alejar alguna idea importuna. Parecía sombrío e irritado.

-No tengo nada que decir, por ahora -contestó, al fin-. Yo también tengo razones para guardar silencio.

Pete le miró fijamente, Mortimer le había parecido siempre un hombre activo en sus negocios del Banco de la Quebrada del Buitre. Con alguna frecuencia había entablado con él relaciones de negocios, pero fuera de esto no existía entre ellos confianza alguna. Su manera de conducirse no era ciertamente la usual en la Quebrada del Buitre, pero había ayudado a las gentes de la ciudad cuando se encontraron necesitados de ayuda. Toda la Quebrada del Buitre había aprendido a respetarle.

-Debe usted demostrarme que, efectivamente, es un agente de la policía federal. La simple exhibición de la placa no es suficiente, como debe de saber -dijo Pete al policía de Tucson.

-Le enseñaré a usted credenciales convincentes. Si lo desea, puede telegrafiar a Tucson, además no tengo intención de llevarme a Mr. Mortimer fuera del distrito, ni aun fuera de la ciudad, si usted me autoriza para servirme de la cárcel de la Quebrada del Buitre. Todo puede hacerse calladamente. Creo que el mismo Mr. Mortimer preferirá ese camino...

-Lo prefiero -dijo, Mortimer, que conservaba el mismo aspecto huraño-. Este es un ultraje que se me hace, pero no deseo que se le dé publicidad. Me pondré en relación con mi abogado, el señor Pell, de Mesa de Ridge, y pleitearé lo que sea necesario. A alguien le tocará sudar por esta indignidad que se está cometiendo conmigo.

A instancias de Pete le soltaron las esposas y los cuatro hombres se dirigieron hacia la cárcel de la ciudad, en una de cuyas celdas interiores, sin ventanas a la calle, quedó encerrado el presidente del Banco. El silencio huraño que mostraba intrigó aún más al sheriff.

Su rostro también se había oscurecido al oír nombrar al banquero a Pell, el abogado de Mesa Ridge. Este Sharon Pell, abogado de sobras conocido, había sido más de una vez una espina que se le atravesara al sheriff en el ejercicio de la justicia. Pell era conocido trapisondista, defensor de asesinos y ladrones, conocido como sobornador de jurados, un chanchullero, que recurría a toda clase de subterfugios para libertar a sus clientes, por odiosos que fuesen los crímenes por ellos cometidos. Ejercía su profesión únicamente atento a enriquecerse, sin que se le diese un ardite la justicia. Pete, refiriéndose a él, le había llamado en distintas ocasiones el “bandido con toga”.

Las credenciales que le mostrara el gigantesco policía, que respondía al nombre de Mather, eran impecables, y Pete Rice no tuvo más remedio que dejar al agente federal que prosiguiese en su labor depuradora. Mather prometió darle cuenta de ciertos secretos federales, tan pronto recibiese autorización para ello de sus jefes de Tucson, lo que no podría hacer hasta dentro de unas cuantas horas por lo menos.

Entretanto, Peto Rice decidió trasladarse a Valle de Grama. Tal vez allí hallase una pista en el asunto que venía intrigándole hacía dos días. El bandido moribundo frente a la casa solariega de los Wexford había murmurado, antes de expirar: “Valle de Grama... jueves”.

Pete no insistió en obtener más detalles del policía federal, pues sabía por propia experiencia que un agente oficial se veía a veces obligado a guardar silencio sobre asuntos profesionales.

-Hay una cosa que deseo preguntarle, Mr. Mather –dijo-. ¿Tiene algo que ver la detención de Mr. Mortimer con la falsificación de moneda?

Mather le miró con extrañeza y su rostro se contrajo en una mueca.

-¿Con la falsificación de moneda? No. Puedo asegurárselo. Su arresto no tiene nada que ver con la falsificación de moneda.

El trayecto de la Quebrada del Buitre a Valle de Grama lo hicieron los tres representantes de la ley a buena marcha y Pete decidió que entrasen en la ciudad por separado para no llamar la atención. Luego los tres se reunieron en una habitación con balcones a la fachada en el Hotel Continental.

Era aquel el trabajo más duro para aquellos hombres, acostumbrados a vivir, al aire libre, el verse enjaulados entre las cuatro paredes de aquella habitación, pero Pete deseaba que nadie en Valle de Grama supiese que él y sus comisarios se hallaban en la ciudad.

Aparte de Jack Brown, el comisario de Valle de Grama, y del propietario del hotel, íntimo amigo de Pete, nadie se enteró de su llegada y de su estancia. El mensaje del bandido moribundo: “Valle de Grama... jueves”, parecía indicar que algo iba a ocurrir allí en ese día y Pete y sus comisarios querían tomar parte en la zarabanda.

Teeny Butler hundió su gigantesca figura en una cama. El enorme comisario podría pasarse mucho tiempo sin dormir, como lo había demostrado en múltiples ocasiones, pero cuando se presentaba la ocasión gozaba durmiendo.

Pete se entretuvo en escribir varias cartas. Por su parte, Hicks “Miserias” se puso a hacer solitarios con una baraja, hasta que aburrido y cansado de hacerse trampas a sí mismo, esparció de un manotazo violento todos los naipes por el suelo.

-¡Por todos los diablos del Infierno! -gruñó colérico-. ¡Esto de esperar y esperar es un trabajo muy pesado! Me gustaría que se armase alguna jarana en cualquier taberna, porque así podría ir a estirar las piernas!

-En cuanto a estirar las piernas, estíralas cuanto quieras -le aconsejó socarronamente Pete-, pero si algún borracho arma camorra ahí abajo, te estarás quietecito aquí, ¿sabes? Jack Brown, el comisario de esta ciudad, se encargará de reducir a los alborotadores. Nosotros hemos venido aquí para algo más importante que reducir borrachos.

Pero aquel algo más importante parecía no tener prisa en llegar. En aquella calma desesperante fueron pasando las horas. “Miserias” recogió los naipes y continuó haciendo nuevos solitarios. Pete escribía cartas y más cartas y aun trató de descabezar un sueño, tendiéndose cuan largo era en una cama. Fueron extendiéndose las sombras y no tardó en hacer su aparición el crepúsculo.

Teeny Butler cesó en sus ronquidos y se incorporó en la cama. Puesto en pie y después de desperezarse, fue hasta una de las ventanas y miró hacia el exterior del hotel.

-Patrón -dijo un minuto después-, ¿no te parece que ya empieza a ser hora de que venga un criado y nos sirva algo que mascar? ¡Tengo ya las tripas enroscadas en la espina dorsal!

-¡Vete al diablo, tragón! -gruñó “Miserias”-. ¡Oíd lo que dice este pedazo de búfalo! ¡Que me corten la lengua si no tienes la solitaria, Teeny!

-Si es verdad que la tengo, debe estar ahora la pobrecita llorando y pidiendo a gritos que le den algo de comer.

Pete se alzó de la cama y fue hasta la ventana, mirando a través de ella con precaución. La calle principal de Valle de Grama estaba todo lo pacífica que puede desear un

representante de la autoridad. No solían ocurrir disturbios en Valle de Grama, ya que la ciudad no se distinguía precisamente por su excesiva riqueza.

Tendría unos dos mil habitantes, la mayoría de ellos dedicados a la ganadería. Valle de Grama estaba casi al Sur de la Quebrada del Buitre. Además de las tabernas, la de El Dólar de la Suerte estaba frente por frente al Hotel Continental. Sobre los postes que servían de soporte al balcón principal se veían unos grandes cartelones anunciando la Tintura Tónica de Tempest y en los que se invitaba al pueblo a asistir al espectáculo patrocinado por el coronel.

-Me gustaría poder ir esta noche a la tienda del coronel -dijo Hicks "Miserias".

-Pues te quedarás con las ganas -le contestó secamente Pete-, de modo que no malgastes el tiempo en desear. ¿Es que deseas adquirir unos frascos de este tónico para agregarlos a los curalotodo de tu barbería?

"Miserias" hizo una mueca cómica.

-Mira, patrón, he de confesarte algo –dijo-. En primer lugar, creo que el coronel es un viejo chalán y embustero, pero he oído hablar tanto del tónico, que compré un frasco para probarlo y no es tan malo ese mejunje como parecía. Esto me ha hecho cambiar de opinión.

-El hombre que no cambia alguna vez de opinión en la vida, no negará nunca a ser muy sabio -murmuró Pete sentencioso-, pero el que cambia con demasiada frecuencia, sabrá menos cada vez. Tú te has dejado embaucar por un charlatán meloso como ese coronel Tempest y...

Se interrumpió al oír que llamaban a la puerta.

-Creo que debe ser el criado que viene a recibir órdenes-dijo-. ¡Adelante!

Abrióse la puerta de par en par y avanzó a grandes zancadas... el coronel Jefferson D. Tempest, atusándose el bigote de morsa e inclinándose ceremoniosamente.

-Caballeros –empezó-, es para mí un placer volver a verles otra vez a los tres. ¿Han venido para ver la función de esta noche? La primera sesión empezará antes de una hora. Sí, señor.

Pete frunció los labios y esbozó una sonrisa forzada.

-¿Cómo ha podido usted encontrarnos coronel? -preguntó con amabilidad-. Hemos venido para asuntos oficiales y no hemos salido en todo el día.

El coronel dejó oír una risita socarrona.

-Uno de mis hombres vio a Mr. Hicks cuando bajó al vestíbulo a buscar dos juegos de cartas. Sí, señor. He venido a preguntarles si quieren cenar conmigo esta noche. Tengo aún una hora por delante para comer, antes de librar a mis espectadores de sus salarios recogidos con sudor...

Llamó el criado a la puerta. Venía a recibir órdenes para la cena. Pete invitó al coronel a quedarse a cenar con ellos y el viejo chalán no se lo hizo repetir dos veces. Su charla pintoresca mantuvo en hilaridad constante, durante la comida, a los tres representantes de la autoridad. El viejo charlatán poseía un cierto encanto en sus maneras, que había que reconocer forzosamente.

-Me gustaría, caballeros, que viniesen a gozar de mi espectáculo y hasta podrían enriquecerlo con su presencia -les dijo-. Usted, sheriff, llamaría seguramente la atención como tirador, pues reconozco que los que tengo en mi circo no sirven ni para descalzarle con el revólver en la mano.

Se volvió hacia "Miserias".

-Este caballero podría ser también un ayudante inapreciable, a juzgar por la locuacidad de que hace gala. En cuanto a Mr. Butler, eclipsaría a mi Hércules con sus ejercicios de fuerza, lo reconozco.

-Pesan sobre nosotros obligaciones que no podemos abandonar en manera alguna, coronel -contestó resueltamente Pete-. Sus entretenimientos son demasiado fáciles para nosotros. Le causaríamos un gran trastorno si lo intentáramos. Los diablillos andan siempre

mezclados en entretenimientos de esa naturaleza. Tenemos que seguir ocupándonos de la defensa de la ley.

Se puso en pie y fue hasta la ventana. Hacia la parte Sur de la ciudad se oyó un griterío que iba en aumento, mezclado al ruido característico del chocar de varios cascos de caballos contra las piedras.

-Parece que son jinetes que entran a galope en la ciudad -dijo Pete-. Tal vez haríamos mejor en bajar las escaleras muchachos, y ver...

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Un estruendo salvaje de disparos seguidos del repique de cristales rotos cortó el discurso en sus labios. Llegaban calle arriba varios jinetes enmascarados que disparaban desatinadamente a un lado y otro. Las gentes huían alocadas a refugiarse en los huecos de las puertas y las mujeres ensordecían con sus agudos chillidos.

Pete preparó su lazo, mientras pensaba que las palabras del bandido moribundo, “Valle de Grama... jueves”, podían haber significado algo, después de todo.

El vivaracho coronel se hallaba junto a Pete.

-Yo soy un antiguo militar, sheriff. ¡Delégueme! ¡Delégueme, señor! –suplicó-. Yo puedo pelear... y además, será un reclamo maravilloso para la Tintura Tónica de Tempest.

Pero Pete denegó enérgicamente con la cabeza.

-No, señor. No puedo hacer eso, coronel. Este es un trabajo algo más serio que anunciar una función de circo. Usted permanezca aparte, sin intervenir para nada en nuestros asuntos. Además, no necesito tiradores. Quiero coger los cráneos vivos. Cuando están muertos no pueden hablar.

“Miserias” y Teeny pasaron rápidamente revista a sus revólveres. Estaban prontos para disparar. El barbero empuñó sus “bolas” y Teeny enarboló su látigo. En cuanto a Pete, saltó por la ventana abierta al tejadillo que servía de azotea sobre el pórtico de entrada del hotel, adonde le siguieron inmediatamente sus dos comisarios.

Los bandidos enmascarados prorrumpieron en alaridos de cólera al divisar a los representantes de la autoridad, sobre los que concentraron el fuego al verlos aparecer en el tejadillo, sobre el pórtico del hotel.

Silbaron las balas por encima de Pete y los cristales de las ventanas del edificio saltaron hechos añicos. Pete y sus comisarios decidieron abandonar aquel lugar, que resultaba excesivamente peligroso, y se trasladaron, en medio de una granizada de balas, a otro tejadillo contiguo sobre una de las tiendas de la calle principal. Tenía este tejadillo una barandilla, que podía servirles de parapeto, de unos tres pies de alzada y tras él se agazaparon para hurtar el cuerpo a las balas que sin cesar les disparaban los bandidos.

Los jinetes enmascarados parecían acometidos de un furor vesánico, como si con anterioridad hubiesen sido emborrachados con alcohol o con algún otro líquido excitante. En ocasiones llegaban a ser temerarios y parecían invulnerables a las balas. Corrían arriba y abajo de la calle acribillando a tiros el parapeto. Las balas silbaban en torno a los tres comisarios como granizo.

Pete colocóse ante la boca las manos ahuecadas a modo de altavoz y gritó:

-¡Coyotes, voy a daros una ocasión de rendiros! ¡Cuando llegue a la cuenta de tres empezaremos a derribaros de las sillas! ¡Arrojad las armas! ¡Uno!

Los bandidos contestaron con un coro de carcajadas, pero Pete siguió contando impertérrito:

¡Dos!

Los bandidos habían encendido unas antorchas de troncos resinosos empapados de alquitrán. Uno de los jinetes arrojó su antorcha dentro de una de las casas a través de los vidrios rotos de una ventana. Otra antorcha en llamas cruzó el aire como un cometa, yendo a caer en el tejadillo de la tienda, donde se encontraban Pete y sus hombres.

¡Los bandidos estaban pegando fuego a la ciudad!

¡Tres!

La voz de Pete resonó en medio del estruendo, cortante y clara. Había dado a los facinerosos una más razonable probabilidad de rendirse, pero aquellos hombres, que parecían endemoniados, siguieron tan irreductibles y tan feroces como antes.

-¡Arrojémolos de las sillas! -dijo Pete a sus comisarios, en voz baja-. Procurad no matarlos. Parece que me están aguardando a mí. No se dan cuenta de lo que hacen, pero yo no puedo consentir que lleven a cabo sus propósitos.

"Miserias" y Teeny dispararon contra los bandidos y sus primeros tiros levantaron aullidos de dolor y de rabia. Tres incendiarios dirigieron sus monturas hacia una callejuela oscura y emprendieron la huída.

El lazo de Pete volteó en el aire como una culebra. Súbitamente se irguió por sobre el parapeto y tomó por blanco a uno de los jinetes que estaba separado de sus compañeros.

¡Whish!

La cuerda culebreó en el aire y el bandido dejó escapar un alarido de rabia al notar que el lazo había caido sobre sus hombros. Pete tiró de la cuerda hacia sí hasta ponerla tensa.

¡Bang! ¡Bang!

Dos veces disparó el bandido su 45 sobre el sheriff, pero un segundo tirón lo arrancó violentamente de la silla. Una de las balas había rozado la acordelada garganta del sheriff, produciéndole un vivo dolor, como si una avispa le hubiese clavado el aguijón en la carne. Pete apretó los dientes y pudo soportar el dolor sin desmayar, mientras seguía tirando de la cuerda.

Al chocar contra el suelo, el bandido perdió el conocimiento y Pete logró arrastrar el cuerpo inerte hasta debajo del parapeto, empezando a izarlo a lo alto, pero una granizada de balas agujereó sus vestidos en varios puntos, y a no intervenir sus dos comisarlos, con sus certeros disparos, mal lo hubiera pasado el sheriff.

Una vez más, "Miserias" y Teeny habían salvado la vida a su jefe.

El piso principal de la tienda estaba ardiendo. Un hombre salió corriendo de El Dólar de la Suerte y se dirigió dando alaridos hacia la casa. Era el propietario del inmueble, que manifestaba su desesperación por la catástrofe. Desafiando el peligro, siguió corriendo hacia el almacén, gesticulando nerviosamente y pidiendo a gritos que apagaran el fuego.

¡Kazung!

Uno de los jinetes enmascarados había disparado sobre él. El pobre propietario dio una rápida vuelta sobre sí mismo, manoteó aún en pie, hasta que cayó rodando como una pelota.

La droguería situada al otro lado de la calle estaba ardiendo también y las antorchas llameantes seguían cayendo en otros edificios. Los vecinos, al ver aquel ataque salvaje, se sumaron a la batalla y de ventanas y balcones llovían las balas sobre los bandidos. El estruendo de la batalla ensordecía. La calle era en aquellos momentos más un campo de batalla que una vía pública.

Pete Rice logró izar a su cautivo al tejadillo de la tienda. Mientras tanto, "Miserias" y Teeny arrojaban a la calle las antorchas encendidas que habían caído tras el parapeto y que amenazaban convertirlo en una hoguera siniestra. Una de las antorchas fue a dar a uno de los bandidos en la cabeza y lo derribó de la silla. La arteria principal de Valle de Grama se había convertido en una espantosa carnicería. Los hombres caían por una y otra parte como moscas y los caballos pateaban enloquecidos, tropezando en cuantos objetos hallaban al paso. De los pisos altos de las casas caía sobre los combatientes de la calle una verdadera lluvia de rescoldos y cenizas.

-¡Yo voy abajo, patrón! -gritó Teeny-. ¡Creo que podré agarrar a uno de esos granujas con mi látigo!

-¡Y yo también! -le secundó “Miserias”, tan impetuoso como de costumbre-. ¡Malditos perros sarnosos! ¡Están quemando la ciudad!

-¡Perfectamente, muchachos! -les dijo Pete-. ¡Cuidado con los ciudadanos! ¡No vayamos a enviar equivocadamente a alguno de ellos al otro mundo!

Los dos comisarios descendieron a la calle utilizando las cañerías de desagüe. Pete permaneció en el tejadillo y se dispuso a atar concienzudamente a su prisionero. Era éste un americano joven, de estatura gigantesca y poderosamente musculado, con unos bíceps y unas espaldas de forjador.

-¡Matad a ese individuo! -gritó alguien desde la calle-. ¡Matadle! ¡Lo ha cogido el sheriff y cantará todo lo que sabe!

Una docena de revólveres empezaron a sembrar la destrucción en torno al bandido prisionero. Pete lo empujó bajo el parapeto para resguardarlo de las balas. Una antorcha encendida cruzó la atmósfera como un meteoro y fue a caer sobre el tejadillo, a poca distancia del sheriff. A ésta siguió otra y luego una tercera. El tejadillo empezó a arder a derecha e izquierda, cuando el bandido, que había vuelto en sí en aquel intervalo, dirigió un formidable directo a la mandíbula de Pete.

¡Bam!

El golpe cayó sólidamente, Pete no pudo resistir el ímpetu de la acometida y un segundo rodó por el suelo. Puesto rápidamente en pie, se disponía a replicar a la acometida en la misma forma, cuando una antorcha ardiendo, disparada desde la calle, le alcanzó en el diafragma y casi dio de nuevo con él en tierra.

El bandido había sacado entretanto un cuchillo, que llevaba oculto en una de sus botas, y se tiró a fondo sobre el sheriff. Pete, de un vigoroso puntapié, derribó al bandido, pero éste cayó de rodillas y arrojó el cuchillo al sheriff. La hoja se clavó en el ala izquierda de los zahones de Pete, quien extrajo el arma de un tirón y la arrojó a la calle por encima del parapeto. Sacando luego el revólver y apuntando al bandido, le gritó:

-¡Estése quieto, condenado, o lo frío! ¡No puede vencer! El fuego está ahora concentrado sobre nosotros. Mejor es rendirse.

El bandido, por toda contestación, se arrojó sobre él como una avalancha Pete podía haber disparado matándole, pero en vez de hacerlo así, contestó al ataque del bandido con ambos puños, que golpearon como batanes el pecho y la cara de su enemigo.

Mientras en Valle de Grama se libraba aquella descomunal batalla y el fuego y la sangre parecían en loca competencia de destrucción, el bandido y el sheriff estaban también empeñados en una lucha a muerte, cuerpo a cuerpo. Pete logró por fin derribar a su enemigo y lo arrastró consigo.

El piso del tejadillo crujió de una manera siniestra, amenazando derrumbarse. Se había cortado el acceso a la cañería del agua y la distancia del parapeto a la calle era demasiada para aventurarse a dar un salto. Hacia el vestíbulo del hotel se alzaba una barrera imponente de fuego, cerrándole el paso. El bandido logró poner de nuevo en acción sus puños y enviaba gancho tras gancho y directo tras directo. Uno de sus golpes se perdió en el vacío y la misma violencia de la acometida lo hizo rodar como una pelota. Pero pese a su corpulencia, aquel hombre tenía una agilidad asombrosa y un segundo después estaba de nuevo en pie y su puño derecho cayó de pleno en la cara de Pete, que dio a su vez con todo su cuerpo en tierra. Los dos hombres eran iguales en dureza y resistencia y la lucha continuó encarnizada hasta el límite de sus fuerzas.

Pete Rice apenas si se fijaba en los progresos destructores del fuego. Toda su atención estaba concentrada en el hombre que tenía delante. ¡Y que era todo un hombre! Era un gigantón magníficamente proporcionado, que peleaba con la furia que da la desesperación.

Mientras luchaba, estaba pensando Pete en el mensaje que saliera de los labios amoratados del moribundo frente a la casa solariega de los Wexford: “Valle de Grama...

jueves". ¡Ahora veía claramente que no habían sido palabras incoherentes, sino que fue realmente un aviso de lo que estaba ocurriendo ahora en aquella hasta entonces pacifica ciudad! Aquella incursión contra Valle de Grama debía tener alguna relación con los acontecimientos de los últimos días en la Quebrada del Buitre. Pero, ¿cuál? ¿Por qué?

Y súbitamente, el cerebro de Pete pareció girar vertiginosamente a consecuencia de un terrorífico swing que le acertó con una precisión contundente en la juntura de las mandíbulas. Las fuerzas le abandonaron un momento, pero en un posterior ramalazo de furor, su puño, como una carga de dinamita, alcanzó de lleno al bandido en la cara. Después sintió como si le faltase la tierra bajo los pies y en un posterior alarde de valor, su puño dio de lleno en el estómago del bandido. Éste se doblegó hacia adelante y en sus ojos se dibujó una última mirada de agonía. Un segundo después era un montón de carne en el suelo.

Pete cayó cerca de él. Ambos estaban sin sentido y en torno de ellos el silbido crujiente de las llamas subía, subía, como una enorme serpiente amarilla...

CAPÍTULO XI
EL BANCO DE VALLE DE GRAMA

Hicks "Miserias" y Teeny Butler estaban acosando a los bandidos en la calle principal. El diminuto barbero habla logrado atrapar a uno de los bandidos con sus "bolas". El bandido yacía como un fardo junto a uno de los muros del vestíbulo del Hotel Continental. En un momento en que "Miserias" se viera seriamente comprometido, Teeny Butler logró salvarle la vida con ayuda de su famoso látigo. Al bandido que tenía encañonado a Hicks le quitó el revólver de la mano con la correa de piel de toro, en un enrollamiento habilísimo. En cuanto logró desarmarle, saltó sobre él con una agilidad sorprendente en un hombre de su corpulencia y lo puso fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

De pronto el gigantón pareció acordarse de algo. Giró rápidamente sobre sus talones y miró con avidez hacia el tejadillo del almacén, que no era más que una hoguera informe. Teeny no vio tras el parapeto la alta figura de Pete Rice, ni pudo distinguirle en cuanto espacio abarcaba su vista. El enorme comisario lanzó un grito, como bufido de un toro.

-¡Pete! -vociferó-. ¡Pete Rice!

El sheriff, que continuaba tendido sobre las tablas y rodeado de llamas por todas partes, hizo un movimiento. Repitió Teeny su llamada estridente y Pete abrió los ojos y miró en torno suyo. Las llamas empezaban a lamer sus botas. Excepto el reducido espacio en que yacían sin sentido Pete y su prisionero, el resto del tejadillo era una hoguera imponente. La parte posterior se había hundido ya.

Pete aspiró el aire con fuerza, y no sin algún esfuerzo logró incorporarse. Recogió su cuerda, que estaba hecha un ovillo a su lado, y ató a uno de sus extremos al bandido, que seguía sin dar señales de vida, descolgándole después por encima del parapeto, hasta que el cuerpo llegó a la acera del edificio.

Realizada esta primera parte de su tarea, ató el extremo de la cuerda al atabe de la cañería de conducción del agua, y saltando a su vez por el parapeto, se deslizó hasta la calle. Llegado a ésta, con unos diestros tirones, logró desatar la cuerda del atabe y arrastró al bandido hasta el vestíbulo del hotel. Terminada su labor de salvamento, miró en torno suyo para ver en dónde era más urgente su ayuda.

"Miserias" y Teeny, ya dominada la situación, parecían bastarse a sí mismos. El sheriff oyó un grito como una explosión que venía de la calleja próxima a la taberna. Pete reconoció la voz de Jack Brown, el comisario de Valle de Grama, que apostrofaba a unos bandidos que estaban moliéndole a golpes.

Pete corrió hacia la calleja. En aquellas vías tan estrechas, los bandidos no se habían atrevido a hacer uso de las armas de fuego, ante el temor de fusilarse unos a otros, y atacaban al joven comisario a puñetazos y cuchilladas. Jack Brown, al ver a Pete, que acudía en su ayuda, lanzó un grito de júbilo y redobló su furia en la pelea contra sus atacantes.

Éstos dejaron de acosar a Jack y se revolvieron contra el sheriff. Pete empezó a golpear con ambos puños como verdaderas catapultas. El furor le hizo sacar fuerzas insospechadas de un cuerpo tan maltrecho como el suyo tras la descomunal batalla anterior.

¡Bam! Un gancho de izquierda a la altura del oído envió rodando a uno de aquellos granujas. Un paralizante directo al diafragma tumbó a otro antes de que pudiese hacer uso de su puño gigantesco.

Brilló un cuchillo al fulgor de las luces de la taberna y descendió en amenaza mortal.

Pete logró adelantarse al movimiento, y su puño derecho silbó en un certero golpe a la barbilla, que envió al asesino rodando a sus pies, mientras la hoja de acero tintineaba sobre la acera.

Jack Brown había derribado a uno de sus contrincantes. El que Pete golpeara en el diafragma continuaba sin sentido en el suelo. El tercer bandido trató de escapar, pero Pete le lanzó un terrorífico puñetazo, que le alcanzó detrás de la oreja. El bandido cayó de cabeza hacia adelante. Estaba fuera de combate.

Pete sacó las esposas del bolsillo.

-Póngales estas pulseras a esos hombres, Jack -dijo al comisario-. Yo voy a ver si “Miserias” y Teeny necesitan ayuda.

Cuando salió del callejón, vio que la batalla tocaba a su fin. Hacia el extremo de la calle sonaban algunos tiros aislados, lanzados por los jinetes en su huída.

“Miserias” y Teeny llegaban a grandes zancadas conduciendo a cuatro bandidos prisioneros. Otros tres yacían heridos en la calle y habían muerto cuatro caballos, aunque no por las balas de los comisarios, sino porque las pobres bestias fueron alcanzadas por los tiros cruzados de los bandidos. Dos de éstos estaban muertos.

Se habían extinguido ya las llamas en el gran almacén contiguo al hotel, y la hoguera formada al arder el tejadillo, sobre el pórtico de la tienda, la estaban apagando varios vecinos, arrojando baldes de agua para evitar que el fuego se propagase al Hotel Continental.

Los prisioneros fueron llevados a la cárcel y Pete hizo que los encerraran en distintas celdas, excepto al hombre que tanto le costara derribar.

Aquel individuo, de descomunales proporciones, dijo llamarse Ed Barth, y aunque había resultado ser un tremendo luchador, nada había en su rostro que denunciase en él al hombre viciado y corrompido.

Pete hizo que lo llevaran a la oficina del comisario y procedió a interrogarle.

-Vamos a ver, Barth -le dijo-, en su mano está el que su situación sea menos comprometida. Si usted contesta a algunas de mis preguntas, yo procuraré que el peso de la ley no caiga sobre su cabeza. Es necesario que hable si no quiere que lo ahorquen. La horca o los trabajos forzados es lo que le espera. Y es lástima, porque es usted joven y tiene muchos años de vida por delante. Conque, vamos a ver, ¿qué me dice?

-No puedo decirle gran cosa sobre mis compañeros -contestó Barth.

Se veía que empezaba a flaquear. Miraba en torno suyo con unos ojos muy abiertos, como un muchacho travieso.

-Sus compañeros quisieron matarlo, Barth, acuérdese -le recordó Pete-. Así es que no tiene por qué temer comprometerlos.

Barth se decidió a hablar por fin.

Vivía en Wild Cat Creek, según dijo, y era un rudo minero, mientras pudo hallar trabajo en su oficio. Durante varios meses arrastró una situación desesperada. Un día encontró en una taberna de Wild Cat a un individuo que le hizo una proposición tentadora.

-Me prometió cincuenta dólares -siguió diciendo Barth-, si les ayudaba en el tiroteo de esta noche en Valle de Grama. Aseguraba que no corríamos riesgo alguno, porque no había más que un comisario en la ciudad. Seríamos veinte jinetes e iríamos todos enmascarados. Y además, pagaba por adelantado...

-¿Y qué es lo que tenía usted que hacer por ese dinero?

-¡Oh, tirar unos cuantos tiros, pegar fuego a algunas casas... y escapar hacia una nueva vida!

Pete Rice mascaba concienzudamente una bola de goma. Su cerebro trabajaba en plena actividad. A cincuenta dólares por hombre, los veinte que habían tomado parte en la incursión habrían costado mil dólares. Si aquel hombre no mentía, la persona que sufragaba todos aquellos gastos debía esperar un beneficio bastante más grande de la intentona.

Y a Pete se le ocurrió súbitamente una idea. Volvióse hacia Jack Brown, el joven comisario, y le dijo:

-Jack, vaya a traerme al encargado del Banco local.

Cuando el joven Brown salió de la oficina, Pete siguió interrogando al prisionero.

-¿Cómo era el hombre que le alquiló?

-¡Oh! Era un hombre moreno, de mirada atravesada. Un tipo vulgar. No le había visto nunca hasta aquel día. Tenía una gran nariz y llevaba el bigote recortado. Dijo que se llamaba Carter.

-¿No se fijó usted en él si parecía ser de esta parte del país?

-Ahora que me lo recuerda usted, sheriff, no lo era. Más bien me pareció un hombre de la ciudad, o una especie de tahúr.

Pete siguió hablando con Barth hasta que regresó Brown. Venía acompañado de un hombre flaco, de edad mediana y que llevaba unas gafas descomunales El comisario se lo presentó como Mr. Ames, cajero del Banco de Valle de Grama. Pete era la primera vez que lo veía en su vida, pero Ames dio a entender desde el primer momento que había oído hablar mucho de Pistol Pete Rice. Le saludó cordialmente y cambió con el sheriff un vigoroso apretón de manos.

-Jack me ha dicho que usted deseaba verme, sheriff -dijo sonriente-. He oído todo el tiroteo, pero yo soy un oficinista y no un luchador. Vivo en una calle apartada y me he mantenido a cubierto, por si acaso. No puede decirse lo mismo de usted.

Al hablar así se refería a un reciente agujero de bala que lucía en el ancho sombrero gris de Pete Rice.

-Tal vez me equivoque, Mr Ames -dijo el sheriff-, pero se me ha ocurrido una idea mientras estaba hablando con este prisionero. El organizador de este raid sobre la ciudad pagó cincuenta dólares a cada uno de los veinte hombres que han tomado parte en él. No podía obtener un beneficio mayor que esa cantidad... a menos que pensase saquear su Banco.

El afilado rostro de Mr. Ames adquirió una palidez cadavérica y se rascó la cabeza pensativo, cuando Pete continuó:

-Me parece que el raid no fue otra cosa que una función para distraer a las gentes del verdadero objetivo. Mientras todo el mundo tenía concentrada su atención en el raid, un buen ladrón podía haber entrado en su Banco desvalijándolo. Creo que deberíamos ir a echar una ojeada por allí...

Ames estaba lívido. Su apretón de manos le había mostrado a Pete que se trataba de un individuo excesivamente nervioso.

El Banco de Valle de Grama, al igual que una docena de pequeños Bancos para auxilio de los ganaderos, existentes en la región de Trinchera, era un edificio de reducidas dimensiones, cuadrado, con unas barreras de hierro delante de sus puertas y con las ventanas enrejadas. Ames sacó un manojo de llaves y abrió las barreras y la puerta principal.

Hicks “Miserias” y Teeny Butler se quedaron afuera, en la puerta, para prevenir cualquier intento de agresión. Pete acompañó al cajero al interior del edificio y le ayudó a encender las luces.

Un segundo después, Ames experimentó un sobresalto.

-¡Es extraño! -murmuró.

-¿Qué es lo que es extraño? -le preguntó Pete, rápidamente.

-Dejé una carta sellada y con la dirección puesta en el sobre, aquí, encima de mi bufete -contestó Ames-. Me acordé de ella cuando estaba cenando y pensé venir a buscarla, pues debía salir en el tren de medianoche. ¡La carta ha desaparecido de mi bufete!

-¿No se equivocaría usted al pensar que la había dejado aquí?

-No me he equivocado, no. Estoy completamente seguro -afirmó rotundamente Ames-. Sé que la dejé sobre mi bufete.

-Pero alguna otra persona perteneciente al Banco pudo haberla cogido...

-Es imposible. Sólo el presidente y yo tenemos llaves del Banco. Anoche vi yo mismo al presidente salir para Tucson en el tren de medianoche y no ha regresado aún. ¡Yo soy el último que salió del Banco esta tarde!

Pete había fruncido el entrecejo.

-Creo que debería examinar el subterráneo donde tiene los fondos del Banco -dijo.

Mientras el cajero se dirigía hacia el subterráneo, Pete Rice se sentó ante el bufete.

-Por de pronto, no hay señales de fractura -dijo el cajero algo esperanzado.

Hizo girar los distintos botones de la cerradura de seguridad, tiró de una manilla y empujó la pesada puerta de hierro, penetrando luego en el subterráneo.

Pete, entretanto, mascaba goma y meditaba. Ames salió del subterráneo pocos minutos después. Apareció sonriente y ya completamente tranquilo.

-Ha sido una falsa alarma; me alegra poder comunicárselo -anunció gozoso-. Fue una buena idea de usted, sheriff, pero no falta absolutamente nada.

-¿Todo en su sitio?

-Todo. Ni siquiera está desarreglado. No se ha movido ni un penique. El efectivo, los títulos, las acciones, todo está conforme lo dejamos.

-¿Quiere usted decir que en el corto rato que ha estado ahí dentro ha tenido tiempo de contar todo el dinero?

Ames esbozó una sonrisa.

-Cada maestrillo tiene su librillo... Usted es un sheriff, no un banquero. No he contado el dinero. Los billetes están en fajos. El oro y la plata en saquitos y éstos sellados convenientemente. Estamos esperando al inspector del Banco, que llegará mañana. Es un hombre muy severo y lo hemos preparado todo esperándole a él.

Pete continuaba mascando pensativo.

-Y, sin embargo, usted ha admitido antes que alguien debe haber entrado en el Banco desde que salió usted de él esta tarde -recordó a Ames.

El rostro del cajero se ensombreció de nuevo.

-¡Pardiez! ¡Eso es lo que me intriga más! –contestó-. ¡Estoy seguro de que dejé esa carta en mi bufete!

Registró debajo del mueble, en los cajones, en todas partes y luego nerviosamente en todos los bolsillos de su traje.

-¡No está! –murmuró-. ¡Pero me apostaría mil dólares a que dejé esa carta aquí!

Los penetrantes ojos grises de Pete estaban inclinados hasta el suelo y miraban los relucientes zapatos del cajero.

-Bueno -dijo con suavidad-, bien está lo que acaba bien... A propósito, ¿cómo se llama el inspector que espera usted mañana?

-Van Loan -contestó Ames-. Es un hombre inflexible...

Pete hizo un movimiento imperceptible de cabeza. Van Loan era el nombre del individuo pequeñito a quien viera en unión del jefe de policía de los Estados Unidos, mister Mather, cuando llevaban detenido a J. Duane Mortimer, presidente del Banco de la Quebrada del Buitre.

El sheriff miró cara a cara al cajero y luego saltó a la calle con éste y sus dos comisarios. Al volver una esquina estuvo a pique de darse de bruces con un hombretón fornido, embutido en un frac llamativo y que parecía presa de gran agitación, como persona que corre más que anda apresuradamente. Aquel hombre era el coronel Jefferson D. Tempest.

-¡Sheriff! -vociferó excitadísimo el coronel-. ¡Le estaba buscando por todas partes! He sido robado. Aquellos malditos jinetes incendiarios y ladrones han demolido parte de mi tienda, me han desvalijado dos vagones y se han llevado mi caja de caudales.

Su voz tenía un tono plañidero.

-¡Sheriff, yo soy un anciano, y en ocasiones no soy tan afortunado, ni tan cuidadoso como debía de ser un empresario! ¡La mayor parte de mis ahorros estaban en esa caja de caudales! ¡Estoy arruinado, sheriff!

CAPÍTULO XII
LA LUCHA EN EL CÍRCULO DIAMOND

Pete prometió al coronel que haría cuanto estuviese en su mano para recuperar la caja de caudales, aunque no dejaba de reconocer que era tarea ardua lograr encontrar a los bandidos fugitivos.

Creía que era alguien muy inteligente quien había planeado aquel raid, y estaba completamente seguro de ello pocos minutos después. Los caballos de los bandidos fueron hallados formando una pequeña manada a una milla más o menos al Norte de la ciudad. Los jinetes habían resuelto, sin duda, continuar a pie su huída. Era indudable que se habrían separado tomando diferentes caminos y aun era posible que hubiesen regresado a Valle de Grama.

Pete Rice fue a visitar al coronel en su tienda a última hora de la noche, llevando consigo a Hicks “Miserias”. Una idea estaba bullendo en el cerebro del sheriff. Llevándola hasta el fin, podía recibir un tiro en la oscuridad, pero valía la pena de exponerse.

-Coronel –dijo-, voy a intentar recuperar su caja de caudales, pero he vuelto atrás, porque deseo que me haga usted un favor.

-Lo que usted quiera -contestó rápidamente el coronel-, y creo que usted lo sabe.

Pete hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

-Hay una porción de asuntos en la Quebrada del Buitre que reclaman toda mi atención. Tengo que volver allá. Yo desearía que uno de mis comisarios se diese una vuelta por varias de las ciudades de los alrededores, para ver si puede descubrir algunas pistas. Si pudiese usted llevar consigo a alguno de ellos...

-¡Con mil amores! -exclamó el coronel-. Mister Hicks es también un hombre entendido en medicina. Si viene conmigo formando parte de mis espectáculos, desde luego como anunciador, nadie sospechará que se trate de un representante de la autoridad.

El rostro de “Miserias” se tornó resplandeciente. En el fondo era un poco farandulero y siempre había envidiado a los charlatanes trashumantes, perorando a las multitudes desde la plataforma, invitándolas para una función.

-Esa es precisamente mi idea -dijo Pete a Tempest-. Lo que yo deseo es que nadie adivine la verdadera profesión de “Miserias”. Creo que puede usted emplearlo en algún trabajo provechoso.

-¡Pardiez! -exclamó “Miserias” alegremente-. ¡Voy a estar como el pez en el agua! Diga, coronel, ¿No cree usted que podemos pregonar a la vez sus remedios y los míos?

El coronel hizo un movimiento de cabeza harto significativo, pero el locuaz “Miserias” continuó, sin advertirlo:

-Tengo un “cura miserias” que es verdadera mano de santo. Poseo una receta que me dio un hechicero indio y que es facilísima... Vierte usted gota a gota un cuartillo del jugo de nebrina a través de dos onzas de harina pulverizada, y luego...

El coronel levantó las manos para cortar en seco aquel chorro de elocuencia médica de “Miserias”.

-Lo siento, pero no puedo consentir que en mi misma tienda se le haga la competencia a mi Tintura Tónica de Tempest, mister Hicks. Como usted verá, tenemos ya argumentos formidables para recomendar a todos mi tintura, con la que he obtenido resultados verdaderamente maravillosos.

Y adoptó una postura académica... o que podía serlo.

-Esta mágica medicina -dijo con el tonillo especial de los charlatanes de barraca-, es el remedio más eficaz del mundo para todo, hasta para la ofuscación de las arterias anteriores trepadoras, a consecuencia de la perniciosa jeringuilla. Nunca falla para aliviar radicalmente la computación chauvinista de las normas laterales. Ahora, voy a poner a su disposición unas cuantas botellas esta noche...

-¡Por todos los diablos! -le cortó en seco “Miserias”-. ¿De dónde saca usted esas palabrotas tan enrevesadas? ¿Qué quiere usted decir con ellas?

-Lo que yo busco es su redundancia -contestó el viejo charlatán-. ¡Significar, no significan nada!

-¿Pero cómo se las arregla para enristrarlas juntas?

-Las palabras las saco aquí y allá en el diccionario y luego procuro colocarlas de modo que suenen bien al oído. ¡Esas palabras me han vendido ellas solas miles de botellas de tintura! ¡Sí, señor!

-¿Entonces está arreglado, coronel? -preguntó Pete-. ¿Se lleva usted a “Miserias”como pregonero por esos andurriales?

-Por todo el tiempo que él quiera venir con nosotros -fue la rotunda contestación-. Mister Hicks vendrá conmigo para ayudarme a dar alegría y buenos apetitos -y para aliviarles el bolsillo, naturalmente, -a las multitudes dolientes. ¡Sí, señor!

“Miserias” regresó al Hotel Continental con el coronel y el sheriff. El barberillo comisario estaba como un colegial en el último día de clase antes de las vacaciones.

-Voy a ser un excelente propagandista de la salud para las gentes –decía-. Miradme ahora... ¡Escuchad la arenga!

Y cogiendo el frasco del té con sasafrás de Teeny Butler, se encaramó con él en la mano sobre una silla.

-Señoras y caballeros –vociferó-. Durante años y más años he estado sufriendo atrozmente de un loco caboco, y creo que todos ustedes saben que un duro padecimiento como ese es capaz de deshacerse de uno. ¿Y con qué me curé? ¿Con qué me curé, señoras y caballeros?

Teeny Butler le miró con disgusto.

-¡Creo que no existe en el mundo cura para chiflados como tú, verruga! –gruñó-. Sólo estando bebido se te pueden ocurrir semejantes majaderías.

-¿Y qué me curó a mí? -repetía el irreprensible “Miserias”-. Tres botellas de la Tintura Tónica de Tempest. ¡Sí, señor! Comprad una botella... y con seguridad que llamaréis al forense mañana. ¡Esto es admirable para todo, y además cura en poco tiempo! ¡Acordaos de que sólo se muere una vez!

El coronel Tempest reía hasta saltársele las lágrimas.

-Tendrá usted que cambiar algunas de esas palabras, Hicks -le dijo-, pero ha nacido usted para charlatán. Lo pensé así desde el primer día en que lo conocí.

-¡No sé cómo no te da vergüenza! -gruñó Teeny enfurecido-. ¡Viajando con una compañía de titiriteros y ensartando mentiras sobre esa Tintura!

-No son mentiras -insistió "Miserias"-. ¿Qué culpa tengo yo de que no seas un artista, hipopótamo? Soy un orador. Es como si fuese un actor. Lo que no puedes hacer tú, que ni siquiera sabes el valor de lo que dices.

El coronel llevó a "Miserias" a su tienda y lo emperejiló con las insignias de su nuevo cargo. El pequeño comisarlo-barbero, se vistió con una túnica de colores chillones, adornado con abalorios, que había pertenecido a un jefe apache. Una peluca trenzada con lazos negros dejaba caer una abundante cabellera sobre sus hombros. Una ancha cinta de piel de culebra de cascabel rodeaba su enorme sombrero de cowboy. Como un remate fantástico a esta indumentaria, se enrolló en la cintura la tira de cuero que terminaba en sus tres bolas metálicas. No faltaba en el atuendo de "Miserias" sus dos descomunales revólveres de seis tiros.

Pete esperó hasta bien pasada medianoche, cuando "Miserias" echó a andar con la caravana hacia la próxima parada, la ciudad de Hereford, una población de vaqueros situada unas pocas millas hacia el Este. Luego el sheriff montó en Sonny y emprendió el camino de regreso a la Quebrada del Buitre. El trote ligero de Sonny le llevaría allí poco después de amanecer.

Teeny Butler había emprendido el mismo camino algún tiempo antes. Pete envió con él un mensaje importante que debía entregarlo a mister J. Duane Mortimer, presidente del Banco de la Quebrada del Buitre, y era importantísimo el que se guardara por todos el mayor secreto.

Sin embargo, era necesario que Mortimer y Mather conocieran este secreto, en beneficio de la comunidad.

El amanecer empezaba a teñir de gris los alrededores de la Quebrada del Buitre a pocas millas hacia el Sur, cuando un jinete que llegaba a todo galope se combó como un gancho sobre su montura para detenerla. Era Curly Fenton, un cowboy de la Quebrada, muy amigo de Pete Rice.

Fenton era un ferviente admirador del sheriff. Este le había salvado una vez de las iras del populacho, que pretendía aplicarle la ley de lynch, en las cercanías de la ciudad de Mesa Ridge.

-¿Qué es lo que pasa, Curly? -le preguntó Pete.

Curly hizo dar la vuelta a su caballo y lo colocó junto a Sonny en dirección a la Quebrada del Buitre.

Por toda contestación, Fenton sacó del bolsillo un sobre amarillo.

-Ha llegado a tu casa este telegrama –dijo-. Esperé hasta muy tarde, pero cuando vi que no regresabas, creí que sería mejor que te lo llevara a Valle de Grama, a donde me dijo tu madre que habías ido con los muchachos.

-Gracias, amigo -contestó Pete, agradecido.

Y tomando el telegrama, lo abrió y empezó a leer su contenido. Era la contestación a la carta que enviara a los sastres de El Paso, acompañando la chaqueta del bandido muerto en los alrededores de la casa solariega de Wexford. Los sastres afirmaban que el traje que llevaba el hombre muerto por los lobos se lo habían vendido al jefe de policía y diputado por los Estados Unidos, Pat Mc Caslin. Según afirmaba su carta, Mc Caslin había sido enviado a averiguar el paradero de Ward Gish Endicott, un fotograbador de El Paso, que había desaparecido y que se temía hubiese sido secuestrado.

-¿Era importante, Pete? -preguntó Curly.

-Importantísimo, Curly -fue la contestación-. Compañero, si un hombre me confía un secreto, puede tener la seguridad de que me enterrarán con él. Por otra parte, yo no creo que le

haga ningún favor a un amigo confiándole ese secreto y, en cambio, si el secreto se descubre, el que lo ha confiado maldecirá toda su vida al amigo. ¿Me entiendes?

-No intento preguntarte nada - dijo Curly.

-Bien, yo tampoco contestaría a tus preguntas -contestó Pete-. Lo único que puedo decirte es que te prepares a ver cosas sorprendentes en la Quebrada del Buitre.

-Muchas cosas sorprendentes y ruidosas están pasando en la Quebrada en estos momentos -dijo Curly al sheriff-. En el mismo instante en que yo dejé la ciudad, Dave Marston te estaba buscando por todas partes para presentar una demanda legal contra Jim Bray.

Un relámpago de sorpresa pasó por los ojos grises del sheriff.

-¡Santo Dios! –exclamó-. ¡Eso es imposible! Nunca ha habido amigos tan íntimos como Dave Marston y Jim Bray.

-Ya lo sé -dijo Curly-, pero su amistad debe de haberse roto con toda seguridad. Cuando vio que no podía encontrarte en la ciudad, Marston se dirigió hacia donde se encontraba Bray. Decía que había cumplido con su deber tratando de someter a Bray a la ley, pero puesto que no había podido encontrarte iba a borrar a Bray de la lista de los vivos.

Pete espoleó a Sonny para apresurar la marcha. Algo le decía íntimamente, que la súbita querella entre Marston y Bray tenía algo que ver con los demás acontecimientos sangrientos que se estaban sucediendo en la Quebrada del Buitre. El sheriff había hecho un estudio detenido del crimen y de los criminales, y la experiencia le había demostrado, en múltiples ocasiones, que las cosas más insignificantes, al parecer, no eran más que una consecuencia de cosas de mayor importancia.

La última vez que viera juntos a Marston y Bray fue en la taberna “El Descanso de los Vaqueros”, de la Quebrada del Buitre. Aquel día los dos amigos estaban un poco alegres y Bray había anunciado su propósito de comprar el Rancho de Círculo Diamond, propiedad de Marston.

-¿Supongo que Marston se dirigirá hacia el Círculo Diamond, verdad? -preguntó Pete a su amigo el cowboy.

-Sí, iba galopando en esa dirección. Me parece que ahora poco más o menos debe estar llegando allí.

Pete espoleó de nuevo a Sonny. El Círculo Diamond estaba emplazado a una milla aproximadamente al Sureste de la Quebrada del Buitre. Pete quería intentar lo imposible para encontrarse allí antes de que estallara la pendencia entre los dos antiguos amigos, y así se lo dijo a Fenton.

-Yo iré contigo -se ofreció voluntariamente el cowboy.

Pero Pete le quitó la idea de la cabeza. Curly se había casado poco tiempo hacía con una hermosa muchacha de cara de sol y rubios cabellos y Pete no quería, si se disparaban unos cuantos tiros en el Círculo Diamond, que se quedase viuda tan joven la señora Curly Fenton.

A cerca de una milla al Sur de la Quebrada del Buitre, se separó de Curly y siguió, a campo traviesa, al Este. El camino hacia el Círculo Diamond era liso como la palma de la mano y Sonny parecía volar materialmente, vadeando los arroyos que encontraban al paso de un salto.

Desde bastante distancia antes de llegar al rancho, oyó Pete el estruendo de los tiros. ¡Luego la lucha había empezado!

Pete espoleó por tercera vez a Sonny y el alazán salió disparado como una bala hacia adelante.

A media milla de distancia, el representante de la ley cortó hacia la izquierda. Siguió corriendo por una especie de canal que rodeaba la finca y llevaba a la parte posterior de la casa del rancho. No quería que le viesen llegar. Bray y Marston eran unos buenos sujetos que

respetaban la ley y eran honrados a carta cabal en sus tratos, pero no vacilarían en arremeter contra cualquiera que se atreviese a intervenir en la lucha que estaban sosteniendo.

Pete dejó a Sonny en el canal, subió a la superficie y echó a correr hacia la parte trasera de la casa. El tiroteo se sostenía en la otra parte del edificio. Bray, a quien no tardó en descubrir el sheriff, estaba disparando desde el granero. Marston se había parapetado detrás de un vagón volcado, a cien pies de distancia.

-¡Ya te enseñaré yo si puedes estafarme, maldito fullero! -le gritaba Marston a Bray-. ¡Devuélveme mi propiedad o te atravesaré el corazón de un balazo!

Bray no contestaba más que a tiros. Pete vio saltar una astilla de una de las paredes del vagón que ocultaba a Marston.

-¡Quiero darte la ocasión de enmendar tu yerro! -aulló Marston-. ¡He regado con mi sudor, durante treinta años, la tierra de este rancho y gastado todos mis ahorros en edificar esta casa y no estoy dispuesto a dejarme engañar por un granuja!

¡Bang! ¡Bang!

Tras este pequeño discurso disparó dos veces seguidas hacia el sitio donde se hallaba Bray, pero éste estaba bien resguardado tras la puerta del granero. Los tiros hicieron saltar astillas de la madera. La contestación de Bray salió a través de las grietas de la puerta. El duelo se veía que era a muerte. Una bala cualquiera podía hallar el camino hacia el cuerpo de uno de los dos tiradores.

Los dientes de Pete rechinaban. Conocía perfectamente a los dos hombres. Dave Marston había sido un tiempo presidente del Consejo de la Quebrada del Buitre. Fue una verdadera fortaleza para defender los derechos ciudadanos y un defensor acérrimo del bien. Bray era un individuo honrado y afable. Excepto cuando estaba furioso, era incapaz de matar una mosca.

Y, sin embargo, los dos parecían atacados de un acceso de locura. De pronto Marston dejó escapar un aullido. Una bala había penetrado por un agujero del vagón, hiriéndole en un hombro. Un poco más abajo y le habría atravesado el corazón.

No había tiempo que perder. Comprendía Pete que no era el momento de convencer con discursos a unos hombres que estaban demasiado empeñados en una lucha a muerte.

El sheriff, procurando no ser visto, se arrastró hacia la trasera del granero. Por aquella parte no existía puerta alguna de acceso, pero Pete podía llegar al interior del granero a través de la puerta del henil, situada en el segundo piso.

Lanzó el lazo de su cuerda hacia el brazo de la polea por la que se izaban las balas de heno. Cuando la cuerda quedó sólidamente atada, se izó a pulso hasta llegar arriba.

Entró en el granero. Desató la cuerda de la polea y la enrolló en torno a su brazo. Mirando a su alrededor pudo ver una escala de troncos que llevaba hasta la planta baja.

El sheriff empezó a descender. La escalera estaba directamente expuesta a los tiros de Marston, y tan agujereada por las balas que parecía como si la hubiesen roído los picamaderos.

Una bala agujereó el ala derecha de los zahones del sheriff. La furia de los disparos de Marston le obligó a retroceder otra vez a lo alto de la escalera. Una vez allí, esperó hasta que Marston vaciara la recámara de su arma e hiciese un alto para cargarla de nuevo. Entonces, Pete bajó precipitadamente hasta el piso bajo.

Los dos contrincantes se dirigían uno a otro insultos soeces. Bray no era tan escandaloso, pero en cambio, disparaba con una puntería meditada seriamente. Apenas había puesto Pete pie en el granero, cuando Marston inició el fuego otra vez. La lluvia de plomo que entraba en el granero era verdaderamente terrorífica. Súbitamente Bray lanzó un alarido de rabia y de dolor. Pete le vio dejar caer uno de los revólveres y llevarse la mano al muslo, pero la herida sirvió sólo para aumentar su furor y, recogiendo otra vez el revólver caído, empezó a disparar a través de las grietas de la puerta con ambos 45 a la vez.

Pete se deslizó sin ruido, pegado a la pared, hasta hallarse a menos de cincuenta pies de Bray. Al principio había pensado precipitarse sobre él y derribarlo de un certero puñetazo a la altura del oído. Pero esto encerraba un riesgo inminente. El golpe podía arrojar a Bray entre una lluvia de balas. El ranchero podía ser más resistente de lo que suponía y no caer al primer puñetazo. Tal vez quedase aún útil para revolverse contra el sheriff, y Pete no quería matar a Bray, ni aun en propia defensa.

Cuando las armas hablaban de modo tan salvaje, las palabras resultarían inútiles. El mejor procedimiento era usar la cuerda que llevaba al brazo. El sheriff preparó el lazo y lo arrojó con su destreza habitual.

La cuerda silbó con rara precisión en el aire, yendo a caer precisamente sobre los hombros de Bray. Pete dio un vigoroso tirón.

Era un procedimiento un tanto violento pero indudablemente valía más aquello por duro que resultase que una bala atravesando un corazón. El tirón levantó a Bray tres pies del suelo y luego lo llevó hacia atrás a otros diez pies de distancia. Cayó de espaldas, con los pies en alto. El golpe que se diera al caer le hizo perder el sentido y soltó sus revólveres, pero antes de chocar contra el suelo lanzó un terrorífico chillido.

Este grito fue interpretado erróneamente por Dave Marston. El primer propietario del Círculo Diamond creyó que había herido mortalmente a su contrincante con uno de sus disparos.

Salió apresuradamente de su escondite y avanzó corriendo hacia el granero, pero sus sentimientos no eran de triunfo en aquellos instantes.

-¡Jim! -gritó, ansiosamente-. ¡Jim! ¿Estás mal herido? ¡Yo no quería herirte de muerte! Hemos sido amigos mucho tiempo. ¡Háblame, amigo mío, háblame!

Pero Bray yacía, sin sentido, a consecuencia del golpe dado contra el suelo. Estaba como muerto. Y así fue como lo vio Marston cuando se precipitó de un salto a través de la puerta, llevando aún en la mano su revólver humeante.

Pete estaba pegado a la pared, a uno de los lados de la puerta.

¡Crack!

Un soberbio directo a la mandíbula de Marston hizo rodar a éste como una pelota. El golpe había sido tremendo, pero si Pete usaba en tales momentos de procedimientos tan contundentes, era únicamente en provecho de Marston y Bray. El recién llegado pasaba en aquellos momentos por un acceso de histerismo, pero en tanto hubiese descubierto que Bray no había sido herido, seguramente se hubiera revuelto como una fiera y sus balas hubieran hecho blanco tal vez en el nuevo enemigo.

Antes de que los dos hombres volviesen en sí, Pete los había esposado cuidadosamente. Cuando al fin abrieron los ojos se miraron uno a otro y luego sus miradas convergieron sobre Pete.

-¿Qué es esto? -preguntó el furibundo Marston.

-¡Eso es lo que yo deseo saber! -contestó, indignado, Pete-. ¿Qué es esto de que dos viejos amigos se estén fusilando uno a otro? Los dos estáis ahora bajo la vigilancia de la ley.

-¡Suéltame! - vociferó Marston-. ¡No saldré de aquí ni a rastras, sin antes acabar de una vez con este sinvergüenza! ¡Lo haré aún cuando eso fuera lo último que hiciese sobre la tierra!

-No, tú lo que vas a hacer es algo más razonable, y de eso es de lo que vamos a hablar -le dijo Pete-. Deja las bravatas a un lado. Creo que los dos habéis llegado a una edad en que la razón se impone y las cosas pueden arreglarse entre vosotros sin necesidad de recurrir a los revólveres. Y ahora, vamos a ver, ¿qué es lo que ha sucedido? Explícate llanamente y conozcamos los hechos para ver quién tiene la razón.

Marston fulminaba a Bray con miradas de odio, y éste, por su parte, no le correspondía con gran benevolencia. Sus anchos sombreros estaban agujereados por las balas y sus vestidos mostraban las mismas señales de la lucha.

-Bien, voy a contar la verdad -decidió al fin Marston, mirando aviesamente a Bray-. Yo vendí el Círculo Diamond a este granuja estafador por setenta y cinco mil dólares. Vale más de esa cantidad, pero la sequía de estos últimos años ha hecho bajar el precio de las reses.

La rabia le impidió seguir hablando durante unos segundos. Luego continuó:

-Yo no quería venderlo, pero había prometido a mi mujer que al llegar el trigésimo aniversario de nuestra boda haríamos un viaje alrededor del mundo. Eso sería en agosto, pero ahora no podemos ir y todo por culpa de este granuja, al que he de hacer pedazos.

-¡Y yo te digo, grandísimo borrico -le interrumpió Bray-, que todas las acciones eran buenas cuando yo te las entregué! ¡Todas, grandísimo animal!

¡Acciones! Los ojos de Pete relampaguearon un segundo. Sabía ahora que aquella lucha tenía algo que ver con los acontecimientos que se estaban sucediendo en torno a la Quebrada del Buitre.

-Continúa, Marston -ordenó, con sequedad.

-Este grandísimo fullero me pagó en acciones -prosiguió Marston-. Las acciones del U.S. vencían en julio, es decir, cuando María y yo estábamos arreglándolo todo para partir para nuestra segunda luna de miel, ¡pero anoche me enteré en mi Banco de El Paso de que todas las acciones eran falsificadas!

Unos momentos luchó para librarse de las esposas y luego tendió sus puños amenazadores hacia Bray.

-¡Puedes encerrarme en un calabozo, sheriff, pero, en cuanto esté libre, te juro que he de escribir mi nombre con balas en el corazón de ese bandido!

Pete movió la cabeza en un signo de negación.

-No harás eso, Marston, porque Bray no es culpable.

-¿Que no es culpable? -exclamó, furibundo, Marston-. ¿Por qué no se lo traga el infierno?

-Ya sabrás por qué y no ha de pasar mucho tiempo -dijo Pete-. ¡Entretanto, tú y Bray vais a venir conmigo a la cárcel de la Quebrada del Buitre!

CAPÍTULO XIII
EL NUEVO CRIMEN

El sheriff desató dos caballos de la cuadra, los ensilló y embridó y se dispuso a llevar a sus dos prisioneros a la Quebrada del Buitre. Los dos subieron a los caballos hoscos y ceñudos, aunque comprendían que ambos se habían colocado fuera de la ley, bien que ninguno de ellos fuese un verdadero criminal. No hicieron resistencia alguna, pero Marston apremió al sheriff para que le diera detalles.

-Dime lo que piensas hacer, sheriff. Comprendo que no debía haberme metido en este lío de tiros, pero es que eso representa una fortuna para mí.

-Tendrás que esperar -le contestó Pete, mientras cabalgaban hacia la Quebrada del Buitre-. Es cuanto puedo decirte ahora, pero que te conste que lo hago por tratarse de ti y de Bray. Seguid adelante, muchachos, y dejadme el resto a mí.

Pete llevó a sus prisioneros camino adelante, mientras mascaba vigorosamente una bola de goma. Comprendía que aquello tocaba a su desenlace. Era lo que sucedía en todos los asuntos que en un principio se le antojaban misteriosos. Al principio parecían cosas

disparatadas, sin enlace y aún sin razón alguna; mas luego, por grados, la verdad iba saliendo a la superficie.

Aún había muchas fases en aquel misterio que no estaba muy a las claras para Pete, pero él continuaría adelante hasta que todo se pusiese en claro. Emplearía para ello sus oídos, sus ojos y su cerebro. Sospecharía de todos, pero no acusaría abiertamente a nadie hasta que estuviese completamente seguro de dónde empezaba el delito.

Ya en un principio, cuando Lem Hawkins fue atacado cerca de la casa solariega de los Wexford, Pete sospechó una falsificación, aunque sin poder precisar de qué clase. No se lo ocurría otra razón de que los bandidos hubiesen tomado la vieja casona como cuartel general; sin embargo, todas las piezas de convicción, desde que se despertara en él la primera sospecha, habían debilitado su primera teoría sobre los falsificadores.

Aunque Mather, el comisario jefe de policía de los Estados Unidos, lo hubiese negado, el arresto de J. Duane Mortimer estaba relacionado con la falsificación. Mather había dicho literalmente la verdad, pero lo había hecho de una manera evasiva. Pete sabía ahora que el arresto de Mortimer no tenía, efectivamente, nada que ver con una falsificación de moneda, pero sí con una falsificación de acciones. ¡Esta era otra cuestión!

Rápidamente, mientras seguía carretera adelante, Pete reunió todos los detalles de la evidencia de sus observaciones: Lem Hawkins había sido tiroteado por los bandidos de la casa solariega de los Wexford. Los bandidos se habían expuesto a grandes peligros por cerrar la boca de Lem para siempre. Llegaron hasta a enviar a un apache deslenguado para que los matase después de haber fracasado ellos en su primera intentona. El tiempo se encargaría de decir si Lem Hawkins estaba o no en connivencia con los bandidos. Su primera sospecha sobre la falsificación de acciones surgió mientras esperaba a que Ames terminase la visita de Inspección al subterráneo del Banco de Valle de Grama. Ames, después de todo un banquero, no había notado las huellas de pasos que iban hasta el subterráneo del Banco, pero Pete Rice, un sheriff rastreador, sí lo había notado. Alguien que no era empleado del Banco había abierto la caja de caudales subterránea. Sin embargo, Ames no había descubierto la falta de dinero.

Ahora sabía Pete Rice por qué. Los ladrones no habían ido allí en busca de dinero. Y esto no fue porque los ladrones no quisieran robarlo; la cantidad de dinero contante en esta clase de bancos era en realidad poco importante y los bandidos tenían un plan más sutil y provechoso que salir cargados con unos cuantos saquitos de monedas.

Robando dinero acuñado despertarían el furor de todos los habitantes de la región. Robarían acciones, ¡pero sustraer acciones legítimas y poner en su lugar otras falsas era algo completamente nuevo en los anales del crimen!

Podían transcurrir semanas y aún meses antes de que la substitución se descubriese. La cuadrilla podía repetir la misma operación con otros bancos. No habría ni descubrimiento, ni alarma. Sus cómplices, los falsificadores de la casa solariega de los Wexford, les abastecerían abundantemente de acciones falsas.

La mayor sospecha de lo que estaba sucediendo se despertó en Pete durante su estancia en el Banco del Valle de Grama, pero nada le dijo a Ames. No conocía a fondo a Ames; no estaba seguro de si era un hombre que supiese guardar un secreto. De haberle dicho algo, podía haber extendido la alarma fuera del Banco, Era mejor callarse.

Ahora parecía claro el por qué de los robos con escalo realizados en la Quebrada del Buitre. Los escaladores habían planeado, de acuerdo con los falsificadores, robar acciones legítimas en las casas de los hombres más ricos de la región y reemplazarlas con acciones falsas. Si lograban escapar bien de aquella hazaña, el robo podía no ser descubierto en meses y tal vez en años.

Eso mismo es lo que había sucedido en el caso de Marston y Bray. Bray era absolutamente honrado. Había pagado a Marston con acciones legítimas, pero la casa de

Marston había sido robada sin que él se enterase y substituidas las acciones buenas por otras falsas.

Sólo los inspectores del Banco de El Paso habían llegado a descubrir aquella falsificación tan diabólicamente preparada.

El sheriff entró en la Quebrada del Buitre por una calle de las afueras que llevaba a la cárcel. Era aún muy temprano y apenas si encontró a nadie en las calles que pudiese ver a Bray y Marston, a quienes dejó aposentados en celdas separadas. Tenía el propósito de libertarlos muy pronto, cuando todo estuviese en claro. Entretanto, era conveniente mantenerlos encerrados para que no pudiesen hablar con nadie.

Cada vez con más insistencia, seguía pensando Pete en el caso de Herbert Weimar. Era difícil acusar a Weimar de dedicarse a la falsificación de moneda, pero durante la época en que se dedicó a negocios de minería y de acaparamiento, había manejado en grande mercancías y acciones diversas. ¿No podría estar mezclado Weimar en este negocio de falsificación de acciones?

Weimar era un hombre acaudalado. Debía conocer todas las acciones en circulación en todos los bancos de la región y podía substituirlas por acciones falsas de todas clases.

Teeny Butler entregó al sheriff un telegrama en cuanto éste entró en su oficina. Era de un amigo íntimo de Pete, domiciliado en la ciudad, a donde dijo dirigirse Weimar. Decía así:

La persona, se prepara a salir de aquí. Telegrafía instrucciones.

Pete envió inmediatamente el siguiente despacho:

Si la persona va hacia el Este, averigua tren y telegrafíame. Stop. Si vuelve al Oeste, síguele rastro y averigua destino. Stop. La caja del distrito pagará gastos.

Cuando pocos minutos después se dirigió al Hotel Arizona para entrevistarse con el comisario jefe de policía Mather y el inspector de bancos Van Loan, lo hizo con el mayor sigilo. Atravesando la línea del ferrocarril, y se proponía entrar en el edificio por la puerta posterior en vez de hacerlo por la principal, destinada al público.

Cuando iba hacia la vía vio, llevando una maleta en la mano, a un hombre ligeramente encorvado. Era Lem Hawkins. Pete se puso en guardia.

-¿Preparado para algún viajecito, Lem? -preguntó.

Lem Hawkins hizo un gesto afirmativo.

-Sí. He sido tiroteado otra vez la última noche. Hay alguien por esta parte del país que, por lo que se ve, desea quitarme de en medio. No puedo continuar aquí más tiempo. Voy a coger el tren de las diez. Pasaré unas cuantas semanas con mi hermano. Ha comprado un rancho cerca de Flagstaff.

Pete procuraba por todos los medios no despertar las sospechas; ¿preparaba Lem, la huída del país por alguna razón sólo de él conocida?

-¿Cuál es el rancho de que es propietario su hermano, Lem? -preguntó.

-El rancho Pitchfork. Está aproximadamente a unas diez millas de Flagstaff.

Pete hizo una anotación mental de este nombre. Dentro de poco sabría si Lem Hawkins decía la verdad en aquel momento.

-Bueno, Lem, eso quiere decir que tenemos que echarle de menos en la Quebrada –dijo-, pero las gentes más populares son las que dejamos de ver lo bastante para hacernos desear el verles con más frecuencia. Deseo que su estancia en rancho sea venturosa, Lem.

-Gracias, Pete -agradeció Lem.

Y se dirigió hacía la estación del ferrocarril. Pete entró en la cocina del Hotel Arizona. El cocinero chino, un admirador entusiasta del sheriff, le dejó entrar por la escalera de

servicio. Pronto halló la habitación del comisario jefe de policía Mather, situada en el segundo piso. Llamó a puerta y, tras la contestación afirmativa, entró.

El inspector Van Loan estaba conferenciando con Mather y miró por encima de las gafas a Pete.

-¿Qué se le ofrece a usted ahora, sheriff? -preguntó Mather, con curiosidad.

-Mucho -contestó Pete-. Mr. Mather, creo que es mejor que trabajemos juntos. Ahora ya sé por qué encarceló usted a Mortimer, como sé también que tenía usted razón al querer guardar el mayor secreto sobre este asunto.

Y a continuación explicó cuanto sabía sobre la falsificación de acciones.

-¿Cómo lo ha adivinado usted? -preguntó Mather.

-Eso sería demasiado largo de explicar. Lo importante es que estoy enterado de todo. Ahora, señores, ya que ustedes desean que yo guarde secreto, a mi vez espero que ustedes lo guarden de lo que voy decirles. Hay una banda de falsificadores que están trabajando activamente a pocas millas de distancia de la Quebrada del Buitre.

Mather miró a Van Loan y Van Loan miró a Mather.

-¿Y usted ha fracasado en su captura? -preguntó Mather, con algo de acritud.

-Así es -admitió Pete-. Hay sus razones para ello, que ya se las diré a ustedes después. Ahora los falsificadores están haciendo acciones falsas. Por eso es por lo que yo pienso que Mr. Mortimer puede ser inocente y no haber cometido delito alguno. Los falsificadores entran en los bancos y en las casas particulares de personas acaudaladas, por supuesto, y substituyen por falsas las acciones legítimas. Puede ser que alguien desconocido para Mortimer haya entrado en su Banco y realizado esa operación.

-Es posible -concedió el inspector Van Loan-, como también lo es el que Mortimer tenga parte en esa falsificación, aunque, a decir verdad, no me preocupa la actitud de Mortimer.

-Ni la de unas cuantas gentes -contestó Pete-. Pero Mortimer puede ser un hombre tan honrado como usted. Él ni niega ni se defiende, porque no quiere que trasciendan los pormenores de este asunto. Él sabe que, de no obrar como lo hace, causaría serios perjuicios a su Banco.

-También es posible -admitió Van Loan-. Ahora bien, Mortimer puede, a pesar de cuanto usted dice, estar comprometido en la falsificación. Como usted puede ver, la Quebrada del Buitre tiene como fundamento de protección para sus dos mil y pico de habitantes, ciento cincuenta mil dólares en acciones al seis por ciento.

Y, para reforzar sus argumentos, sacó un papel del bolsillo.

-Esa cantidad está repartida casi por igual -continuó-, en acciones oficiales y acciones privadas, siendo tan estables estas últimas como las emitidas por el gobierno. En mi última visita de inspección, hace algún tiempo, estas acciones eran absolutamente legales. Ahora están muy lejos de serlo. Ha aumentado en mucho su cotización. ¡Oh, mucho! -añadió, con sequedad-. Pero son falsificadas. No valen un céntimo.

-¿Pero por qué razón sigue usted pensando que Mortimer sea un petardista? -preguntó Pete.

-Se lo diré. En su caja privada, en el subterráneo del Banco, hemos encontrado 25.000 dólares en acciones, ¡pero esas son perfectamente legítimas! ¿Qué es lo que he de pensar?

-Tengo una idea -dijo Pete-. Creo que encontrará usted muchos de los Bancos pequeños de la región en idénticas condiciones. Por ejemplo, estoy seguro de que en el Banco del Valle de Grama encontrará usted acciones falsas en lugar de las legítimas. Si ello es así, ¿no será una prueba más de que Mortimer tiene tanta culpa de este delito como el resto de los banqueros de la región?

Van Loan movió dubitativamente la cabeza.

-Estoy preocupado con este asunto dijo-. Creo que debemos dejarlo para cuando este trapisondista de Sharon Pell llegue aquí desde Mesa Ridge esta mañana. Entonces será el momento de seguir hablando de ello. Ya sabe usted que Mortimer envió por él para que lo defendiera. Mortimer puede permanecer callado, pero Pell es un picapleitos y hablará por los codos. Si la chismografía sobre este asunto favorece sus negocios, la noticia se extenderá como pólvora por todo el país.

Pete Rice hizo una mueca de desagrado.

-¿A qué hora debe llegar aquí Pell? -preguntó.

-Aproximadamente a mediodía. Viene ya galopando desde Mesa Ridge.

-Pell no debe llegar aquí. ¡No pase cuidado! -dijo Pete, ceñudo-. ¡Yo me encargo de que eso no suceda!

Van Loan le miró, severamente.

-¿Quiere usted decir que va a tenderle una celada, y a secuestrarlo? –preguntó-. ¡Pero eso va contra la ley, sheriff!

Pete dejó oír una, risita ahogada.

-Seguramente. Va contra la letra de la ley, pero si Pell consigue llegar aquí y habla con Mortimer, causará la miseria de esta región; luego, en interés de la misma justicia, es indispensable que Pell desaparezca durante unos días, los necesarios para que todas estas cosas se pongan en claro.

El sheriff se puso en pie.

-Y desde ahora, señores, vamos a trabajar de acuerdo en este asunto. Ni una palabra sobre esto. Hasta dentro de unos días no se puede hacer una expedición contra la casa solariega de los Wexford. Tengo mis razones para ello.

-¿Pero usted no querrá que se escapen los falsificadores? -preguntó Mather.

-No. Ya me ocuparé de eso. No creo que se les ocurra escapar, porque no tienen ni la más remota idea de que sepamos que son falsificadores. Si arrestamos ahora a los de abajo, perdemos a los cabecillas. Esperen ustedes unos días y cogeremos a los jefes y a los otros... ¿Quieren ustedes guardar silencio? ¿Está convenido?

Mather y Van Loan tendieron las manos a Pete y cambiaron un enérgico apretón en señal de conformidad.

-¡Perfectamente, caballeros! -dijo Pete-. Ustedes a esperar. Los acontecimientos van a sucederse aquí dentro de muy poco.

Terminada la entrevista, el sheriff ganó apresuradamente la calle para cambiar unas palabras con Teeny Butler. Éste debía arreglárselas de modo que Pell fuese secuestrado y desapareciese durante unos días.

La presencia de Pell en la ciudad podía ocasionar grandes trastornos. La gente se precipitaría sobre el Banco y esto pondría en guardia a los falsificadores. Pell tenía que desaparecer.

Esto no era legal, pero en este caso era un deber.

CAPÍTULO XIV
HICKS “MISERIAS” CHARLATÁN DE FERIA

Aquella misma noche, en la ciudad de Hereford, Lawrence Michael Hicks, comisario, barbero y ahora charlatán en los espectáculos del coronel Tempest, miraba sobre la inmensa multitud que le rodeaba y se preparaba a soltarles un discurso.

No sentía ningún escrúpulo en ensalzar a aquellas gentes las excelencias de la maravillosa Tintura Tónica de Tempest. La medicina no podía causar ningún perjuicio a los

que la tomasen, y como decía bien el coronel Tempest, el espectáculo acrobático compensaba con creces el precio pagado por el remedio a todos los males que se les ofrecía a aquellas gentes.

"Miserias" aparecía vestido con el llamativo indumento que le proporcionara el coronel. Como todos los barberos, era locuaz en demasía y le gustaba oír el sonido de su propia voz. Tenía una imaginación despierta y era un actor por naturaleza.

Llevaba su túnica de Comanche, atiborrada de adornos y abalorios, su colgante peluca y sus calzones de piel de ante con adornos llamativos. Muchos de sus oyentes miraron las bolas que rodeaban su muñeca y no se explicaban el contraste que aquello significaba. Los dos revólveres en sus caderas daban un aspecto dramático a figura, a pesar de lo ridículo de su indumentaria.

-Amigos míos -estaba diciendo Hicks "Miserias"-, a mí me ha interesado la medicina, desde que no era más que un muñeco.

Se oyó una carcajada contenida a duras penas, porque la verdad es que Hicks "Miserias" seguía siendo "un muñeco".

Hicks "Miserias", aclaró su garganta y tomó aliento.

-Es para mí un verdadero gozo, el daros a conocer una de las más sorprenderles medicinas que se han conocido, descubierta para devolver a las multitudes a alegría y la felicidad, ¡pardiez!

Estaba imitando al coronel Tempest, pero de cuando en cuando se le escapaba alguna de sus exclamaciones favoritas.

-Acababa de decirlo el famoso doctor Peter C. Kasimiri. Como ustedes saben es un doctor de... de Rusia. Si alguno de ustedes es de Rusia, conocerá perfectamente al doctor Kasimiri, y si alguna vez se encuentran al doctor Kasimiri, pueden preguntarle su opinión sobre esta medicina. Es la Tintura Tónica de Tempest, conocida en Rusia, en Alemania, en Inglaterra, en Irlanda, en Francia, y...

Eran estos todos los países de que "Miserias" se acordaba en aquel momento, por lo que aclaró una vez más su garganta.

-...y en todas las partes del mundo. Ahora he de deciros, que este magnífico y mágico remedio está hecho con la savia de planta del «Eutaw».. Voy a deciros ahora mismo algo acerca de él. Yo no he de alabaros este producto, cuyas excelencias cantan por sí mismas. Sus beneficios los podréis observar en la persona del profesor Civray, célebre en todo el mundo, el rey de los escapistas, el cual os entretendrá con sus maravillosas hazañas, que han causado el estupor de todas las testas coronadas del globo. Pero deseo recordaros que la Tintura Tónica de Tempest...

Se detuvo de pronto. Acababa de entrar la tienda un hombre enmascarado. El bandido apoyaba su mano izquierda en la culata de su 45. Algo centelleó en su mano derecha. Llevaba en ella un largo y reluciente cuchillo, una aguzada navaja de afeitar. Nadie había notado su presencia hasta que la hoja centelleó en el aire. Es decir, nadie lo había notado a excepción de Hicks "Miserias".

Los hombres huyeron, las mujeres lanzaron agudos chillidos y una muchacha sentada cerca del asesino se desmayó. Las gentes huían en todas direcciones.

"Miserias" era un actor improvisado. Seguramente no era de los más malos que habían pisado unas tablas, pero él había sido charlatán de feria sólo cinco minutos y representante de la ley durante años enteros.

Aunque había parecido completamente absorto en su nuevo oficio, sus ojos, subconscientemente, recorrían con detención la multitud, tratando de hallar rostros sospechosos, por lo que descubrió la presencia del bandido en el preciso momento en que éste se deslizaba dentro de la tienda.

El cuchillo voló en dirección a “Miserias” que esquivó el cuerpo hábilmente y el arma fue a clavársele en el pecho a un hombre pintado en el telón de boca del escenario.

“Miserias” saltó rápidamente de la plataforma. No echó mano a sus revólveres. No quería aumentar el pánico de las gentes.

El bandido corría alrededor de la tienda, tratando de escapar.

“Miserias” desenrolló las bolas de su muñeca y las lanzó al aire. Aquel arma terrible en sus manos, silbó como una rueda de tres radios.

Trazó una graciosa curva en el aire y fue a enredarse en las rodillas del bandido cuando éste trataba de ganar la puerta. Dos de las cuerdas de cuero dieron varias vueltas en las piernas del fugitivo y lo hicieron rodar por el suelo.

Pero el bandido logró libertar sus piernas antes de que “Miserias” llegase hasta él. La multitud dificultó el avance. Algunos de los más subyugados por su oratoria anterior, creyeron que todo aquello formaba parte de la farsa.

El bandido púsose rápidamente en pie y corrió hacia uno de los vagones adosados a una de las paredes de la tienda. Empuñaba sus dos revólveres.

¡Ka-zung-g!

Uno de los revólveres del facineroso vomitó una rociada de plomo. Una bala, atravesando por entre la multitud, fue a agujerear la cinta, de piel de culebra que rodeaba el sombrero de Hicks “Miserias”. Media pulgada más abajo y hubiera penetrado en el cráneo del barbero.

“Miserias” buscó a su vez abrigo, tras un fardo de lonas, y empezó a disparar contra su enemigo. Las balas salían como una granizada de detrás de las lonas embreadas. “Miserias” tuvo que arrancarse un jirón de su camisa, que empezaba a arder debajo del vestido.

La tienda estaba a oscuras y el barberillo apenas sí distinguía confusamente la figura del bandido. Tiraba a los fogonazos que relampagueaban en la oscuridad. Quería prender al bandido vivo.

-¡Harías mejor en rendirte, hombre! -le gritó el comisario-. No deseo matarte, pero no quiero que pongas en peligro las vidas de los demás con tus balas.

La contestación fue una sonora carcajada y una verdadera lluvia de proyectiles.

“Miserias” se dejó caer hacia atrás, lanzando un grito de agonía. Sus revólveres estaban vacíos y rápidamente procedió a llenar otra vez las recámaras.

El bandido se puso en pie detrás del vagón. Era evidente que creía haber matado al comisario, pero lanzó un grito de rabia cuando vio a “Miserias” levantarse. Los revólveres del comisario estaban preparados de nuevo.

-¡Ba-a-ram! ¡Bang!

El bandido fue el primero en disparar. “Miserias” se echó a un lado, cuando oyó gritar al bandido. La bala silbó salvajemente a través del espacio en que “Miserias” había ocupado antes. A su vez, apuntó su 45 al sitio de donde partían los fogonazos.

El bandido lanzó un rugido, y echó a correr hacia adelante, entrando directamente en la línea de fuego del comisario.

El hombre enmascarado vació sus revólveres sobre el barberillo, pero la muerte se cernía ya sobre él. Sus balas fueron a enterrarse en el montón de lonas embreadas. Y luego, el asesino cayó hacia delante cuan largo era. Estaba muerto.

La función siguió su curso. Los espectadores tardaron algo en acomodarse de nuevo, pero los empleados del coronel y la aparición de “Miserias” ileso, tranquilizaron al auditorio. La mayoría eran habitantes del Oeste primitivo y estaban acostumbrados a oír silbar las balas, por lo que se sentaron tranquilamente para presenciar las habilidades del escapista León Civray.

Terminada la función y cuando hasta la última monedita había salido de los bolsillos de los cándidos espectadores, “Miserias” ordenó que todos los componentes de la compañía de espectáculos fuesen con él a ver al forense, para intentar la identificación del muerto.

Era éste un hombre de músculos poderosos, como de hombre habituado a trabajos duros. En su rostro se advertían las huellas de una vida desordenada, y tenía el aspecto ordinario de los bandidos, opinión de “Miserias”, aquel individuo no tenía las piernas curvadas, de montar a caballo. Sin embargo, no estaba tostado por el sol del Oeste.

Los ciudadanos de Hereford fueron incapaces de identificarlo. Tal vez alguno de los empleados del coronel hubiese sido capaz de hacerlo.

-Deseo que todos ustedes lo miren bien -les dijo el coronel-. Este cadáver es el de un asesino. Si le han visto antes de ahora, díganlo, y les suplico que manifiesten la verdad en nombre de la ley y del orden.

Hubo un movimiento negativo unánime de cabezas. Aquel cuerpo iría al depósito judicial y de allí al cementerio sin nombre alguno.

El motivo de haber atentado contra la vida del pequeño comisario, no podía ser más claro, según el mismo “Miserias”. Los bandidos, los falsificadores habían descubierto que “Miserias” buscaba una pista y deseaban cerrar los ojos del barbero para siempre. El comisario no podía disimular su mal humor cuando al escribir aquella misma noche a su jefe, le decía que se consideraba incapaz de apuntar un solo indicio que sirviera para hacer luz en el asunto que tanto preocupaba al sheriff.

“Miserias” estaba siempre sobre aviso, y no cesaba un segundo en su vigilancia. Por la noche dormía bajo uno de los vagones, con los revólveres y las “bolas” al alcance de la mano. Sabía que por parte de los servidores del vagón en donde estaba instalada la cocina, tendría en todo momento ayuda y protección. “Miserias” no tenía el sueño profundo, sino muy ligero. Caía en una especie de amodorramiento tan leve como el de un gato montés y se despertaba en el acto, completamente despejado y con frecuencia con su misma impetuosidad característica.

A la mañana siguiente, “Miserias” creyó notar que su café tenía un sabor extraño. Escupió el sorbo que había bebido, pero teniendo cuidado de que nadie pudiese ver lo que hacía. No bebió el café. El circo estaba entonces en Cougar Hill. Un poco después echó la infusión en una botella y se la llevó al farmacéutico de la localidad.

Un análisis demostró que se había mezclado al café esencia de un hierbajo llamado torimo, un veneno activísimo y mortal, producto de aquella región.

La situación se complicaba. “Miserias” dedujo que algún enemigo debía de viajar con ellos en el circo. Aquella noche redobló su vigilancia, y por espacio de cuatro horas estuvo tumbado entre las mantas, debajo el vagón, con los ojos cerrados, pero despierto y alerta ante cualquier posible traición.

La noche siguiente se dio el espectáculo en Yuccaville. Durante el intermedio, “Miserias” supo por el coronel Tempest que la venta había aumentado en un veinticinco por ciento sobre lo ordinario. Esto significaba que “Miserias” representaba para el circo un valor de veinticinco dólares, ya que se había vendido al auditorio un centenar de dólares en medicina.

Otra vez vuelta a viajar. “Miserias” tenía que hacer siempre preparativos cuidadosos y secretos antes de tumbarse entre sus mantas. Visitaba el vagón de la cocina, que estaba siempre contiguo al vagón que escogía para dormir.

Aquella noche estaba “Miserias” muy cansado y se quedó dormido instantáneamente.

Cuando despertó creyó que sólo había dormido un segundo, pero hacía ya horas que cayera en su amodorramiento. Lo que le devolvió la conciencia de sus actos fue un resonante ¡ping! de un metal chocando con otro, y un ruido sordo, apagado, de alguien que corría.

“Miserias” estuvo alerta un segundo. Un rayo débil de luna envió un relámpago de claridad bajo el vagón. A aquel resplandor fugaz pudo ver el rostro perverso y contraído por el odio de Britton “Stake”, uno de los peones que montaban la gran tienda del circo.

Britton levantaba en alto un cuchillo pronto a dejarlo caer sobre la garganta de “Miserias”. El primer golpe lo había dirigido al cuerpo del barberillo, pero el arma chocó con un objeto metálico.

Esta era la razón por la cual “Miserias” visitaba todas las noches el vagón en que estaba instalada la cocina. Entre la manta que le cubría por encima y la que estaba en contacto con su cuerpo, había colocado una plancha curvada de acero, que empleaban en la cocina para proteger el maderamen de la hornilla.

Una de las manos de “Miserias” salió de debajo de las mantas empuñando sus terroríficas “bolas”. Las esferas metálicas fueron a chocar contra la cabeza de Britton a tiempo que el cuchillo iniciaba su descenso. La hoja acerada se clavó en el barro junto al cuello de “Miserias” rozando apenas la piel.

El peón había caído sin sentido. “Miserias” salió de debajo de sus mantas, echó a un lado la plancha de acero que resguardaba su cuerpo y sujetando las manos del asesino a la espalda, llamó al coronel Tempest, que tenía un vagón entero para vivienda.

-Coronel -le dijo “Miserias”, señalando al inconsciente prisionero-. Britton “Stake”, uno de sus hombres, ha tratado de acuchillarme. A no haber sido por esa plancha de acero que protegía mí cuerpo, yo sería ahora carnaza para buitres.

Tempest abrió unos tamaños ojos.

-¡Britton! -exclamó casi sin resuello el viejo charlatán-. ¡Pero si parecía un infeliz! Un excelente trabajador en el fondo. ¡Y ha intentado asesinarle! ¡Con cien mil bombas, esto es atroz! ¿Qué motivos podía tener? ¡Si ustedes no se han peleado nunca!

Las gentes acudían de todas partes. En torno al comisario, el coronel y el peón, que empezaba a dar señales de vida, se había apelotonado toda la troupe, Chan King y Sin Yuen, el hércules, Bear Chandpur, el mago, León Civray, el escapista, el contorsionista Fritz Helmstedt, los acróbatas, los artistas cómico-bailables y todos los peones del circo.

-Precisamente eso es lo que yo quiero saber; el motivo -gruñó “Miserias”.

El peón Britton “Stake” fue llevado a la gran tienda. Un trago de brandy le hizo revivir. Aparecía sombrío y ceñudo, negándose a hablar. Durante más de media hora le dirigió “Miserias” pregunta tras pregunta sin conseguir que despegara los labios, hasta que el diminuto comisario acabó encogiéndose de hombros.

-Está bien, caballero –refunfuñó-. Voy a llevarle a la cárcel. Allí le haremos sudar, se lo aseguro. Necesito saber quién le empujó a que me asesinara. ¡Hablará usted!

Y habló. En Yuccaville había una pareja de comisarios corpulentos. Britton “Stake” se resistió algo, pero al fin pensó que podía eludir en parte el castigo soltando un poco la lengua.

-Me dieron cien dólares en la Ciudad de Hereford por suprimirle a usted. Me figuré que era usted cosa segura...

-¡Ya! -dijo secamente “Miserias”-. Son muchos los hombres que se han creído eso, pero han tenido que reconocer su error. ¿Quién le pagó para que me matara?

-Me dijo que se llamaba Brownell -contestó Britton-. No le había visto nunca hasta entonces. Me dijo que me mataría si no cumplía mi promesa de suprimirle...

-¿Qué aspecto tenía ese granuja? -preguntó “Miserias”.

-¡Un aspecto lúgubre! Cargado de espaldas. Alto, manos finas. Gran nariz. Tenía un bigote recortado. Olía como si trabajase en una droguería.

Los ojos de “Miserias” centellearon. Aquella era la misma descripción que diera el bandido Barth del hombre que le contratara para llevar a cabo el raid sobre Valle de Grama.

Y “Miserias” había recibido secretamente una carta de Pete Rice. En ella le hablaba el sheriff de la desaparición de Ward Endicott, el fotograbador de El Paso. ¡Aquella descripción

coincidía perfectamente con la que de Endicott le hicieran al sheriff! ¡El olor a droguería sería sin duda el de los ácidos que empleaba en el fotograbado!

Hicks “Miserias” abandonó el circo ambulante aquella misma noche. Ya no era un charlatán de feria. Era de nuevo el comisario y tenía noticias importantes que comunicar a Pistol Pete Rice.

CAPÍTULO XV
LOS JINETES DE LA MUERTE

Había sus buenas ocho horas de camino entre Yuccaville y la Quebrada del Buitre, pero Caballero, el ágil y veloz ruano de “Miserias”, le llevó como en vuelo hasta la ciudad, en donde hacía su entrada pocas horas después de amanecer.

El intrépido comisario se dirigió directamente a informar de todo lo sucedido a Pete, con quien estuvo charlando una hora entera y al terminar su conferencia, se envolvió en una manta y se quedó dormido bajo una de las mesas de la oficina del sheriff.

Pocas horas después, estaba en pie lavado y cepillado, vistiendo su blanca chaqueta impoluta. Hicks “Miserias”, comisario y charlatán de feria, había vuelto a ser otra vez Hicks “Miserias”, el barbero de la Quebrada del Buitre.

Pete Rice pasaba mucho tiempo aquellos días con el comisario jefe de policía de los Estados Unidos, Mather y con el inspector de bancos Van Loan. Por razones particulares, Pete había puesto secretamente en libertad a J. Duane Mortimer. El banquero no había vuelto a su banco, dejando en él un sustituto, de momento y fue a instalarse en la casa de un rancho, a pocas millas de la Quebrada del Buitre. Era demasiado avispado para no comprender que se le vigilaba, pero se negó resueltamente a hablar hasta haberse entrevistado con su abogado Sharon Pell.

Pero Pell, el picapleitos de Mesa Ridge, se había visto “detenido” en su viaje a la Quebrada del Buitre. Estaba prisionero en la cabaña de un cazador amigo del sheriff. Cuando las cosas se hubiesen puesto en claro, Pell pondría el grito en el cielo, protestando de las indignidades que se habían cometido con él, pero eso ya se arreglaría entonces. De momento, lo importante era que Pell fuese inofensivo.

Pete Rice se paseaba aquella tarde por la estación del ferrocarril. Estaba esperando el tren que llegaba del Este a las 4.18, pues según telegrama de su amigo, Herbert Weimar debía llegar en dicho tren.

Y, efectivamente, Weimar descendió a la hora indicada del convoy.

Le pareció a Pete que se rodeaba de un algo de reserva. Apenas si saludó al sheriff con una inclinación de cabeza. Luego él y su señora echaron a andar hacia su lujoso carruaje. El criado mejicano guió los caballos hacia su residencia habitual, en el rancho.

Pete estuvo contemplando el vehículo hasta que desapareció envuelto en una nube de polvo.

¿Por qué se había mostrado Weimar tan vehemente al ocultar la existencia de habitaciones secretas en la casa solariega de los Wexford? ¿Tenía algo que ver el regreso de Weimar con la estancia en la ciudad de un comisario jefe de policía de los Estados Unidos?

El sheriff tenía todos los hilos en la mano. No se le pasaba nada por alto.

Aquel asunto tan embrollado podía significar su muerte, pero si él moría, Teeny Butler y Hicks “Miserias”, llevarían el asunto adelante y si ellos morían a su vez, amigos muy confidenciales de Pete Rice entregarían a los falsificadores a la justicia.

Uno de estos amigos era Curly Fenton. Curly y varios amigos suyos habían sido enviados a vigilar la casa solariega de los Wexford. Los falsificadores no habían escapado

aún, lo que demostraba que no sospechaban nada todavía. Estaban en la creencia de que nadie podía arrojarlos de su escondite en la vieja casona a no ser prendiéndole fuego. Seguirían allí hasta que Pete Rice los prendiese.

Pete había conferenciado con Sam Hollis y José Pride, cuyas casas habían sido robadas pocas noches antes.

Ambos habían ido a su oficina, situada a la trastienda de la barbería de Hicks "Miserias".

-Tengo una idea, amigos -les dijo Pete-. Es posible que los ladrones que les visitaron a ustedes aquella noche pudieron llevarse algo.

-No lo creo -contestó sonriendo Pride-. He mirado en mi caja de caudales y no me falta nada.

-A mí tampoco -dijo Sam Hollis.

-¿Tenía alguno de ustedes acciones en la casa, amigos míos? -preguntó Pete.

Se comprobó que los dos tenían acciones.

-Entonces, el ladrón pudo apoderarse esas acciones y dejar en su lugar otras falsificadas -les dijo Pete-. Tengo mis razones para sospecharlo así.

-¡Por las barbas de Satanás! -exclamó Sam Hollis.

Pride lanzó un grito de estupefacción.

-Es posible, desde luego, sheriff. Pero me cuesta trabajo creerlo-dijo-. He estado examinando mis acciones anoche y me han parecido corrientes.

-Una buena falsificación nos engaña a la mayoría -siguió diciendo Pete-. Yo poseo algunas de esas acciones falsas en mi poder y puedo ir a sus casas y compararlas con las que poseen.

-Por mi parte no tengo inconveniente, si usted lo desea -contestó Pride-. Venga esta noche a casa. Puedo venir a recogerle entre seis y siete. Se vienen conmigo y cenaremos juntos.

-Estoy demasiado ocupado para ir a comer fuera. Mejor es que venga a buscarme entre ocho y nueve -contestó Pete después de darle las gracias por su invitación.

-Estaré aquí, con toda seguridad, a las ocho y media. Perdonen que no les dé la mano.

Y con una sonrisa les mostró sus manos vendadas. Luego salió de la oficina.

José Pride pasó a recoger a Pete Rice, en la oficina de este último a las ocho y media y se dirigieron hacia el domicilio de aquél, situado a corta distancia de la ciudad.

-¿Ha comprobado usted si algunas de las acciones de Sam Hollis son falsificas? -preguntó Pride al sheriff.

-Lo son -contestó Pete-. Sam perderá de cuatro a cinco mil dólares si yo no cojo a los falsificadores.

Pride silbó entre dientes y miró a Pete de una manera extraña.

-Comprendo –dijo-. Ese Herbert Weimar ha regresado a la ciudad hoy.

Pete le miró sorprendido.

-¿Por qué se le ha ocurrido pensar en Weimar, Mr. Pride?

-¡Oh, por nada de particular! Por mera casualidad. Parece que Weimar está correteando mucho por los alrededores. Es un hombre muy desgraciado, y a mi modo de ver no ha vuelto a ser el mismo desde que fracasó en sus deseos de llegar a la senaduría.

El camino cruzaba ahora a través de un espacio sembrado de árboles aquí y allá. El hermoso par de bayos de Pride marchaban a paso moderado.

-Antes de mucho voy a hacer una redada de todos esos falsificadores -empezó a decir Pete Rice-, y cuando lo haga...

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Una bala de rifle atravesó la copa del ancho sombrero de Pride. Otra silbó sobre la cabeza de Pete y la tercera se estrelló contra el tronco de un árbol.

Pete se apoderó rápidamente de las riendas y detuvo en seco a los caballos. Luego, antes de que llegase otra bala, alzó en vilo el cuerpo de Pride y saltando de la calesa lo dejó caer tras un achaparrado, tendiéndose él a su lado. Empuñó entonces sus 45 y disparó dos veces rápidamente hacia los árboles, detrás los cuales habían partido los disparos del rifle.

-¡Estése quieto! -dijo a Pride-. ¡Manténgase oculto!

Luego Pete saltó de su refugio y corrió a refugiarse tras el tronco de un roble, pasando desde éste a guarecerse tras un pino.

Cinco minutos después estaba de regreso.

-No he podido ver un alma –dijo-. No puede encontrar ninguna pista en esta oscuridad. ¿Tiene usted algún enemigo por esta parte, Mr. Pride?

Pride hizo un movimiento negativo.

-No, que yo sepa –contestó-. Esos tiros tal vez iban dirigidos contra usted, sheriff.

-Pero uno de ellos estuvo a punto de alcanzarle a usted. Yo...

Súbitamente cogió en sus brazos a Pride y lo sacó de su escondite.

-¡Vaya un favor que iba a hacerle! -dijo vituperándose a sí mismo-. ¡Mire dónde le había dejado!

Y señalaba hacia el achaparrado de maleza y árboles en donde había escondido a Pride.

-¡Santo Dios! ¡Plantas venenosas! -exclamó Pride-. ¿Nos habrán picado a los dos? -añadió temeroso.

-No lo creo -contestó Pete-. Da la casualidad, en cuanto a mí, de que estoy inmunizado contra esas picaduras, pero no le sucede a usted lo mismo. Déjeme que guíe la calesa hasta la barbería de “Miserias”. Tiene una loción especial para estos casos y hará que se la aplique a usted inmediatamente.

-Como usted quiera, sheriff, tengo alguna confianza en los remedios del comisario “Miserias”.

Saltaron ambos al interior de la calesa y Pride dirigió ésta hacia la ciudad a toda velocidad.

“Miserias” se dispuso a obrar inmediatamente.

-Dejadlo al cuidado del viejo doctor Hicks –dijo-. Si hubiese nacido indio, hubiera sido un segundo Kiowa en medicina. No se preocupe, Mr. Pride. ¡Venga aquí! Déjeme quitarle la chaqueta.

Quitó la chaqueta a Pride, le hizo sentarse en el sillón y empezó su trabajo.

-Esta pócima mía no tiene que ver nada con la que tanto recomienda el viejo charlatán del coronel Tempest y que dice extraer de la planta “Eutaw”. Esta medicina no lo cura todo como aquélla, sino lo que debe curar.

Durante algunos minutos estuvo untando con su loción al presunto envenenado. Pete Rice miró al fin su reloj de plata.

-Cuando hayas terminado con Mr. Pride, acuérdate de que tenemos otra tarea que hacer -le dijo al barbero-. Mejor será que cierres la barbería.

Y volviéndose hacia Pride, añadió:

-Tendremos que dejar para otra ocasión el ir a su casa para examinar esas acciones. Mis comisarios y yo tenemos ahora un trabajo especial.

“Miserias” terminó rápidamente su trabajo con el presunto envenenado y no quiso cobrar nada por ello.

Parecía que para él el mayor beneficio era haber realizado aquella cura.

-Dése usted una vuelta por aquí mañana, Mr. Pride –dijo-, y veremos el efecto de la medicina. Estoy por apostar que la acción del veneno resultará nula.

Una hora después, Hicks “Miserias” se convirtió otra vez en comisario. Sus 45 estaban en sus pistoleras y sus “bolas” iban enrolladas en la perilla de su silla de montar. Cabalgaba

entre Pete Rice y Teeny Butler y sus ojos azules centelleaban ante la promesa de próximos acontecimientos.

El trío se dirigió hacia la meseta de Dutch Oven. Era cerca de la medianoche, cuando llegaron a la cima.

Allá a lo lejos, hacia el Este, los lobos lanzaban sus aullidos siniestros a los cielos, cubiertos en parte por densos nubarrones. La luna y las estrellas habían desaparecido tras las nubes. Era una noche desapacible aquella, en lo alto de la meseta de Dutch Oven.

Pete estaba decidido a dar aquella noche un ataque a fondo. Él y sus comisarios se habían provisto de hachas afiladas que pendían ahora de los lados de sus sillas. El sheriff quería esperar hasta la medianoche, para ver si sorprendían a alguno de los confiados falsificadores y le hacían caer en la trampa. Si nada ocurría en aquel intervalo, Pete había decidido el ataque a la casa. Él y sus comisarios derribarían las paredes hasta encontrar las habitaciones secretas.

Mientras esperaban, permanecían inactivos. Se sentaron en el suelo entre la maleza y empezaron a hablar en voz baja.

-¿Crees que ese Ward Endicott es el que hace las planchas para las acciones falsificadas? -preguntó “Miserias”.

-Estoy seguro de ello -contestó Pete-, pero no estoy completamente seguro de que sea él solo. Me he procurado uno de los anuncios de Endicott, que me han enviado desde El Paso. Este anuncio en cartulina ha sido grabado por Endicott. He llamado a un técnico de Phoenix para el grabado de la cartulina con el carácter de letra de las acciones falsificadas del Banco de Valle de Grama.

-¿Y es igual? -preguntó Teeny.

-Sí, pero no es igual al carácter de letra de las acciones falsas encontradas en el Banco de la Quebrada del Buitre. Por eso me figuro que debe haber más de un grabador práctico entre los falsificadores.

-¿Y cómo pueden decir que el trabajo está hecho por dos hombres distintos? -preguntó Teeny.

-Te lo diré -contestó Pete-. El grabar es como el escribir a mano. No hay dos grabadores que trabajen lo mismo, al menos a los ojos de un técnico. Y algunos de ellos tienen procedimientos distintos que saltan fácilmente a la vista de los que entienden de eso. Estos dos, tienen esas diferencias.

Pete se cansó de esperar.

-Si esos bandidos no quieren caer en nuestra trampa, iremos por ellos -decidió al fin-. Dejadme ver si puedo asustar a esos zorros y hacer que se descubran.

Se puso en pie y fue andando hasta el extremo del bosquecillo. La luna rasgó en aquel momento las nubes y su luz iluminó al sheriff. Estaba en aquellos momentos expuesto a ser visto por sus enemigos, pero no dio un solo paso hacia atrás para guarecerse en la sombra. El viento rugía y silbaba a través de la vieja casona.

-¡Eh, los de dentro de la casa! -gritó, siendo su voz llevada a distancia por el viento-. ¡Os tengo cogidos! ¡Os doy cinco minutos para salir! ¡Es mejor para vosotros que os rindáis!

El sheriff repitió su demanda. Luego se dio cuenta de que estaba ocurriendo algo hacia el Este. Los lobos habían cesado súbitamente en sus aullidos. Reinaba un silencio absoluto en la selvatiquez, sólo turbado por el viento.

Pete se tendió en el suelo y pegó el oído suelo. Era un método indio de descubrir la aproximación de jinetes. El sheriff oyó un sordo thumpety - thumpety - thump. Esto explicaba por qué habían cesado los lobos en sus aullidos.

-¡Muchachos, dentro de poco tendremos visitas! -anunció Pete a sus dos comisarios-. Creo que es mejor que les vayamos al encuentro. Están en la meseta.

“Formaremos un comité de investigación. -Montaron a caballo y cabalgaron por el espacio despejado que se ofrecía ante ellos. Pete miraba fijamente hacia delante. Esperaba que algún tirador oculto disparase sobre él y de ser así, podría ver en qué parte de la casa estaban ocultos los bandidos. Pero nadie disparó.

Los tres comisarios galoparon por el bosque hacia el Este. El rumor de los jinetes que se aproximaban eran cada vez más distinto. El sheriff ordenó un alto. Él y sus hombres dirigieron sus caballos en la oscuridad hasta colocarse bajo algunos pinos elevados.

Los jinetes aparecieron a su vista. Pete escudriñó en la oscuridad. Podía tratarse de algún grupo de falsificadores que regresaban a su casa, o con más seguridad, de los distribuidores de acciones falsas que volvían después de haber realizado una de sus operaciones de substitución.

Sobre el grupo de jinetes, cayó de pronto un rayo de luna y Pete dejó escapar un grito de sorpresa.

-¡Por todos los diablos! -exclamó Hicks “Miserias”.

¡Los jinetes eran cuatro, todos vestidos de negro y cada uno de ellos llevaba sobre los hombros una calavera!

Sus vestiduras negras se confundían con la oscuridad que los rodeaba.

Parecían cuatro calaveras fulminando una mística sentencia de muerte.

CAPÍTULO XVI
¡SOCORRO! ¡PETE RICE!

Pete descolgó su lazo de la perilla de su silla.

-Prepara tus bolas, “Miserias” –gritó-. ¡Listo tu látigo, Teeny! Casi son uno por cabeza. Va a ser una tarea fácil.

La vibración del golpear de los cascos contra el suelo, hizo abandonar a los pájaros sus nidos. Las gallinas moteadas de aquella llanura llegaron aleteando ruidosamente en su fuga, hacía donde se hallaban los tres comisarios.

Sus frenéticos graznidos soliviantaron al gigantesco pura sangre bayo de Teeny Butler, que tan dócil era de ordinario a su corpulento jinete. Pero aquellos imprevistos graznidos le habían alterado los nervios.

Teeny acarició al pura sangre en el cuello, trató de contener al asustado animal, pero así que las gallinas de la pradera se metieron entre sus patas, el gigantesco caballo se encabritó y lanzó un bufido.

Aquello significaba un peligro evidente para Teeny Butler. Su caballo, con aquellas maniobras, le exponía como blanco a las balas. Por su parte, los jinetes de cabeza de calavera habían detenido sus caballos en seco. Los revólveres relucieron a la luz de la luna y una mortífera andanada de balas cayó sobre los representantes de la autoridad. Teeny Butler escapó de una muerte segura por una pulgada de diferencia.

Los tres comisarios contestaron con una descarga cerrada. Obedeciendo órdenes de Pete, sus comisarios disparaban alto. Del grupo de jinetes enmascarados partieron gritos de alarma. Hicieron girar sus monturas y trataron de huir, pero se volvieron en sus sillas para seguir disparando. Llovían balas por todas partes.

El sheriff dio a Sonny un desacostumbrado espolazo, y el veloz animal se lanzó a un galope desenfrenado, que cortó considerablemente la distancia entre Pete y los fugitivos Los caballos de Teeny y “Miserias” le siguieron.

-¡Os tenemos rodeados! ¡Deteneos! -gritó Pete Rice.

Pero los caballeros de la noche, lejos de hacer caso de sus órdenes, apresuraron el paso de sus monturas. Un tiro silbó en los oídos de Pete como el zumbido desagradable de una abeja.

La larga cuerda del sheriff silbó en el aire. El lanzamiento fue preciso. El lazo flotó en el aire a unos diez pies por delante del bandido, cuyo caballo le arrastraba hacia él inevitablemente.

Pero si hermosa fue la precisión del movimiento de Pistol Pete Rice, no lo fue menos la del bandido. En vez de hurtar el cuerpo al lazo, soltó sus pies de los estribos y los apoyó en la silla de su caballo. Instantáneamente, el bandido balanceó en alto sus rodillas.

El sheriff había detenido en seco a Sonny. Rápidamente tiró con fuerza del lazo, pero el otro le dio una sorpresa.

El bandido tiró a su vez con fuerza de la cuerda que enlazara sus rodillas, en el mismo instante en que Sonny clavaba sus pezuñas en el suelo y curvaba sus ancas en la parada. El tirón vigoroso e inesperado del jinete de la muerte arrancó a Pete de la silla y el sheriff chocó violentamente contra el suelo.

El golpe dejó a Pete sin respiración, pero no le desposeyó de sus dos 45, aunque no tuviese ocasión de hacer uso de ellos. El bandido se soltó fácilmente de la cuerda que sujetaba sus piernas y se precipitó sobre el sheriff, hundiéndole las rodillas en el estómago. A no ser por la fuerte constitución de los músculos de su diafragma. Pete podía haber quedado muerto o seriamente lastimado.

El efecto paralizante del impacto hizo que el sheriff soltase las culatas que hasta entonces mantuviera empuñadas y fue incapaz de volverlas a empuñar antes de que una rociada de golpes cayera sobre él. Pete experimentó la sensación de que esta siendo aplastado por una apisonadora. El bandido era un terrible golpeador.

Pete, en un descuido de su contrario, logró asestarle un terrible puñetazo a la mandíbula. El golpe aturdió al bandido lo bastante para que el sheriff consiguiese ponerse en pie. Entonces ambos se enzarzaron en una descomunal contienda.

En el momento en que Pete había arrojado su lazo, otro de los bandidos se volvió hacia atrás en la silla para disparar contra “Miserias”. El barbero le arrojó sus “bolas”, que alcanzaron al caballo un poco por debajo de las corvas.

El animal dejó escapar un relincho de dolor y cayó con las cuatro patas en alto, dando una vuelta de campana completa y arrojando a su jinete dentro de un chaparral, a veinte pies de distancia.

El bandido quedó inmóvil después de su caída, con el cuello retorcido.

Teeny también había entrado en acción. Su látigo silbó como la bala de un rifle y de la mano de uno de los bandidos, con la estupefacción consiguiente, voló por los aires un revólver. Un segundo después, el comisario fue él sorprendido a su vez.

El bandido lanzó un aullido, y soltando los pies de los estribos, se encaramó sobre la silla de un salto como un proyectil disparado por una catapulta sobre el atónito Teeny. La cabeza del bandido fue a chocar en el estómago del comisario. Teeny cayó de la silla y el bandido sobre él.

Los cuatro jinetes de la muerte habían disparado sobre “Miserias”, en el preciso instante en que éste arrojaba sus “bolas”. El barbero cayó a tierra y su cabeza fue a chocar contra el suelo, quedando aturdido por el golpe.

Pete y su contrincante estaban enfrascados en una lucha cuerpo a cuerpo, peleando como dos lobos hambrientos. El manto negro del bandido, rasgado en la contienda, dejó al descubierto sus hombros poderosos y unos músculos arracimados como serpientes bajo su piel de seda. El sheriff comprendió que aquel hombre no era un bandido ordinario. Su constitución física era perfecta, así como su resistencia y su dureza.

¡Thud! ¡Thud!

El bandido cargó sobre su enemigo con ambos puños a la vez. Un izquierdo furibundo a la mandíbula y un golpe como un cañonazo en el plexo solar, aturdieron a Pete hasta el punto de paralizarle el uso de los brazos. Aquello duró un segundo, pero fue lo bastante para que el bandido tuviese tiempo suficiente de asestar un puñetazo como un mazazo a la barbilla del sheriff. Pete se tambaleó sobre los talones y dio tres o cuatro traspiés, oscilando el cuerpo a un lado y otro. Estaba groggy y completamente a merced de un golpe mortal de su enemigo.

La mirada, turbia de Pete pudo aún distinguir a uno de los bandidos apuntando a "Miserias", sin sentido en el suelo. El miedo de que matasen a su comisario y la rabia, aclararon los efectos del golpe que recibiera un minuto antes.

Pete dirigió un mortal derechazo a su hasta entonces triunfador enemigo. El golpe alcanzó a éste de lleno entre los dos ojos. El bandido no cayó, sino que aun se mantuvo en pie, pero bamboleándose y manoteando en el aire.

Pistol Pete corrió en ayuda de Teeny que estaba sosteniendo una lucha salvaje con uno de los bandidos. No había tiempo de llegar hasta el otro asesino antes de que disparase sobre "Miserias". Pero tenía que ver, impotente, como aquel hombre oprimía el gatillo.

-¡No tires! –vociferó-. ¡A él no! ¡Cógelo vivo! ¡Dispara sobre el otro!

El bandido volvió la cabeza. Vaciló instintivamente al oír las palabras del sheriff. En la enorme confusión del momento, aquel hombre no tuvo la suficiente presencia de ánimo para comprender que el sheriff había gritado para distraer su atención. Al volverse se dio cuenta de su error y volvió su revólver contra Pete Rice.

Éste había calculado aquel movimiento y no desperdició la ocasión. El bandido estaba de rodillas. El sheriff dio un salto. Sus pies se alzaron del suelo algunos palmos. El asesino disparó, pero erró el tiro. El rufián a quien Pete había dejado atontado poco antes, agitó sus manos en el aire, aulló algo en una jerigonza incomprensible y cayó de bruces. La bala destinada a Pete Rice le había atravesado de parte a parte.

El sheriff se precipitó como un alud sobre el hombre que acababa de disparar. El bandido miraba con espanto a su compañero que acababa de caer.

Pete dio un salto prodigioso y su izquierda cayó como una maza sobre la parte posterior de la oreja de aquel hombre que cayó de cabeza como un fardo.

Teeny Butler había logrado, entre tanto, incorporarse y de un soberbio derechazo a la mandíbula, dio buena cuenta de su enemigo. Cuando Teeny acometía en tromba, sus enemigos o caían redondos o alzaban el brazo para rendirse. Y éste era el caso ahora. El bandido cayó para no levantarse más.

Dos de los bandidos habían muerto y Teeny, rápidamente, esposó a los otros dos. Luego corrió hacia donde se hallaba Pete Rice, auxiliando a "Miserias".

-¿Se ha... ido ya, patrón? -preguntó con una voz un poco trémula.

Pete tenía el oído pegado al pecho del diminuto comisario.

-No, ahora palpita normalmente. Tiene un bulto en la cabeza.

"Miserias" empezó a moverse y abrió los ojos.

-¡Por todos los infiernos! Creo que alguien me ha golpeado en ella con un hacha. ¿Hemos ganado la pelea, patrón? -dijo.

-Creo que sí -contestó Pete-. Ese es el resultado, viejo amigo. -Y señaló con un dedo a los dos bandidos muertos y a los dos esposados-. Cuando éstos vuelvan en sí, podrán decirnos...

-¡Socorro! ¡Pete Rice! ¡Socorro!

El sheriff dio un respingo, el grito venía de la vieja casona.

El pequeño Hicks "Miserias", un poco groggy, pero como siempre intrépido, estaba corriendo ya hacía su caballo. Teeny se dirigió a su pura sangre bayo y Pete Rice fue en busca de Sonny. Un instante después, los tres hombres galopaban hacia la casa.

Se oyó otra vez la llamada de auxilio. En el rostro del sheriff se pintó una expresión de azoramiento. ¡Una llamada de aquella casa! Parecía imposible. ¿No sería una trampa que les preparaban los bandidos?

CAPÍTULO XVII
EL AGENTE SECRETO

Pete y sus dos comisarios dejaron sus caballos fuera de la posible zona de peligro, al abrigo de un bosquecillo de árboles, y se dirigieron hacia la vieja casona. Esperaban que alguien disparase contra ellos desde los pisos altos, pero llegaron hasta la casa sin contratiempo alguno.

"Miserias" parecía haberse repuesto por completo, demostrando una admirable facultad de recuperación. No se mostraba tan explosivo como de costumbre, pero se mantenía en fila con sus compañeros.

En el Este, los lobos habían renovado sus aullidos. Sus gritos eran cada vez más fuertes. Pete se preguntó si el lobero iría a azuzar a sus favoritos contra la casa.

En cuanto entraron en la vivienda pudieron oír distintamente ruido de alguien que corría en el piso superior. Los pasos cesaron de pronto. El sheriff meditó unos instantes. ¿Habría sido aquel grito de auxilio sólo un cebo? ¿Les habían preparado una trampa a él y a sus comisarios?

Oyóse otra vez el grito, pero esta vez un verdadero grito de agonía. Los tres hombres se lanzaron a las escaleras, subiéndolas de cuatro en cuatro. Los tres empuñaban sus revólveres.

Estaban en plena oscuridad. El sheriff seguía pensando que habían caído en una trampa, pero ya no era hora de retroceder, puesto que estaban allí y habían llegado para algo.

Pete llevaba la marcha. Pegado a la pared, fue siguiendo ésta apoyada una de sus manos en ella. Palpó una puerta y la abrió, pero tropezó con una pared vana. Siguió hasta la puerta próxima, que daba a una habitación. Pete entró cautelosamente, con sus dos comisarlos, pegados a sus talones.

Se oyó golpear una puerta en la torre.

-¡Pardiez! -exclamó Hicks "Miserias"-. Al menos hay señales de vida. Estoy por llegarme allá arriba y ver lo que pasa.

-¡Tú vas a quedarte aquí mismo, detrás de mí! -le ordenó Pete.

Pero el sheriff sonreía en la oscuridad. La casa estaría encantada, llena de bandidos y rondando en ella la muerte en la oscuridad, pero él tenía a su lado a dos bravos compañeros, el impetuoso Hicks "Miserias" y el segundo gigantón de Teeny Butler.

El diminuto barbero cogió a Pete Rice por un brazo.

-¿Qué es eso? -preguntó con los nervios crispados-. ¡Alguien arrastra una cadena!

El firme clank-clank-clank de una cadena sonaba en el centro de la gran casa. Aquel ruido era fantástico. Su ritmo acompasado parecía ir en aumento. Y luego, súbitamente, cesaron aquellos rumores.

Los tres comisarios siguieron recorriendo habitaciones. Pese a todo su valor, estaban bajo la impresión que en sus ánimos causaba aquella atmósfera fantástica. En cualquier instante podían llover sobre ellos las balas. Un cuchillo podía ser arrojado desde cualquier sitio o rondar la muerte en torno suyo en alguna de las formas más horribles. Los penetrantes ojos de Pete apenas si podían distinguir los objetos a tres pies de distancia. La oscuridad era casi completa.

Los lobos seguían aullando allá fuera y sus aullidos eran arrastrados por el viento como si fuesen los alaridos de un millar de demonios. Se oyó golpear otra puerta y sonaron pasos,

ahora en el piso inferior. Un rugido gutural llegó de lo más profundo del viejo edificio. La campana del observatorio de la torre repicaba insistentemente.

-¿Puedes decirme para qué repica esa campana, patrón? -preguntó Teeny.

-Puede ser una señal para el lobero -contestó Pete-. Tal vez vienen más lobos en ayuda para la función de esta noche. Pero, vamos a ver, muchachos, ¿estáis aquí para algo?

-¡De sobras lo sabes, patrón! -contestó Teeny.

-¡Y por el diablo, cuanto antes mejor! -replicó “Miserias”.

Pete oyó unos lamentos apagados.

-Empiezo a creer que la llamada de auxilio significaba algo -dijo Pete-. ¡Oíd esas quejas! Están golpeando a alguien o matándolo. Vamos a ver de dónde vienen esos lamentos.

Y guió a sus hombres a través de un laberinto de habitaciones. Los lamentos iban en aumento.

-Creo que es en la habitación -murmuró Pete-. Vamos allá, pero tened cuidado, muchachos. ¡Podría ser una trampa!

Pete empujó la puerta abierta, que chirrió sobre sus goznes mohosos. El hombre quo se encontraba al otro lado de ella lanzó una serie de gritos de reto y juramentos soeces.

¡Bang! ¡Bang!

Dos detonaciones retumbaron a través de la puerta. El sheriff se echó rápidamente hacia atrás. Las dos balas fueron a clavarse en el lienzo de la pared situado a espaldas de Pete, quien empuñó sus dos 45.

-¡Quienquiera que sea el que esté ahí dentro, tire el revólver! -ordenó Pete-. ¡Voy a entrar y si tira otra vez puede darse por muerto!

-¡Oh! ¡Lo siento! ¿Es usted, verdad, Pete Rice?

Alguien que estaba delante del sheriff había pronunciado estas palabras.

Durante unos segundos Pete no pudo ver al que hablaba.

-Sí, soy Pete Rice -contestó el sheriff-. ¿Quién es usted?

Y fue entonces cuando Pete Rice recordó aquella voz, por lo que fue él mismo quien contestó su pregunta:

-Usted es Shell O'Sullivan.

-Eso es, sheriff. Entre, pero tenga cuidado. Creo que el granuja que me ha herido está todavía en esta habitación.

El sheriff entró en la estancia. Había aún demasiada oscuridad para distinguir la figura del hombre que estaba al otro lado de la puerta, pero la voz dolorida de antes volvió a resonar.

-Creí oírles fuera, y les llamé en mi auxilio, pero hubiese sido demasiado tarde aún cuando hubiese tardado sólo un segundo en venir. Alguien que estaba en esta habitación me golpeó, haciéndome caer el revólver de la mano. Lo pude coger, otra vez, pero era demasiado tarde. Un asesino me hirió en la espalda y me estoy muriendo, sheriff.

En el otro extremo de la habitación sonaron unos tiros. “Miserias” disparó rápidamente dos veces en aquella dirección, pero estaba demasiado oscuro y pareció que había errado el blanco. De detrás de la pared llegó una carcajada. El que estaba en la habitación había escapado.

-¿Tiene cerillas? -preguntó la voz de O'Sullivan-. Junto a mí hay una linterna. Hubiera podido encontrarla, pero ni quise encenderla para no ser un buen blanco a su claridad, esos truhanes acertaron a darme.

Pete sospechaba en él alguna clase de lazo que se le tendía. Tenía sus comisarios a la espalda, revólver en mano, mientras encendía una cerilla. Encendió la linterna y dio unos pasos con ella en la mano. La débil claridad iluminó los cuatro rincones de la habitación. No había nadie en ella más que los tres comisarios y O'Sullivan, que yacía en un charco de sangre. En su rostro demacrado se pintaba el dolor, pero no el miedo.

Recordó Pete en aquellos instantes la extraña mirada que le dirigiera su interlocutor de ahora, en el terreno en que estaban instalados los espectáculos de Tempest, en la Quebrada del Buitre. El sheriff había sospechado siempre que aquel hombre no era lo que aparentaba ser y las palabras de O'Sullivan, en aquel momento aclararon esta duda.

-Me parece que se sorprende usted, sheriff, de verme aquí. No soy un tahúr, como aparentaba. Aprendí unos cuantos trucos de juego, porque a veces resultan útiles cuando se está persiguiendo a cierta clase de gentes. Yo soy el Agente 718 del Servicio Secreto.

O'Sullivan se estremeció violentamente, Pete trató de incorporarlo y lo que vio hízole emitir un grito sordo. Había podido apreciar qué clase de hombre era, O'Sullivan cuando zurró vigorosamente a un grupo de gañanes corpulentos frente a la tienda de Tempest, pero ahora tenía un valor casi increíble. ¡Y, sin embargo, en la espalda de O'Sullivan estaba clavado un cuchillo hasta la empuñadura!

Pete se dispuso a extraerlo.

-¡No lo... saque! -gimió O'Sullivan-. ¡Estoy listo! ¡Los mejores doctores del mundo no podrían salvarme! He perdido demasiada sangre. La punta del cuchillo debe haber llegado al corazón. Son los gajes de nuestro oficio, pero un hombre como yo no le teme a la muerte...

De la boca del agente secreto salían bocanadas de sangre, procedentes, sin duda, de una hemorragia interna.

Pete recogió el frasco de sasafrán de Teeny. En aquellos momentos no procedía como un hombre curtido en la pelea, sino con las delicadezas de una mujer. La refrescante bebida calmó un tanto la fiebre ascendente que se apoderaba del moribundo.

El sheriff había admirado a aquel hombre valeroso cuando se enfrentó él solo contra la caterva de gañanes, frente a la barraca de feria. Mal podía el Oeste perder un hombre de tal calibre.

-Uno de nosotros le llevará a la Quebrada del Buitre -dijo Pete al agente secreto-. Es usted un hombre de acero y el doctor Buckel es un médico notabilísimo. Él le curará...

-No. No se moleste, sheriff -dijo O'Sullivan, con una débil sonrisa-. Me muero. ¡Lo sé! No puedo escapar... Saque ese cuchillo y me verá morir en tres minutos. Si me pone usted en un caballo con este cuchillo clavado en el cuerpo, moriré a los cincuenta pasos de marcha. Ahora escuche. No puedo perder mucho tiempo...

O'Sullivan se vio acometido por un acceso de tos. Sus palabras siguientes salieron de sus labios con gran dificultad, pero siguió hablando.

-En parte es mía la culpa. Era joven en el oficio... y esperaba labrarme un nombre por mí mismo. Supe que este era también su caso y que ya gozaba usted de una reputación envidiable. Creí que tal vez podría superarle. Debía haberle dicho esto cuando nos encontramos allí la primera vez...

Su voz se hizo entrecortada.

-No sé si el jefe de los falsificadores está ahora en esta guarida, pero he conseguido dormir a algunos de sus cómplices... Mi opinión es...

Unos aullidos salvajes, espantosos, llegaron de la escalera. Pete se puso en pie rápidamente. ¡Lobos! Indudablemente el lobero había metido a sus "favoritos" dentro de la casa.

Pete corrió hacia la puerta y disparó desde ella. Instantáneamente se abrió una abertura en uno de los muros laterales hacia el lugar donde estaba la escalera y los aullidos sonaron más potentes. Los lobos estaban subiendo la escalera.

-¡Quedaos aquí con O'Sullivan, muchachos! -gritó Pete-. ¡Aún puedo ser capaz de detener a esos animales!

Y pasando a través del boquete abierto a la pared, se dirigió hacia la escalera. Los lobos estaban a medio camino, a juzgar por el ruido y por el fuerte olor animal que se desprendía de ellos. La oscuridad era demasiado densa para que Pete pudiera verlos.

Cerca de él, sin embargo, palpó una silla, un banco o algo parecido. Fue el primer objeto que pudo coger. Alzándolo en alto, lo arrojó por el hueco de la escalera, a juzgar por los aullidos que se siguieron, comprendió que había logrado detener por un momento al menos la acometida de las fieras.

Pero fue sólo un momento, pues siguieron subiendo.

Apuntando con sus 45 hacia abajo, disparó a las escaleras. Entonces, como contestación a su disparo, se oyeron carreras abajo y una bala silbó en el oído de Pete.

De la habitación en que estaba O'Sullivan moribundo llegó hasta él el estampido de un arma de fuego, seguido de otras tres detonaciones casi simultáneas.

-¡Por los cuernos de Lucifer! ¡Duro con esos granujas! - gritaba la voz de Hicks "Miserias".

Y continuó el tiroteo. Pete retrocedió rápidamente hacia la habitación. Estaba completamente a oscuras, sin otra claridad que la que difundía la linterna medio apagada. Pete tropezó con algo y dejó escapar un grito entrecortado. Había perdido pie de improviso. Había caído en una trampa colocada en la oscuridad. La trampa se cerró de golpe y Pete sintió que se ahogaba. Trató de llamar a gritos a sus comisarios, pero de su garganta brotaron algunos sonidos inarticulados.

CAPÍTULO XVIII
LA LUCHA EN LA OSCURIDAD

El sheriff dejó caer sus revólveres en el momento en que sus pies perdieron contacto con el suelo. Estaba estrangulado, sofocado. Se hincharon las venas de su cara y ante sus ojos danzaron chispas centelleantes. Le pareció que su cuerpo entero volaba.

Los brazos colgaban a lo largo del cuerpo y sus piernas patalearon en el vacío. Había visto morir a algunos hombres en la horca y ahora conocía lo que era aquel horrible suplicio.

Alguien, allá en lo alto, sobre su cabeza, dejó oír una risa sarcástica.

-¡Se acabó la función, amigo! Era usted demasiado curioso.

La invectiva reavivó la rabia de Pete en medio de su inconsciencia y alzó los ojos hacia lo alto.

Un hombre estaba arrodillado en el borde de un escotillón abierto en el techo. Por la abertura se filtraba un rayo de luz, y aunque no muy seguro de lo que veía, le pareció distinguir a Pete el travesaño al que estaba atada la cuerda que le estrangulaba.

Necesitó realizar un esfuerzo enorme para alzar los brazos sobre su cabeza, pero la voluntad de Pete era tan fuerte como la energía de sus músculos, y súbitamente logró coger la cuerda e izarse por ella unas cuantas pulgadas para libertar su cuello torturado. Luego pateó violentamente. El asesino que estaba en lo alto lanzó un grito de alarma y trató de apartarse del borde del escotillón, pero Pete dio dos tirones secos, espasmódicos.

El bandido se incorporó y emprendió la huída, pero sus talones tropezaron en el borde de la trampa, resbaló por ella y quedó colgando en el vacío. Pete dio otro tirón violento y cuerda, bandido, travesaño y sheriff, cayeron al suelo juntos. El bandido empezó a gritar en una lengua extranjera, pero no pudo hablar mucho tiempo. Pete había recobrado su fortaleza ordinaria y se dispuso a la lucha. Vio algo que había caído a sus pies. La luz que venía de lo alto rieló sobre un cuchillo. El hombre que le quiso dar garrote había tratado de asesinarle, arrojándole el arma.

Pete se quitó la cuerda que le rodeaba su garganta y pudo ver que aunque bastante fuerte, estaba hecha de seda y tenía una pelota de la misma fibra en cada extremo. Estas pelotas, sin embargo, eran bastante pesadas, por lo que Pete calculó que tendrían alma

metálica, probablemente. Pete arrojó una de las pelotas de cuerda a su enemigo y le alcanzó en un hombro, en el preciso momento en que se echaba hacia atrás para arrojar el cuchillo. Este salió de su mano, pero desviado en su dirección por el golpe.

El asesino, no obstante, era tan fuerte como Pete. Se precipitó al suelo y logró apoderarse de uno de los revólveres que el sheriff dejara caer. Este lanzó un puntapié preciso y acertó a su enemigo en la muñeca. El golpe arrojó el arma contra la pared.

El bandido se arrastró hasta el otro revólver, pero Pete le arrojó la cuerda de seda con la misma destreza con que hubiese lanzado Teeny su látigo. La cuerda dio al bandido de lleno en la cara y le obligó a retroceder. Entonces Pete le asestó un formidable directo a la mandíbula y lo derribó sin sentido.

Pete llevaba en sus bolsillos dos pares de esposas, pero podía necesitarlas más adelante, por lo que procedió a atar al caído con la misma cuerda de seda. Hecho esto miró hacia arriba, al escotillón abierto. Caía de él una luz mortecina.

Le hubiese gustado inspeccionar lo que había al otro lado de aquella trampa, pero por el ruido de detonaciones que llegaba a sus oídos, dedujo que Teeny y “Miserias” debían encontrarse en algún apuro.

Recogió del suelo sus revólveres y se dirigió hacia la habitación en donde había encontrado a O’Sullivan. Conforme iba corriendo se detuvo en seco en el borde de otro escotillón a sus pies. La trampa se había abierto misteriosamente después de pasar él por allí, cuando fue a detener a los lobos.

Rodeó la abertura y se dirigió hacia la habitación en la que sus dos comisarios estaban empeñados en una descomunal batalla con dos bandidos gigantescos. Peleaban en la oscuridad en uno de los rincones de la habitación. Pete no pudo ver los rostros de “Miserias” ni los de los bandidos, pero sí pudo distinguir la diminuta figura del barbero, que parecía un enano frente a aquel mastodonte que le acometía.

La luz de la linterna seguía ardiendo débilmente junto al cuerpo de O'Sullivan. Pete miró hacia abajo. El agente secreto ya había muerto. La punta del cuchillo debía de haber interesado algún órgano importante, probablemente el corazón. El valeroso O'Sullivan había pagado su último tributo y ya no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Cuando se acercaba para ayudar a “Miserias”, pensaba Pete cuánto le hubiese gustado a O'Sullivan, el luchador, el aventurero, haber tomado parte en aquella contienda.

El sheriff llegó junto a “Miserias” en el preciso instante en que su descomunal enemigo lo lanzaba como una pelota contra la pared.

Pete lanzó hacia adelante un potente izquierdazo. ¡Crack! Un pie voló en el aire y asestó un golpe terrible al sheriff en la mandíbula. El golpe había venido de la oscuridad y parecía salir de la pared. “Miserias” disparó entonces sobre el pie que desaparecía en aquel momento y Pete tuvo la suerte de acertar al gigante que había malparado a “Miserias”.

Pete no podía usar sus revólveres. La luz era escasa y corría el peligro de herir a Teeny. Entonces cogió uno de sus revólveres para usarlo como maza. En aquel mismo instante un puño como un jamón de grande chocó contra su mandíbula y rodó por el suelo. Los revólveres se salieron de sus pistoleras. Cogió el pie lanzado hacia atrás para golpearle y arrastró un cuerpo a sus pies.

Empezó una pelea formidable, cambiando soberbios puñetazos con el gigante, que luchaba feroz y silenciosamente. Vio a “Miserias” chocar violentamente contra el suelo -tal vez por algún otro trompazo de aquel tercer individuo misterioso, -pero “Miserias” se incorporó de pronto como una pelota de fútbol y alcanzó sus “bolas”. Pete vio las recias pelotas de hierro volando por el aire y oyó como chocaban contra un cráneo.

Súbitamente un rayo de luz penetró en la habitación por un entrepaño que se abrió silenciosamente al otro extremo de la habitación. Pete vio a “Miserias” girar en redondo y hacer fuego tres veces seguidas.

Se oyó un aullido de dolor cerca del entrepaño y luego unos lamentos en voz queda, y en seguida se hizo el silencio. Un segundo después se movió en el aire un pie y el revólver se le escapó de las manos a “Miserias” y rodó por el suelo, pero el barbero se arrojó como una fiera sobre su misterioso asaltante.

Pete y Teeny combatían a puñetazo limpio. Los dos eran grandes y fuertes, pero sus enemigos eran mayores y más fuertes. Teeny aún lograba mantener a raya a su enemigo. Pete pudo oír el ruido de los puños al chocar y por la rapidez de los golpes pudo adivinar que los puñetazos procedían de Teeny. Eran tan rápidos que debían de batir a aquellos animalotes, si es que podían ser batidos.

Pete esquivó ágilmente una acometida furiosa de su enemigo, que fue a estrellarse contra la pared. La madera se cuarteó al trompazo y Pete, aprovechando el momento, alcanzó con uno de sus puños al gigante detrás de la oreja. Fue un golpe terrorífico que hizo caer al bandido, cuya enorme mole chocó contra el pavimento. El sheriff corrió entonces en auxilio de Teeny, pero éste conectó uno de sus golpes favoritos en el mismo instante en que Pete negaba a su lado. El enemigo de Teeny cayó de bruces. Era un hombre fuerte, pero Teeny Butler había demostrado que lo era, por lo menos, tanto como él.

-¡Ponle las esposas, Teeny! -gritó Pete.

Arrojó un par de esposas que sacó de uno de sus bolsillos y corrió hacia donde se hallaba “Miserias”, que estaba peleando casi en la oscuridad con el misterio individuo, que luchaba con los pies con la misma precisión que un boxeador lo haría con las manos. Precisamente en aquel mismo instante caía el barberillo de un trompazo asestado a un lado de su cara. Su enemigo había sacado un cuchillo y se lanzaba sobre Hicks, con la intención de rematarle.

El asesino vio entonces a Pete y volvió grupas, pero el sheriff se abrió paso a patadas por el tabique, que era de madera delgada y quebradiza. Levantó del suelo sus revólveres y se volvió a sus comisarios:

-¡Seguidme, muchachos!

Se lanzó como una bala a través de la abertura en el tabique y disparó sobre la figura fugitiva del bandido.

Este dio la vuelta al llegar al extremo del corredor. Estaba a oscuras, pero Pete pudo seguir al que huía, valiéndose para ello de la agudeza de su oído, siguiéndole por una escalera en su descenso. Oía perfectamente el patear ligero de “Miserias” y las potentes zancadas de Teeny Butler detrás de él.

La caza les llevó hasta una habitación lateral. En una de las paredes había una ventana. La débil luz de la luna impedía que la habitación estuviese en una oscuridad completa. La claridad precisó la silueta del fugitivo. Pete apuntó sus revólveres. Súbitamente brotó del pavimento una nube de un vapor grisáceo. El bandido se zambulló en aquella nube artificial y Pete le siguió, pero el perseguido parecía haberse desvanecido en el aire, igual que le sucedió a Hicks “Miserias”. Hasta la estancia llegó el eco estruendoso de los 45 del barberillo.

Un rugido de furor a lo lejos, a su espalda, hizo a Pete girar sobre sus talones y correr hacia la habitación, que tenía un ventanillo en la parte superior de la pared. Un rayo de luz iluminó una escena horripilante.

Una masa deforme, peluda, feroz, había caído sobre Teeny Butler, que se había encorvado a la acometida. En su espalda, aullando, rugiendo y mordiendo, estaba un lobo. Los ojos del bruto relucían en la oscuridad y sus afiladas garras buscaban la garganta del comisario.

Pete se lanzó hacia adelante, pero no disparó, porque podía herir a Teeny. En lugar de hacerlo así, se lanzó como un ariete sobre el gran comisario y le hizo caer de rodillas. El lobo soltó su presa y retrocedió, pero, agazapándose para saltar otra vez. Fue Pete, sin embargo, quien cayó primero sobre él.

Uno de sus brazos rodeó el cuello del lobo. Pete se vio obligado a retroceder ante la embestida del animal -ciento cincuenta libras de volumen, -pero el sheriff enredó sus piernas alrededor de la bestia en un apretón formidable, mientras que con los brazos protegía su garganta. De pronto, Teeny, de un tirón violento de las patas traseras del bruto, lo apartó del sheriff.

Una de sus manos cogió al lobo por la garganta, mientras las garras se le clavaban en la carne. Teeny sacó el revólver con la otra mano y, volviéndose para no alcanzar a Pete, apuntó al cuerpo del animal. Se oyó un sordo ¡bang! y el lobo se dobló sobre sí mismo, muerto.

Un rayo misterioso de luz, inundó la habitación. Pete miró hacia arriba y vio que en el techo se había abierto otro escotillón, apareciendo en la abertura un rostro enmascarado. Un rápido disparo de Hicks “Miserias” obligó al intruso a agarrarse al borde. Luego se arrastró hasta desaparecer de la vista. Se oyeron varios lamentos. La rápida puntería de “Miserias” había sido certera.

En aquel momento cayó en la habitación una esfera metálica con un cabo de mecha ardiendo. Pete la cogió con presteza, no sin que la mecha le quemase los dedos, y arrojó aquel instrumento destructivo hacia el ventanillo de la parte superior de la pared. La bomba explotó en el aire en la parte externa de la casa.

Pete y sus comisarios se sintieron levantados rudamente del suelo. La explosión de la bomba conmovió la casa en sus cimientos y la pared frontera a donde se hallaban se vino abajo con estrépito.

Pero Pete había descubierto ahora uno de los misterios de la casa solariega de los Wexford. Aquello significaba que dentro de pocos minutos él y sus comisarios habrían triunfado... ¡O estarían muertos!

CAPÍTULO XIX
LAS HABITACIONES SECRETAS

¡La fantástica mansión de Huddersfield estaba construida como el fondo secreto de un baúl! Los tres comisarios habían recorrido la casa de un extremo a otro, pero no habían sido capaces de hallar las habitaciones secretas. Ahora que se hallaban en una situación desesperada, los bandidos habían descubierto el secreto de la casa. ¡Las habitaciones estaban encajadas unas en otras!

Por fuera, el edificio parecía relativamente bajo, pero dentro lo formaban cuatro o cinco pisos. ¡Los bandidos habían estado viviendo en los pisos secretos!

El escotillón abierto sobre sus cabezas cerró de golpe. Los bandidos planeaban probablemente el lanzamiento de otra bomba, pero Pete sabía el medio de evitarlo.

-Carga tus revólveres -ordenó a “Miserias”-. Y tú también, Teeny.

Los dos comisarios obedecieron, y el mismo Pete llenó la recámara de sus dos 45.

-¡Ahora vamos, a acribillar ese tabique! –dijo-. ¡Listos!

Las detonaciones atronaron la casa. En la parte superior del tabique se oyó un ruido como de gentes que huían del tiroteo. Los bandidos iban a refugiarse en alguna zona de seguridad. Eso era lo que precisamente deseaba Pete.

-Ahora, ayúdame, Teeny –dijo-. Voy a subirme encima de tus hombros.

El enorme comisario cogió en vilo a Pete como si fuera un chiquillo y lo colocó sobre sus hombros descomunales. Pete apoyó las manos en el techo y empujó con fuerza hacia arriba. El techo cedió a su empujón y una corriente de aire descendió por la abertura hacia donde se hallaban los tres hombres.

Los recios dedos de Pete se agarraron al borde de la abertura y en una contracción muscular se encaramó sobre el pavimento superior. La habitación en que ahora se encontraba estaba suavemente iluminada. Los bandidos habían huido, pero unas manchas de sangre aquí y allá indicaban que algunos de ellos iban heridos.

-¡Tírame tu látigo, compañero! -dijo Pete a Teeny.

Teeny Butler obedeció sus órdenes, y Pete, cogiéndose el arma por el puño, dejó caer la correa de piel de toro.

-Agárrate al extremo, "Miserias" -siguió ordenando el sheriff-, y te izaré a mi lado.

No costó mucho trabajo el izar al diminuto comisario, pero él y Pete tuvieron que pasar mil fatigas para conseguir elevar las trescientas libras de carne de Teeny, por lo menos hasta que éste consiguiera agarrarse al borde del escotillón. Hecho esto, los bíceps poderosos de Teeny hicieron lo demás.

Los tres comisarios se hallaban en una habitación que no tenía ventanas. El techo era tan bajo que Teeny casi tocaba en él con la cabeza. Una puerta que daba a un pasadizo estaba abierta y la luz diáfana que iluminaba la estancia procedía de una lámpara pendiente de un clavo de una de las paredes de aquél.

La tarea de Pete y sus hombres ahora era, hallar a los bandidos fugitivos, pero un ruido que llegó hasta ellos desde el extremo del pasillo les dijo que no les costaría mucho trabajo lograrlo. Los comisarios echaron a andar, siguiendo la pared de enfrente del pasillo.

Pete indicó con un gesto las "bolas" de "Miserias" y el látigo de Teeny, y ambos comprendieron el gesto. Pete cogió uno de sus revólveres, pero por el cañón, dispuesto a servirse de él como una maza.

El sheriff no cabía en sí de satisfacción. Él y sus comisarios habían franqueado las líneas enemigas y estaban peleando en territorio contrario. La lucha no había acabado aún, pero entraba ya en su fase definitiva.

Cuatro bandidos aparecieron, corriendo, por el pasillo, hacia la habitación.

-¡Crack!

La culata del revólver de Pete cayó como un rayo sobre la cabeza del jefe, que cayó pesadamente de cabeza.

-¡Clunck!

Una de las esferas de metal de las "bolas" de "Miserias" alcanzó a otro de los bandidos detrás de la oreja y cayó cuan largo era hacia adelante.

El látigo de Teeny derribó a otro de los facinerosos, que cayó como si le hubiesen segado las piernas.

El cuarto bandido empuñaba un revólver. Un disparo del 45 de Pete se lo arrebató de la mano. El bandido lanzó un alarido y, girando sobre los talones, emprendió la huida pasillo adelante, pero su cabeza fue a chocar con la de otro bandido que llegaba en sentido contrario.

Los tres comisarios saltaron sobre ellos y los redujeron a la impotencia.. Camino del vestíbulo había otros bandidos, pero la poca luz no permitía saber cuántos eran.

Los tres comisarios, parapetados detrás de sus dos prisioneros, apuntaron con sus revólveres a aquellos hombres.

-¡Quietos en donde estáis! -les gritó Pete-. ¡Os tenemos encañonados!

Pero uno de aquellos hombres no quiso creer que efectivamente lo estaban y apuntó con su revólver, pronto a disparar, pero se le adelantó Pete, cuya bala fue a clavarse en la pared, una pulgada por encima de su cabeza.

-¡La próxima te la meteré en el corazón! -le dijo Pete-. ¡Tira el revólver!... ¡o te tiro a ti!

Se oyeron caer todas las armas al suelo y los bandidos se apresuraron a alzar las manos hasta tocar el techo. Un momento después estaban atados de pies y manos.

-¡Podíamos emplear en vosotros esta cuerda de otra manera, porque de todos modos vais a trabar conocimiento íntimo con ella antes de dejar este mundo! -dijo Pete, significativamente.

-¡No conseguirá usted nada de nosotros, mister! -gruñó uno de los hombres-. Tengo la seguridad de que estaré en libertad unas horas después de que me encierren.

-¡Pardiez! -murmuró "Miserias", mirando fijamente a los prisioneros-. ¡O estoy ciego o este es mi antiguo compañero "Vals" Harrigan, el más maravilloso de los bailarines! ¡Claro! No estamos demasiado sorprendidos de verle, querido amigo. Tenemos un grato recuerdo de usted...

-Creo que has tratado con intimidad a estos hombres, ¿verdad? -preguntó Pete a su comisario-. ¿No iban contigo en el circo?

"Miserias" examinó detenidamente a los prisioneros. Junto a "Vals" Harrigan pudo ver a "Melodía Bellew" y a Bert Fitch entre los cautivos. Los otros cinco, todos americanos, le eran totalmente desconocidos.

En aquel momento llegó corriendo Teeny Butler, que había estado husmeando por las otras habitaciones.

-¡He visto algo interesante, patrón! -dijo a Pete-. Hay un ascensor de manubrio abajo en el vestíbulo y...

¡Clank! ¡Clank! ¡Clank!

El tintineo metálico de una cadena le hizo detenerse bruscamente. Ya habían oído el mismo sonido poco antes. Ahora ya sabían lo que era. La cadena del ascensor. Los bandidos trataban de escapar de la casa.

Pete y sus comisarios echaron a correr por el pasillo. Cuando llegaron al estrecho hueco del ascensor, éste había emprendido el descenso. De la plataforma del montacargas partió un tiro y los tres hombres se echaron rápidamente hacia atrás.

-¡Vamos por las escaleras, muchachos! -ordenó Pete.

Se refería a una escalera de caracol emplazada en el extremo opuesto de la pieza y que pudo distinguir a la débil luz de una lámpara; cogió ésta el sheriff e iniciaron el descenso, cuando cesó el ruido del montacargas. Había llegado ya al fin de su viaje. Súbitamente empezó a subir de lo hondo una densa nube de humo, pero ni aun la amenaza del peligro consiguió detener a los tres comisarios.

Pete pudo ver de qué habitación salía aquel humo, porque el vapor rezumaba por los intersticios de uno de los tabiques. Él y Teeny se precipitaron contra la pared y arrancaron dos o tres de los delgados tablones que la formaban.

Los tres hombres pasaron a través de la abertura.

No tardaron en llegar a una especie de galerías subterráneas, unas excavaciones secretas practicadas bajo el verdadero pavimento de la finca.

Un humo denso salía de aquellas profundidades. La lámpara que Pete llevaba en la mano apenas si les servía para nada, pues la luz no penetraba más que un par de pies en el humo.

Pete olfateó un instante. El humo no entorpecía gran cosa su respiración. No era venenoso aun cuando impidiera la visibilidad. Al otro extremo de la habitación pudo oír distintamente ruido de pasos. Era indudable que tras aquella pared de humo artificial los bandidos emprendían la huida. De pronto se oyó un chillido penetrante, seguido de una demanda de auxilio:

-¡Socorro! ¡Socorro!

Pete echó a correr a través de la humareda. Distinguió la forma confusa de un hombre y aquel hombre pareció sacar algo del cinturón.

¡Crash!

La lámpara fue a chocar contra la cabeza del bandido, que chocó a su vez contra el suelo. Pete atravesó por entre las llamas que produjera el aceite de la lámpara al derramarse en el suelo.

No parecía haber nadie en la habitación. El humo subía hacia el techo, tendiendo a disminuir.

-¿Quién pedía auxilio? -gritó Pete.

-Yo -contestó la voz de alguien que debía hallarse en la misma habitación.

-¿Dónde está usted?

-Acérquese a esta mesa y vaya luego hacia la derecha. Levante el entrepaño... Estoy encadenado junto a él.

Pete llegó hasta donde le decían, alzó el entrepaño a la derecha de la mesa y se encontró con un hombre tendido en el suelo. Su rostro estaba ensangrentado. Era un hombre moreno, con una nariz prominente. Su bigote, según pudo comprobar Pete, debió, tiempo atrás, estar cuidadosamente recortado, pero por falta de cuidado reciente aparecía disforme e hirsuto. Sus vestidos presentaban un aspecto asqueroso y olían a productos químicos.

-Usted es Ward Endicott, el fotograbador desaparecido de El Paso -le dijo Pete-. Tal vez sea usted inocente, pero está metido en un mal asunto.

El hombre encadenado estaba trastornado.

-Creo que es usted Pete Rice –contestó-. Debe ser el hombre que estos bandidos temían tanto, pero no me parece usted muy benévolo para conmigo. No es culpa mía si me encuentro aquí.

Pete miró atentamente al prisionero.

-He creído hasta ahora que era usted uno de los principales culpables en el asunto de las falsificaciones. Hemos comparado sus trabajos personales con los realizados por los falsificadores de acciones. Además, las señas del hombre que contrató varios individuos para el asalto a Valle de Grama, coinciden exactamente las suyas.

-Deben haber encontrado a alguien que se me parezca mucho -dijo Endicott-. Yo soy Endicott, efectivamente. Soy de oficio fotograbador, y estas gentes me secuestraron, me mantuvieron prisionero aquí y me obligaron a hacer planchas para su falsificación de acciones.

-¿Dónde está la llave de la cadena? -preguntó Pete, que empezaba a creer en las palabras del cautivo.

-Vi que uno de esos rufianes la ponía en ese estante que hay sobre la mesa.

Pete halló, efectivamente, la llave donde le indicaban y libertó al fotograbador, limpiándole después la sangre que manchaba su rostro.

-Después de haberme obligado a trabajar, quisieron matarme antes de huir -dijo el cautivo-. Entonces fue cuando pedí socorro. No creía que esta llamada me sirviera de algo, pero al fin ha venido usted. Uno de ellos me golpeó en la cara, encadenándome después.

-¿Da esa abertura al exterior? -preguntó Pete.

-No lo creo -contestó Endicott-. Los bandidos deben estar ocultos en otra parte de la casa. Ellos...

Se interrumpió de pronto. Acababa de entrar una corriente de aire en la habitación. El resto de humo que aún flotaba en la atmósfera fluyó hacia alguna abertura. Uno de los bandidos debía haber logrado llegar al exterior.

Fuera de la casa aullaban los lobos de nuevo. Indudablemente los habían colocado de guardia para impedir la fuga de cualquier atrevido que intentase abandonar la casa.

Pete corrió hacia la abertura practicada en la pared. Se oyó el chillar penetrante de un hombre. Los gritos y los aullidos de los lobos explicaban de manera más que suficiente lo que estaba ocurriendo en aquellos instantes.

Pete se halló ante una escalera de caracol. Subiendo por ella llegó a una abertura en la pared, por la que debía haber escapado alguno de los bandidos, y miró al exterior.

Tres lobos habían derribado aquel hombre y se disponían a destrozarlo con garras y colmillos. Uno de ellos buscaba su garganta.

El hombre se defendía desesperadamente, pero sus fuerzas se agotaban por momentos. Pete sacó su revólver y disparó tres veces. Las tres fieras, tan furiosas en sus acometidas un segundo antes, cayeron para no levantarse más. Los tres certeros disparos las tendieron sin vida, mientras que aún podía verse un asomo de ésta en el hombre al que trataban de asesinar.

Del interior del bosquecillo de pinos negó hasta Pete un lamento.

-¡Hijos míos! ¡Muchachos! ¡Adiós, Grail Tail y Big Paw! ¡Adiós, White Belly! ¡Y vosotros, pobrecillos, venid aquí!

Varios feroces lobos de pelo rojo que habían salido de entre los pinos para ir en auxilio de sus tres compañeros muertos volvieron atrás como si fuesen dóciles perros y fueron a reunirse con aquel hombre que tal poder tenía sobre ellos.

Pete pasó a través de la abertura y se dirigió hacia donde se encontraba el moribundo.

Un grito de sorpresa estuvo a punto de salir de sus labios cuando pudo ver el rostro de aquel hombre.

CAPÍTULO XX
QUIEN ES EL JEFE SUPREMO

El que había caído a la acometida furiosa de los lobos era el coronel Jefferson D. Tempest.

-¡Sí, señor! -murmuró el coronel, dibujando una débil sonrisa en su rostro cadavérico-. ¡Esto es lo que me ha pasado por no limitarme a mis propios asuntos! ¡Sí, señor!

No le causaba mucha sorpresa a Pete el hallar a Tempest entre los falsificadores. El relato que le hiciera “Miserias” de su estancia en el circo había despertado en él vehementes sospechas de la culpabilidad del coronel. Y, sin embargo, el sheriff experimentaba una extraña, terrible sensación al ver a aquel viejo gracioso, tan pleno siempre de vida y alegría, destrozado materialmente por las garras y los colmillos de las fieras.

-Como empresario de un circo -continuó el coronel-, estaba en mi elemento. Nadie más feliz que yo. La primera vez que me he mezclado en otros asuntos, ya ve usted lo que me sucede. Sheriff, está usted oyendo las postreras palabras del coronel Jefferson D. Tempest, que va a emprender un largo viaje...

El viejo charlatán cayó en un estado de semiinconsciencia. Pete examinó las heridas del viejo. No se podía hacer nada. Jefferson D. Tempest estaba agonizando. El charco de sangre que se veía en torno suyo indicaba bien a las claras que era inútil cuanto se hiciera para transportarle a otro lugar. Podía entrar en un coma completo antes de un segundo. Podía vivir aún unos instantes, pero la muerte era inevitable.

Pete había creído establecer cierta relación entre aquel circo ambulante y la falsificación de acciones. Se decía que el trabajo más duro para los falsificadores era el de distribuir las acciones, ¿y qué podía haber facilitado más la tarea de los distribuidores que el simular que iban trabajando en una compañía de circo?

Si los componentes del circo ambulante hubiesen sido ladrones vulgares, no habrían tardado en ser descubiertos en la primera población en que hubiesen actuado, pero el sustituir acciones legítimas por otras falsas era muy distinto. La falsedad de las acciones podía tardar meses en descubrirse. Cuando esto sucediese, todos los falsificadores y distribuidores podían haber hecho una fortuna, desbandándose en direcciones distintas.

El sheriff fijó sus ojos en el rostro desfigurado del viejo charlatán. No había huellas de depravación en aquel rostro. El coronel había sido un viejo jovial y embustero, y si se juntó a los falsificadores fue en la creencia de labrarse una rápida fortuna.

Pete, sin embargo, sabía por experiencia que los pequeños delitos llevan a la comisión de crímenes horrendos, una vez en la vorágine del vicio. El coronel había aceptado de buena gana el llevarse a Hicks "Miserias" como pregonero de su espectáculo. Lo había hecho así porque negarse a la sugerencia del sheriff suponía aumentar sus sospechas, y el coronel era demasiado astuto para tales obvias maniobras.

Que el coronel había maquinado los atentados contra "Miserias", era demasiado evidente. A pesar de ello, el diminuto barberillo logró escapar indemne y proporcionó a su jefe una información valiosísima.

Pete Rice sabía perfectamente que el coronel Tempest no era el jefe supremo de los falsificadores, sino el jefe, en todo caso, de los distribuidores de acciones falsas. Era claro que aquel escapista, que podía abrir cualquier cerradura o caja de caudales, era el que, siguiendo a la caravana del circo, penetraba en los bancos y realizaba la substitución de las acciones.

En realidad, todo aquel asunto, a excepción de la personalidad del verdadero director, era ahora como un libro abierto para Pete Rice. Los artistas del circo eran unos auxiliares preciosos. Mezclándose con las gentes sencillas -como Bray y Marston, por ejemplo, -sabían por ellas quiénes eran en cada ciudad las gentes acaudaladas que poseían acciones en sus casas. Era también indudable que el mago Behar Chandpur era el autor de todas aquellas mixtificaciones operadas en la vieja casona, como los esqueletos vivientes y las nubes de vapor que emergían del pavimento. ¿Pero quién era el jefe supremo si no lo era el coronel Jefferson D. Tempest?

El coronel se estremeció ligeramente y abrió los ojos. Traslucíase en éstos el dolor que estaba torturando al anciano en aquellos momentos, pero no había desaparecido de ellos su mirada burlona característica.

-Debía haberme limitado a mi tintura... -dijo el coronel-. La codicia me llevó a esto. ¡Mal negocio la codicia! Sí, señor.

Su mano ensangrentada sacó de uno de los bolsillos un cigarro partido. Pete se lo encendió. Tempest parecía gozoso de fumar, aunque se veía que lo hacía con gran trabajo.

-Los lobos no son muy amables, que digamos -murmuró con una triste sonrisa-. Ni mi mágica medicina me serviría ahora para nada. La Tintura Tónica de Tempest curará el aligeramiento del panegírico pero no cura las dentelladas de lobo.

Dio una chupada al cigarro y miró maliciosamente a Pete.

-Es usted muy hábil, sheriff, ¿no le parece? –dijo-. Nos cogió usted en el garito a mí y a mis hombres, esta noche, ¿verdad?

Pete afirmó con un movimiento de cabeza.

-Recordará usted que "Miserias" le dijo en Yuccaville que yo y mis hombres estábamos dispuestos a prenderle fuego esta noche a esta casa para obligarles a salir fuera de ella. Fue una buena idea la suya, pues era seguro que acudirían ustedes todos, para cogernos a su vez y asegurarse con nuestra muerte la salvación de su secreto y de sus vidas...

-Ese Hicks "Miserias" es un muchacho muy inteligente.

-Lo es, coronel. Se escurrió sin que ustedes le vieran y celebró una corta conversación con el gerente del Banco de Yuccaville la noche siguiente a la actuación allí del circo.

El coronel hizo una mueca.

-¿Y comprobó que en la caja del Banco había acciones falsas, verdad?

-Sí. El gerente le prometió guardar silencio durante unos días, para evitar la excitación entre los depositarios de fondos. Ahora, coronel, ya que va usted a morir, desearía que me ayudara en algo. ¿Tienen Mortimer o el Banco de la Quebrada del Buitre algo que ver con la falsificación de acciones? ¿O Herbert Weimar? ¿O Len Hawkins? ¿O puede...?

-No me pregunte usted quién es el culpable, sheriff -le interrumpió el coronel-. Le diré que Mortimer no tiene nada que con esto, ni Len Hawkins tampoco. La única vez que he visto en mi vida a Hawkins fue cuando entró herido en la barbería. Y tampoco sé quién es Herbert Weimar.

-¿Luego, el jefe supremo...?

-La investigación ha terminado -le interrumpió el moribundo-. Salvaré a algún inocente, pero no acusaré a ningún culpable. Llegué a tomar parte en este negocio con los ojos abiertos. Soy lo bastante viejo para saber lo que hago. No, no quiero ser un soplón. Eso me deshonraría a mis propios ojos, así es que el secreto se irá conmigo a la tumba. Sí, señor.

Apenas pronunció estas palabras, el director del circo ambulante entró en la agonía. El delirio hizo presa de él uno o dos segundos y murmuró entre dientes algunas de aquellas estrambóticas palabras con que anunciaba su Tintura Tónica. Se veía que los éxitos de su circo ambulante eran los más caros a su corazón. Moría pronunciando uno de sus mil altisonantes discursos, tratando de incorporarse trabajosamente, pero sus fuerzas se agotaron al fin, paralizósele la lengua y cayó hacia atrás pesadamente. Estaba muerto.

Pete estuvo contemplando unos segundos el cadáver. El coronel Tempest había escogido deliberadamente la senda a seguir. Aquella senda le había llevado a una muerte espantosa. Sin embargo, durante cierto tiempo vivió espléndidamente. La codicia le lanzó entre malas compañías y se olvidó bien pronto de que había sido un caballero. Nada se podía ya hacer en su favor, por lo que Pete regresó hacia la vieja casona.

Teeny y “Miserias” habían capturado al resto de los criminales y estaban aún registrando concienzudamente sus bolsillos. A la mayoría de los que capturaran al principio los habían llevado, por precaución, al sótano.

Entre los prisioneros estaba Behar Chandpur, el mago indio. Otro de los bandidos, herido en un hombro por una bala, era León Givray, el escapista.

Fue Givray el que desde detrás de un tabique había asestado a “Miserias” varios golpes formidables a la mandíbula en una de las habitaciones superiores. Givray, oriundo de Francia, era maestro en la savate, método de pelear con los pies.

Ward Endicott, el fotograbador de El Paso, se lavó en un artesón que había en el sótano.

-Es el mayor placer que experimento desde hace algún tiempo -explicó a Pete-. Estos bandidos no me dejaban lavarme. Me apuntaban con un revólver mientras estaba grabando las planchas.

Luego mostró al sheriff los instrumentos de grabar colocados sobre una mesa de roble, varias herramientas, útiles fotográficos, planchas, ácidos, una prensa portátil y montones de papel especial, en el que se imprimían las acciones falsificadas. Explicó también el funcionamiento de las luces, reguladas con reflectores lo bastante potentes para poder trabajar sin electricidad.

-Mr. Endicott -preguntó Pete-, ¿cuánto valdrían todas las acciones falsificadas, en moneda corriente?

-No puedo decírselo con exactitud, sheriff -contestó el fotograbador-. Como usted sabe, no era yo solo el que hacía el trabajo de prensa. En realidad había otro fotograbador que grabó algunas de las planchas.

-¿Sabe usted quién era?

-No. No le vi nunca. Creo que aproximadamente, las acciones fabricadas equivaldrían a más de un millón de dólares, pero desde luego no se ha puesto en circulación la cantidad total.

“Miserias” había terminado de registrar a los prisioneros y se disponía a subir a la parte superior para traer los restantes.

El diminuto comisario había hecho una ruda labor aquella noche y empezaba a dar señales de cansancio.

-Siéntate un momento, compañero -le dijo Pete-. Ya has trabajado bastante. Los hombres que quedan arriba son unos gigantones. Ya es hora de que yo te eche una mano en esa pesada tarea.

El sheriff pasó a través de la abertura practicada en la pared y ascendió por la escalera de caracol. Llegado a lo alto, se dirigió pasillo adelante hacia el sitio en donde dejara a los prisioneros.

-¡Alto! ¡Manos arriba!

Dos relucientes pistolas apuntaban a Pete desde un oscuro rincón.

-¡Un movimiento hacia su cadera... y estará usted muerto! -dijo la voz, lentamente y con una pronunciación extraña.

Pete alzó ambas manos y sus penetrantes ojos trataron de sondear la oscuridad del rincón.

Pudo distinguir al hombre que había caído de improviso sobre él y que no era otro que Fritz Helmstedt, el contorsionista del circo ambulante. Helmstedt fue el hombre que trató de matarlo desde el escotillón. Tenía músculos de pantera que le permitían retorcerse sobre sí mismo en formas estrambóticas. Tal vez por eso había logrado desatarse la cuerda de seda con que Pete le sujetara después de haber estado a punto de morir estrangulado con ella.

-Fue fácil procurarme revólveres -siguió diciendo aquella voz perversa-. Hay muchas cosas ocultas en esta vieja casa.

Y al hablar así adelantó un paso. Tal vez fuese agradable su rostro a no desfigurarlo los ojos, en los que fulguraba un odio salvaje.

-Durante algún tiempo, yo me retorcí entre nudos, para las gentes bobas -dijo con su premeditado acento alemán-, pero ahora hundo mis manos en las acciones. ¡Las legítimas! En esta casa. Yo las vendo para ir a mi país. ¡Ja!

Estaba en pie a un par de pies del ascensor de manubrio. Delante de él, sobre el pavimento, había un objeto aplanado, casi globular, de plancha de acero.

-Usted hace un movimiento -amenazó a Pete Rice-, y yo tiro esta bomba por el agujero. Sus hombres, ¡puf!, saltan en pedazos. ¡Ahora va usted a ver quién es el amo aquí, Pete Rice! ¿Vale?

CAPÍTULO XXI
MC. QUESTION WYOMING, EL LOBERO

El sheriff sabía la clase de hombre con quien tenía que habérselas, un hombre que era cruel, ágil, pero poco inteligente. Pete Rice sonrió.

-Sólo hay en todo esto una cosa que no me explico, Helmstedt -dijo lentamente. -¿Cómo va usted a matarme con dos revólveres descargados?

-¿Eh? -gruñó el alemán-. ¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué...?

Era precisamente el segundo de ventaja que Pete necesitaba y obró instantáneamente, lanzándose hacia delante como una bala. Los dos revólveres de Helmstedt vomitaron un rayo de fuego, pero las balas pasaron sobre la cabeza de Pete Rice.

Un instante después, el contorsionista y el sheriff rodaban por el suelo en la oscuridad. Pete sabía que su enemigo era de cuidado, pero toda su labor ahora era sostenerse hasta que sus comisarios, atraídos por los tiros, acudieran escaleras arriba.

Pete realizó la maniobra más a propósito en aquellos momentos, que era retorcer las muñecas del alemán, impidiéndole hacer uso de sus revólveres, y la torsión fue tan formidable, que las dos armas cayeron al suelo. El sheriff, logrado esto, empujó los dos revólveres hasta que cayeron por el hueco del ascensor.

Jamás había luchado Pete con un hombre tan escurridizo como Helmstedt. Oía perfectamente el ruido de Teeny y "Miserias" subiendo las escaleras, pero el alemán le había envuelto en sus brazos como una serpiente y llegaba ya a uno de los revólveres que Pete llevaba en sus pistoleras.

Pete, en un esfuerzo desesperado, logró soltarse y empuñó uno de sus 45.

-¡Alto! -gritó.

Pero Helmstedt, en vez de obedecer, se precipitó hacia él como una fiera. Pete no quería matarlo, por eso, en vez de disparar, asestó un golpe formidable con la culata del arma en el cráneo del contorsionista.

Helmstedt cayó como una masa inerte. Un momento después aparecía en lo alto de la escalera Endicott y sus dos comisarios. Teeny levantó en vilo al alemán sin sentido, se lo echó al hombro y se dirigió otra vez hacia la escalera.

-¡Asegure usted bien a ese tipo! -dijo Endicott a Pete-. Cuando oí aquellos tiros creí que lo había matado. Sabía que no lo cogerían a usted.

Pete hizo como que no se daba cuenta de la alabanza que encerraban aquellas palabras.

-Mr. Endicott –dijo-, durante su trabajo con estos falsificadores, ¿no oyó usted pronunciar nunca el nombre del otro fotograbador?

Endicott hizo un gesto negativo.

-No. Mis captores tenían buen cuidado de no pronunciar su nombre en mi presencia. Dudo si alguien, aparte de Tempest, conocía la identidad del jefe. ¿Por qué? ¿Es que no tiene usted ninguna pista, sheriff?

Pete hizo una mueca.

-¡Oh, podía tener una o dos! –dijo-. ¡Mire! ¿Qué son esas luces fuera de la ventana?

Aquellas luces parecían ser linternas llevadas por varios jinetes que se acercaban a la casa a través de la meseta.

Pete se mantuvo sobre aviso hasta que oyó varios disparos hechos por los que se aproximaban, que resultaron ser ciudadanos de la Quebrada del Buitre. Habían oído el tiroteo en la casa solariega de los Wexford y formaron una pequeña tropa para ir a enterarse de lo que sucedía.

Iban entre ellos Sam Hollis, José Pride, Herbert Weimar y Hopi Joe, el rastreador indio, así como Curly Fenton y varios cow-boys amigos suyos.

Pete explicó brevemente lo que había sucedido en la vieja casona. Los ojos de los vecinos de la Quebrada del Buitre se abrieron desmesuradamente. ¡Estaban atónitos!

Ya los muertos y los heridos al cuidado de las gentes de la Quebrada del Buitre, Pete decidió emprender el rostro del lobero. Endicott, que había oído muchas de las chismorrerías de los falsificadores, sabía que el nombre del lobero era Mc. Question "Wyoming", un cazador con trampa, traído de la selva por uno de los bandidos, que le conoció mientras anduvo errante y fugitivo en plena selvatiquez algunos meses antes.

Antes de abandonar la vieja casona, Pete experimentó la curiosidad de saber lo que había detrás del retrato del viejo Cranbrook Huddersfield, que estaba sobre la chimenea del salón monumental.

Teeny sostuvo una lámpara mientras Pete descolgó el cuadro. El misterio de aquellos ojos, que le seguían a uno a todas partes, no tardó en explicarse. Los ojos del retrato tenían, por la parte posterior, un dispositivo que permitía a cualquiera que se hallase detrás del cuadro ver cuanto ocurría en el salón. Detrás del cuadro no era un simple tabique lo que existía, sino una pieza cuadrada del tamaño del cuadro y de roble macizo, que se deslizaba sobre unos goznes en el momento oportuno. Vuelta a colocar en su sitio, cuando Pete alzó el cuadro para golpear la pared con la culata de su revólver dio aquel sonido mate que tanto intrigara al sheriff.

El ingenioso mecanismo que movía aquella pieza maciza, le había costado a Huddersfield bastante dinero.

Explicó también Endicott la presencia en la atmósfera de aquel olor penetrante que llamara la atención de los tres comisarios.

-Mire usted, sheriff -dijo el fotograbador-, los productos químicos que empleábamos en el sótano son muy penetrantes. Ya desde la puerta del taller de un fotograbador se perciben esos olores característicos. Por eso los bandidos, para disimularlos, los neutralizaban con esencias y perfumes de los más fuertes que encontraban.

Una hora de cabalgar llevó a Pete y a sus dos comisarios hasta una abrupta región, en la que las huellas del lobero y de sus "favoritos" se veían bastante recientes.

Las huellas indicaban que Mc. Question había emprendido el regreso a su vivienda en la selva, a pie. Esto confirmaba lo que ya había pensado Pete con anterioridad: que el lobero era un pobre loco, o un hombre con la mentalidad de un chiquillo, aun cuando hubiese demostrado ser un genio en la educación de aquellos animales tan salvajes.

En cierto modo, le dolía la idea de perseguir a Mc. Question, pero éste, demente o no, era responsable de la muerte de varias personas, destrozadas por sus lobos. Tenía que detenerlo. El juez de la Quebrada del Buitre determinaría el castigo que debía imponérsele al lobero, pero la obligación del sheriff era detenerlo y ponerlo a su disposición.

El hecho de que Mc. Question tuviese sólo una escasa idea de la enormidad de su crimen, quedó demostrado cuando al fin los tres comisarios lo hallaron acampando alrededor de una pequeña hoguera,. Los lobos aullaban alrededor del fuego. Cuando llegaron al campamento, una figura descamada salió de debajo de una manta. Brilló un rifle al resplandor de la hoguera y una bala pasó silbando sobre la cabeza de Pete Rice. El sheriff no tuvo corazón para disparar a su vez, y menos contra el lobero. Aquel hombre era un excelente tirador y no era fácil que se rindiese sin lucha. Por otra parte, como decimos, Pete era incapaz de capturarlo muerto. La situación sólo podía resolverse con estrategia y astucia.

Pete y sus comisarios echaron pie a tierra y llevaron sus caballos al abrigo de un bosquecillo de árboles.

Luego avanzaron hacia el campamento, a pie. La flaca figura de Mc. Question seguía recortándose perfectamente a la claridad de la hoguera. Era probable que no hubiese adivinado aún la identidad de los jinetes.

Por indicación de Pete, los comisarios esperaron hasta que dos de los lobos presentaron un blanco excelente junto a la hoguera. Entonces dispararon los tres revólveres. Ambos animales cayeron muertos. Los otros animales se irguieron a su vez y lanzaron su aullido característico. Uno de ellos se puso a tiro y Teeny Butler no sintió escrúpulo en borrar de este mundo a bestia tan feroz.

Mc. Question disparó un certero tiro a través de la oscuridad.

-¡Deteneos, que estáis asesinando a mis muchachos! -vociferó.

-Mc. Question -le gritó a sus vez Pete-, somos el sheriff Pete Rice y sus comisarios, que venimos a prenderle. Tire su rifle o no vamos a dejar con vida a uno solo de sus "favoritos". ¡Vamos a hacerlos caer a todos para siempre! ¡Pronto, o empezamos!

El lobero vaciló un segundo y acabó por soltar el rifle.

-Voy a entregarme, si me promete no matar a ninguno de estos "muchachos" -gritó.

-Trato hecho, puede usted despedirse de sus lobos.

Pete pensaba que una lucha con los lobos sería más sangrienta que una lucha con el lobero. Y estaba en lo cierto.

-¡Trato hecho, trato hecho! -contestó a gritos Mc. Question-. Me rendiré, pero antes haré que los lobos no me sigan.

Su mano se dirigió a un saquito que llevaba colgando del cuello. Desató las correas que lo sujetaban a su espalda y lo acercó a los lobos.

Los lobos dejaron instantáneamente de aullar y se apelotonaron en torno al lobero. Al olor de aquella sustancia se portaban como perros pequeños.

-¡Oledlo, oledlo bien, "muchachos"! -les decía el lobero-. Vais a volveros a la selva, de donde no debíais haber salido nunca.

Aquel hombre montaraz, acostumbrado a vivir en la selvatiquez, acarició el morro de uno de los lobos, como hubiese acariciado a un perro. Luego volcó el contenido del saco sobre sus cabezas. Y mientras lo devoraban impacientes, Me. Question "Wyoming" se dirigió, cruzando el claro, hacia donde se hallaban Pete Rice y sus comisarios.

-Esos "muchachos" significan para mi más que la vida-dijo-. Son los únicos amigos que he tenido en el mundo y cuando me pierdan volverán a la selva. Creo que aun pueden ser felices, después de todo.

Pusieron a Mc. Question a caballo sobre el de Teeny, y éste montó a la grupa. Le registraron para ver si tenía armas, y le quitaron un cuchillo, pero no le ataron. No tenía aspecto sanguinario aquel hombre, aun cuando la ferocidad de los lobos educados por él habían convertido técnicamente en un asesino.

-Pórtese usted bien. Mc. Question -le dijo Pete-, y le trataremos bien nosotros. Yo intercederé en su favor cerca del juez de la Quebrada del Buitre.

El rostro de Pete volvióse ceñudo y agregó:

-Pero hay un hombre que está complicado en este asunto, por el que no intercederé. ¡Ese hombre irá directamente a la horca!

Los tres comisarlos echaron a andar hacia la Quebrada del Buitre. El asunto de los falsificadores de la casa solariega de Wexford había terminado.

CAPÍTULO XXII
EL JEFE SUPREMO

Había amanecido hacía dos horas, cuando Pistol Pete Rice se dirigía cabalgando, cansado pero satisfecho, por un camino semiparticular a la gran casa del rancho rodeada de quebrada y bosques de pinos.

Había enviado a Teeny y "Miserias" hacia la Quebrada del Buitre, a meter en la cárcel a Mc. Question "Wyoming" y debían hallarse también en la estación a la salida del tren de las 7.05 para el Este, teniendo orden de detener a cierta persona si intentaba tomar aquel tren.

Pete guió a su caballo hacia el rastrillo que rodeaba a aquella gran hacienda, que tenía una hilera de cabañas a un lado.

Herbert Weimar, con sus botas de montar y sus breches, estaba en pie cerca del establo, con la fusta en la mano.

-Buenos días, sheriff –dijo-. Volvemos a vernos otra vez. Me figuro que ha tenido usted una noche de prueba, ¿eh? ¿Quiere acompañarme a tomar el desayuno?

-No, creo que no, Mr. Weimar -contestó Pete-. He venido únicamente para hacer... bueno, para darle una explicación. Debe Usted saber, Mr. Weimar, que hasta hace muy poco se me había metido entre ceja y ceja la idea de que estaba usted mezclado en los misterios de la casa solariega de los Wexford.

Weimar soltó una carcajada.

-Tiene usted ganas de broma, sheriff -le dijo.

-He sido un perfecto badulaque, pero no estoy hablando en broma -contestó Pete-. Cuando fue usted a visitar al congresista Cushing, ya le estaba vigilando, y recuerdo que cuando nos encontramos en el tren le pregunté a usted una cosa: qué sabía de las habitaciones

secretas de la casa solariega de los Wexford. Usted había vivido allí y usted estaba enterado de todo. ¿Por qué me dijo que no sabía nada?

Weimar pareció un poco confuso, sin saber qué decir durante unos segundos.

-Creí que me estaba usted sonsacando, por una razón -dijo al fin-. En aquel entonces aun no sabía nada de las falsificaciones que se llevaban a cabo allí. Nada acerca de cuanto había sucedido, y mire, sheriff, yo le hice una promesa a sir Huddersfield cuando le alquilé la casa: le juré por mi honor, que nunca le diría a nadie nada acerca de las habitaciones secretas. Sir Huddersfield estaba algo avergonzado de aquellas excentricidades de su padre. No le gustaba el aspecto de la casa y no pensaba vivir jamás en ella, pero pensó que algún día podía enviar aquí a su hijo para que aprendiese a montar a la manera del Oeste. Se figuraba que las gentes tendrían por locos a todos los Huddersfield si se propagaba el secreto de aquellas habitaciones construidas, según él, más con los pies que con la cabeza. Le prometí no decir una palabra a nadie sobre aquello y lo cumplí. Ahora que ya está enterada de ello toda la Quebrada, del Buitre, he quedado en libertad de hablar.

-La explicación es satisfactoria -le dijo Pete-. Y ahora me voy, porque sólo me he detenido aquí para hacerle esa pregunta. Adiós, Mr. Weimar, voy a detener dentro de un rato al jefe de los falsificadores de acciones.

-¿No los había usted cogido a todos? -preguntó sorprendido Weimar.

-A todos menos a uno, el jefe, supremo. Un hombre astuto y circunspecto a quien han tenido todos en la Quebrada del Buitre hasta ahora por una persona respetable.

-¿Puedo preguntarle quién, es? -dijo Weimar.

-Claro que puede, Mr. Weimar. Se llama José Pride.

Un rápido galope de unos quince minutos llevó al sheriff Pete Rice hasta la vivienda de José Pride. Un criado mejicano le recibió en la puerta y le acompañó hasta el despacho de su amo.

José Pride entró en la habitación un momento después.

-Muy honrado con su visita, sheriff –dijo-. ¿Viene usted para examinar mis acciones?

-No -contestó Pete con sequedad-, pero es para hablar acerca de esas acciones para lo que he venido.

Y miró fijamente a las manos vendadas de Pride.

-Veo que todavía lleva usted vendadas las manos, Mr. Pride, pero parece que la hierba venenosa no le picó en la cara, ¿verdad?

Pride dejó ver una sonrisa.

-No, gracias a la maravillosa medicina de su pequeño comisario, pero mis manos no se han curado todavía. El veneno, sabe usted, había empezado a producir su efecto antes de que comprase la primera botella de la medicina de “Miserias”.

Pete miró con fijeza un par de maletas que estaban en un rincón de la estancia.

-¿Va usted a hacer algún viaje, Mr. Pride? -preguntó.

-Sí, voy a dejar la Quebrada del Buitre por una temporada. Creo que podrá usted visitarme en New York.

-No va usted a poder hacer ningún viaje, Mr. Pride -dijo Pete secamente-. Y menos a New York. ¡Queda usted arrestado!

Pride se quedó lívido al oír la intimación.

-Ocurrió -continuó Pete-, que un tal Endicott, un fotograbador de El Paso, fue secuestrado poco tiempo después de caer usted con un ataque de envenenamiento por hierbas venenosas... si es que se trata realmente de esa clase de envenenamiento. Al menos así lo asegura usted. Pero en mi opinión lo que le ha sucedido, es que se quemó con los ácidos empleados para fabricar una plancha para falsificar acciones.

Pride había recobrado algo de su presencia de ánimo.

-No. Lo que yo padezco es una picadura venenosa, como ya he dicho varias veces.

-Es inútil que trate de engañarme. Creyó que era un admirable subterfugio el decir que se había envenenado con la picadura de una planta, pero fue el peor truco que pudo emplear. Precisamente “Miserias” tiene una medicina admirable para esas picaduras y se sorprendió al ver que sus manos no se curaban. Es el primer caso en que fallaba la medicina. Desde entonces le vigilamos a usted.

Pride se dejó caer en un sillón que estaba detrás de su mesa de despacho.

Pete continuó:

-¿Sabe usted quién disparó los tiros de rifle cuando veníamos anoche a su casa, Mr. Pride? Fue mi comisario Teeny Butler, que es un excelente tirador. Por eso hizo que las balas silbasen muy cerca de nosotros sin tocarnos.

En los ojos de Pride brilló un segundo una mirada comprensiva antes de que Pete siguiese diciendo:

-Le cogí a usted y le dejé precisamente en el sitio en que sabía que había plantas venenosas. Tenía la seguridad de que usted, como Teeny Butler y yo, estaba inmunizado contra esas picaduras.

-¿En qué se basa usted para creerlo así? -preguntó tranquilamente Pride.

-En la mejor evidencia del mundo. Le llevé a usted a la barbería de “Miserias” para que le sometiese a tratamiento, ¿verdad? Pero, ¿sabe usted lo que le puso “Miserias”? ¡Jugo de plantas venenosas! Podía haber sido una prueba peligrosa si era usted inocente. Pero usted no es inocente. Me convencí de ello cuando vi que no se le presentaba ningún síntoma de envenenamiento después de la cura de “Miserias”.

Pete seguía mirando a Pride sin perderle de vista un segundo.

-Tuve además otra evidencia. Usted ha sido siempre un hombre muy pulcro, mister Pride, pero vi manchas de ácidos en sus vestidos. Y aunque Barth Endicott me dijo que no sabía el nombre del individuo que actuaba de fotograbador además de él, si oyó decir a los bandidos que estaba reemplazando a otro compañero que se había quemado gravemente con los ácidos. ¿Tiene usted algo que alegar?

En los ojos de Pride brilló una mirada centelleante.

-Es lo más inteligente que le he oído a usted, sheriff –dijo-, pero no puedo ver...

Sus manos vendadas hicieron un rápido movimiento.

El sheriff se echó a un lado, y parapetándose tras la mesa de roble, usó el extremo de ésta como escudo.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Las tres detonaciones resonaron en la reducida estancia como la explosión de otras tantas bombas Los fogonazos salían de las manos vendadas de Pride.

Una de las balas pasó rozando la cabeza de Pete. Éste sintió como si le hubiesen dado un golpe con un martillo. Experimentó un zumbido especial y le pareció que la habitación daba vueltas en torno suyo.

Rápidamente echó mano a sus revólveres.

¡Bang! ¡Bang!

Vio caer las armas de Pride pesadamente. Había alcanzado a Pride en las dos muñecas, pero él a su vez parecía que iba a desmayarse.

Haciendo un esfuerzo se puso en pie y se dirigió hacia una repisa, en la que viera un jarro con flores. Sacó éstas y vertió el agua del jarro sobre su cabeza. Se sintió más aliviado.

En aquel momento se abrió silenciosamente una puerta a su espalda y apareció en ella el criado mejicano. Detrás del criado podía verse a un hombre delgado que llevaba un amplio sombrero con una cinta de piel de culebra y que se disponía a arrojar un cuchillo al sheriff.

Pete, que vio la maniobra en un espejo, volvióse rápidamente y disparó contra él, alcanzándole en el hombro; el asesinó cayó de bruces.

El sheriff se precipitó sobre el caído, le quitó el cuchillo y se lo guardó en el bolsillo. Aquel hombre era un apache y Pete no tuvo necesidad de examinarle para saber que no tenía lengua.

Pride continuaba sentado en su sillón, pero su rostro estaba ahora contraído por el dolor.

-Creo que es mejor que ahora se venga usted conmigo, Pride -le dijo Pete.

Pride asintió con un movimiento de cabeza.

-¿Eran criados suyos esos apaches, verdad? -preguntó Pete.

-Me parece que sí -fue la contestación-. Los contraté en territorio indio de San Carlos. Eran tres mutilados valientes. Pero me fallaron... ¡Verdad es que me ha fallado todo!... Cuando usted quiera, estoy dispuesto, sheriff.

Pete le puso las esposas en las muñecas heridas.

El sol de Arizona caía a plomo sobre la pequeña ciudad de la Quebrada del Buitre. Era cerca de mediodía.

En el Banco de la ciudad entraban y salían los vecinos. Gracias al intrépido Pete Rice y a sus dos comisarios, no se había hundido aquel establecimiento de crédito, arruinándolos a todos.

Los rufianes capturados en la casa solariega de los Wexford estaban alojados en la cárcel de la Quebrada del Buitre. Varios de ellos irían al patíbulo, y otros, como Mc. Question "Wyoming", tal vez escapasen a este castigo si Pete Rice intercedía por ellos.

En las maletas preparadas por José Pride para su viaje, halló Pete Rice más de un millón de dólares en acciones legítimas. Pride confesó que algunas de estas acciones estaban depositadas en la caja del Banco de Denver a nombre del coronel Jefferson D. Tempest. El resto fueron halladas en la casa solariega de los Wexford.

Y ahora, el sheriff, rendido, como un boxeador después de una pelea brutal, estaba sentado en su oficina, dispuesto, sin embargo, a cumplir con su deber inmediatamente, por duro que fuera.

Estaba esperando la visita de J. Duane Mortimer y se preparaba anticipadamente para la rociada de improperios que iba a caer sobre él.

Eran aproximadamente las doce y media cuando apareció Mortimer, pero el rostro del presidente del Banco no podía estar más sonriente. En cuanto Pete empezó a disculparse, Mortimer alzó su mano izquierda y le alargó la derecha.

-¡Tut, tut, muchacho! -le dijo-. ¡Venga esa mano y no me diga más! ¡Estoy encantado de su trabajo! Ha salvado usted mi Banco. Ha demostrado que no se doblega ante ningún ciudadano, por importante que sea, cuando se trata de cumplir con el deber.

-Lo que siento es haber sospechado de usted -le contestó Pete.

-Eso está muy bien. Todo está muy bien, hasta el meterme en la cárcel, para que se me calmaran los nervios. Ya sabe usted que un presidente de Banco lleva una existencia demasiado ajetreada.

J. Duane Mortimer salió de la oficina y se dirigió rápidamente hacia su Banco.

Un hombretón fornido, peludo como un oso pardo, entraba en aquel momento en la barbería, frente a la oficina.

Después de una noche de rudo trabajo, "Miserias" estaba todavía durmiendo, envuelto en una manta, debajo de la mesa que le servía a Pete de escritorio.

El hombretón miró con disgusto la barbería vacía.

-¿Eh, no hay nadie para servirle a uno en esta casa? –preguntó-. ¡Por todos los diablos! Viene uno a dejarse aquí el dinero ganado con tanta dificultad y no hay nadie que quiera atenderlo. ¿Dónde está ese enano de Hicks "Miserias"? ¿Dónde está ese carnicero que le desuella a uno con su navaja mellada?

Hicks "Miserias" salió rodando de debajo de la mesa.

-¡Eh, pare la jaca, amigo! -gritó. -En dos minutos voy a dejarle como un cordero esquilado.

Se lavó rápidamente y penetró en la barbería. Vestía ya su chaqueta blanca inmaculada. Un peine reposaba tras de su oreja derecha, y de uno de los bolsillos de su chaqueta salía la punta de una tijera.

Pero Pete Rice sabía qué “Miserias” abandonaría sus mágicas curaciones, sus tijeras y su navaja, y cuanto hubiese en el mundo, en cuanto oyese gruñir a los revólveres. Él y Teeny Butler eran una pareja excelente. Ningún sheriff contaba con tan excelentes comisarios, con mejores compañeros.

Y le serían necesarios tarde o temprano.

Pues tan cierto como que el sol de Arizona brillaba en aquellos instantes, era que Pistol Pete Rice y sus dos comisarios estaban destinados a continuar por la senda del deber y de la justicia.

¡Pete Rice y sus ayudantes habían triunfado una vez más!

¡Y volverían a luchar contra el crimen!

FIN